

01086

2ej



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

**PERSPECTIVA DE LA LITERATURA MEXICANA DE
LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX (1810-1860)**

TRABAJO DE TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTORA EN LETRAS PRESENTA
ISABEL CONTRERAS ISLAS

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

MEXICO. D F.

1991

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

P R O L O G O

La inquietud por adentrarme al estudio del siglo XIX surgió participando en el Seminario de Literatura Mexicana, donde las apreciaciones del Dr. Manuel de Ezcurdia (titular del mismo) me llevaron a comprender lo mucho que había por descubrir, investigar y reestructurar en relación con ciertos aspectos literarios del siglo pasado que, desde sus orígenes, resultan aún poco estudiados. Pronto atrajo mi atención este panorama tan rico en posibilidades, tanto, que me resultó difícil delimitar el tema del presente trabajo. Inicialmente, decidí centrarme a trabajar exclusivamente en la creación literaria, inclusive el título bajo el que registré oficialmente el proyecto de este ensayo, anunciaba tal exclusividad artística. Posteriormente, a medida de que la investigación avanzaba, descubrí que para la hipótesis planteada resultaba más interesante abarcar otras posibilidades de lectura que enriquecieran la investigación, Causa por la cual, decidí hacerlo.

No es este un trabajo de crítica literaria en el que se proporcionen juicios de selección sobre ciertos géneros, estilos o autores. Como el título lo anuncia, pretendo acercar al lector lo más posible, a perspectivas diferentes a las ya existentes, que aunque presentadas desde nuestro momento y enfoque, le permita asimilar y comprender el siglo XIX a la luz de sus propias preocupaciones, sus acontecimientos y, sobre todo, de

sus propias creaciones.

Según este lineamiento, el marco teórico del trabajo girará dentro de dos vertientes: una que me permita analizar los textos, la otra, que me lleve a comprender el efecto de éstos en los lectores. Vinculando así ambas consideraciones, conformaré apreciaciones que enriquezcan la perspectiva propuesta.

Concentro mi atención en diferentes materiales de lectura que se encuentran en hemerotecas y bibliotecas; mismos que formaron parte de las posibilidades de lectura de la primera mitad del siglo XIX, dentro de los que incluyo la literatura como un material más dentro de esas oportunidades. Por tanto quiero dejar bien asentado desde aquí que, dentro del contenido del trabajo, cuando me refiero a la literatura, no aludo a una acepción estrictamente artístico-literaria; sino que abarcaré este término como un derivado del vocablo latino *lettera-ae* que refiere a todo aquello relacionado con la letra (&). De aquí que mediante tal designación incluya diferentes materiales de lectura.

Comienzo haciendo una reseña del marco teórico, apoyo de la investigación. Proporciono después, en el segundo capítulo, una descripción de las posibilidades existentes en hemerotecas y bibliotecas, de los que hago un breve análisis en el capítulo tercero. Termino comentando el efecto que estas lecturas provocaron en la formación del pensamiento burgués de la sociedad mexicana de principios del siglo pasado.

(&) Cfr. Corominas, Breve diccionario etimológico de la lengua castellana Madrid Gredos, S.A., 1967.

INTRODUCCION

No hay coincidencias, hay historia, nada ni nadie se sustrae a ella. Sólo a sus expensas se cumple toda actividad, toda creación, todo arte. Aunque un escritor no es auténticamente un sociólogo o un historiador, su concepción del mundo, sus problemas, su modo de usar el lenguaje, su sociedad, su historia, quedan implícitos en su producción. De aquí que cuando se pretende estudiar o conocer a fondo ciertas obras y autores, no debe desvincularse ni hacerse a un lado la contextualidad histórica que los enmarca.

Con base en la afirmación anterior, el objetivo de este trabajo: ofrecer una nueva perspectiva sobre las producciones literarias de la primera mitad del siglo XIX, no sólo debe partir de los datos históricos ya existentes, sino además, buscar su comprobación y enriquecimiento a través de los textos seleccionados, lo que permitirá justificar su presencia y referir su propia contextualidad. Sólo mediante un acercamiento así, podremos comprender justa y equilibradamente documentos y autores.

Mucho se ha comentado ya el carácter conflictivo histórico-político del período que me ocupa (1810-60). Sabemos de las pugnas establecidas entre liberales y conservadores, entre yorkinos y escoceses, entre monárquicos y republicanos, entre federales y centralistas, acontecidas desde los inicios de la vida independiente hasta el triunfo de Juárez. Conocemos también cómo nuestra sociedad buscaba integrarse al sistema precapitalista mundial, su afán por descubrirse construyendo una

nación propia, su preocupación por destruir el oprobio moral y psicológico de tres siglos de dominación colonial, por lograr, en suma, la modernización de México.

Siglo controvertido y difícil de nuestra historia es el XIX, perdido y confundido en medio de sus afanes por cambiar la trayectoria de la nación, por sumarse a la modernidad y de explicarse su autenticidad; momento en que los anhelos de deslindar el pasado se vinculaban a los de estructurar el futuro y, ambos, a los de ratificación de lo propio.

Conocemos, insisto, los hechos, sabemos de los actos, pero no sabemos mucho de su efecto en la sociedad del momento, origen de la actual, que ejerció su participación dentro de aquel escenario histórico y la que, además de figurar como escritora, como testimoniante (directa o indirecta) de los hechos, también era lectora. Por tal motivo, a lo largo del presente trabajo, analizaré sin establecer fronteras entre lo literario y lo no literario, algunos textos de la época vinculados a ciertos aspectos esenciales de la sociedad, para, posteriormente, señalar de qué manera los efectos de esas lecturas contribuyeron a la aparición y reafirmación de formas determinadas de conciencia social en los lectores.

Dentro del terreno estrictamente literario, las obras del siglo XIX están directamente afectadas por luchas ideológicas y políticas. Lizardi transparenta su liberalismo, Manuel Carpio su conservadurismo, Andrés Quintana Roo pasa de la poesía académica al trabajo político, Manuel Payno y Altamirano son escritores liberales mientras que Crescencio Carrillo y Ancona y José Ma.

Roa Bárcena son conservadores.

Durante esta primera época de la historia independiente en nuestro país, nace la novela; la primera de ellas publicada por entregas, El Periquillo Sarniento, puso la tónica de lo que sería durante un siglo la línea principal de la novelística mexicana: afanes de reforma, interés por educar y mejorar las condiciones morales, políticas y económicas de la nación, adquirir una idiosincrasia, transitar de la mentalidad colonial a la independiente, rescatar la historia, las costumbres, el paisaje, y el lenguaje propios.

Junto a las manifestaciones literarias dadas a partir del Periquillo Sarniento, una serie de materiales no literarios aparecieron también. Por este motivo me impuse la tarea de analizar ambas posibilidades, sin perseguir con ello intención crítica alguna.

A través del siglo XIX, sobre todo durante la primera mitad, novelistas, periodistas y, en general, las empresas culturales, giraron dentro de objetivos comunes: construirse, conocerse, unirse, preparar un clima ideológico propicio. Tales objetivos no adquirieron consistencia sino hasta fines del siglo, sin embargo, un fenómeno digno de llamar la atención entre ellos (novelistas y periodistas) es su unificada tendencia a moralizar, a educar, a cambiar la perspectiva del país a través de sus producciones. Pese a las divergencias políticas de sus emisores, éstas llegaron a conjuntarse en el afán más continuado del siglo: ilustrar y educar al pueblo. Mas, como veremos a lo largo de la investigación, las progresistas intenciones de educar e instruir al pueblo, no pudieron verse cristalizadas de inmediato

debido a las condiciones educativas, sociales, políticas y económicas por las que atravesaba México. O tal vez, creo yo, adelantándose al conplario del trabajo, debido a que el México de hoy, como el del siglo XIX, es un país que ha pasado su historia descubriéndose, conociéndose, explicándose, construyéndose, tratando de reafirmarse como nación.

PERSPECTIVA DE LA LITERATURA MEXICANA DE LA PRIMER

MITAD DEL SIGLO XIX (1810-1860)

CAPITULO I MARCO TEORICO-LITERARIO

- I.1.- La obra literaria, un material comunicativo
- I.2.- Sentido y significación
- I.3.- La crítica y el concepto de literatura

CAPITULO II LA FORMACION SOCIAL MEXICANA Y SU EXPRESION EN LOS MATERIALES LITERARIOS DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

- II.1.- Introducción
- II.2.- En torno a una literatura nuestra
- II.3.- Lecturas: Periódico, revista, calendarios, libros de lectura, almanaques y otros
- II.4.- Libros, letras y lectores

CAPITULO III ACERCAMIENTO A ALGUNOS MATERIALES DE LECTURA

- III.1.- Varios (Cartas, cartillas, científicos)
- III.2.- El periódico
- III.3.- La revista
- III.4.- Obras literarias
- III.5.- Publicaciones sobre crítica literaria

CAPITULO IV LA LITERATURA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX Y SU PARTICIPACION EN LA FORMACION DEL PENSAMIENTO BURGUES DE LA SOCIEDAD MEXICANA

- IV.1.- Introducción
- IV.2.- Algunas condiciones características de la sociedad de principios del siglo XIX
- IV.3.- Efecto y participación de la lectura en la formación social del siglo XIX

CONCLUSIONES

CAPITULO I MARCO TEORICO-LITERARIO

I.1.- La obra literaria, un material comunicativo

I.2.- Sentido y significación

I.3.- La crítica y el concepto de literatura.

"A nadie que se acerque a lo escrito en México en el siglo XIX antes del modernismo, se le escapa el hecho de que nuestra mejor literatura de entonces está en lo que no es literatura; no hay comparación entre los poemas, narraciones y dramas por una parte y por la otra la historiografía y el periodismo. Los primeros representan la infancia de un arte, los pasos iniciales de una búsqueda de expresión. En cambio, la prosa de Zavala, Alemán, Mora, Otero y sobre todo Zarco, no admite condescendencia y está a la altura de lo mejor que se ha hecho después entre nosotros"

José Emilio Pacheco.

I.1.- La obra literaria, un material comunicativo.-

Junto a las aportaciones de los estudios lingüísticos recientes surgen nuevas perspectivas dentro del campo de la teoría literaria que se han ido trasladando, paulatinamente, al estudio y análisis de los textos. En nuestros días, recientes y diferentes disciplinas se integran al campo del análisis de textos, tendientes al logro de un estudio sistemático y científico sobre el conocimiento del texto que permita ejercer un juicio convincente y fundamentado en sí mismo sobre éste, causa por la cual se aleja cada vez más de los lineamientos impresionistas, historicistas y cronologistas de la crítica precedente. Dentro de tales avances que tienen su inicio a principio de siglo con los formalistas, varios de los conceptos ya existentes dentro del campo de la teoría literaria, han sido puestos en tela de juicio.

Términos como literatura, texto, género, estilo (entre otros) que dentro de los parámetros de tendencias anteriores se resolvían sin atender tanto al texto en sí mismo, ahora sufren una serie de alteraciones. Como reacción ante las posturas historicistas surge una nueva inquietud por deslindar y explicar la noción de literatura, misma que se convierte en meta fundamental para las nuevas corrientes que se empeñan por determinarla. La inquietud de teóricos como Jakobson, Todorov, Barthes, Greimas, Eco y otros, genera una gama de posibilidades dentro de los trabajos del texto literario que van desde la búsqueda de su especificidad, de la literariedad (como era una de

las preocupaciones de los formalistas) hasta su negación:

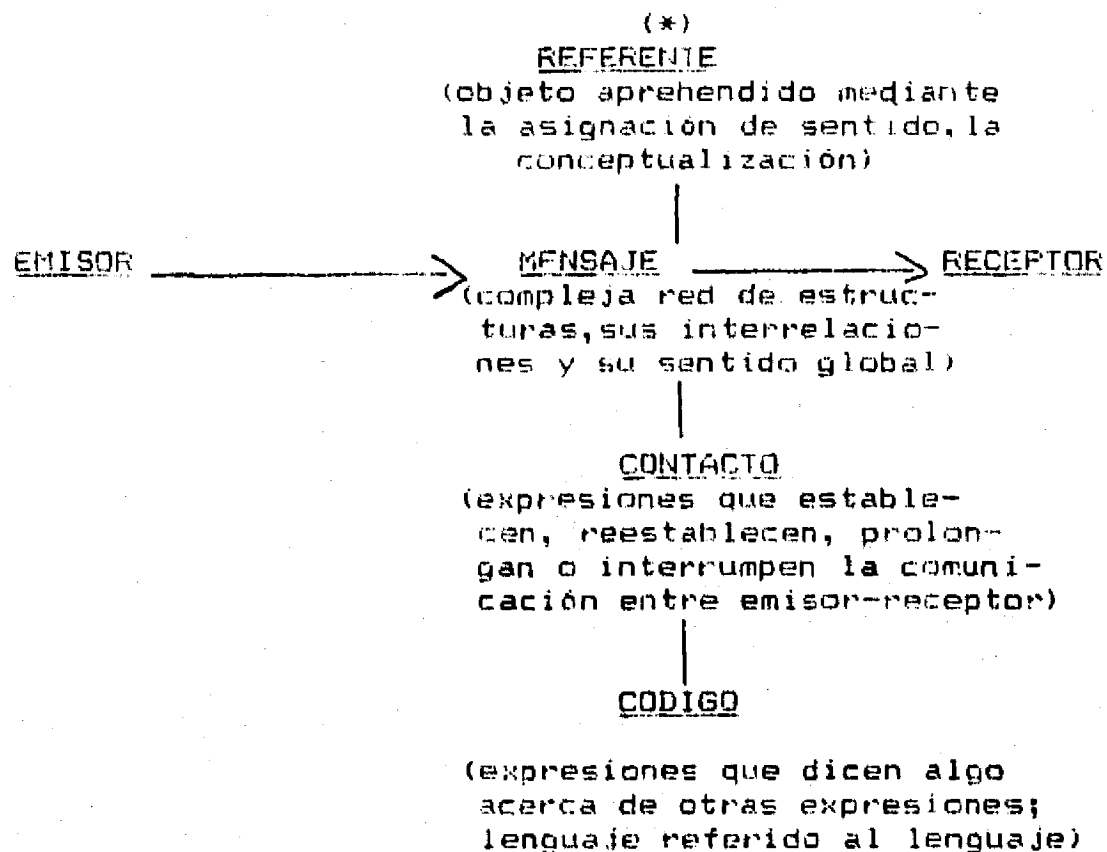
"No puede haber una ciencia de la literatura porque ésta (la literatura) no existe, no es más que una abstracción; lo realmente existente son los textos literarios" (1).

Dentro de ese matiz de posibilidades, el significado y la explicación del concepto literario fue cobrando diferentes interpretaciones según la corriente que buscaba determinarla. De esta variedad de posibilidades son dos las que sirven de fundamento teórico para el presente trabajo:

1.- La localizada dentro de las teorías de la recepción, que contempla a la literatura meramente como un mensaje más dentro del proceso de la comunicación humana capaz de producir efecto en sus receptores.

2.- La otra, cercana al estructuralismo, concretamente la narratología, en la que me apoyo para señalar las marcas características de contenido (más que las de expresión) de los textos elegidos.

Tomando en consideración los factores básicos que, según Roman Jakobson(*), intervienen en el proceso comunicativo, las teorías apoyo de esta investigación abarcan, por un lado, las que atañen directamente a la recepción y, dentro de ellas, concretamente, la teoría del efecto expuesta por Iser; por el otro, se eligió otra que atendiera al mensaje en sí mismo, la estructuralista. Bajo estas perspectivas enfoco el objetivo central del ensayo: revalorar y destacar el efecto que provocaron en un público receptor algunos de los mensajes narrativos de los primeros años del México independiente.



Si partimos de la idea de que, por estar integrada dentro de un paradigma social, la obra literaria significa algo más que una expresión léxico-formal, se comprenderá por qué ésta no puede estudiarse solamente como un objeto mudo. Las obras para decir, para comunicar algo a su lector, deben ser leídas, puesto que únicamente así motivarán respuesta en sus receptores. El reconocimiento del mensaje de una obra surge en el momento en que obra y lector convergen, es decir, cuando el propósito o intencionalidad expuestos en el texto se manifiesta en el lector a través del proceso de la comunicación; de aquí que solo mediante este proceso puedan descubrirse la variedad de comunicaciones en ella expuestas.

Considero que tanto una revisión, como una recon-

sideración de los materiales literarios desde el enfoque propuesto, debe abarcar, consecuentemente, no sólo su valor en sí mismos; sino su trascendencia. Mediante el primero, más cerca de lo analítico, podremos descubrir las marcas de valor que caractericen a estos mensajes. Con el segundo, más cercano al terreno de la integración social, su efecto en el lector. De aquí que los dos aspectos que me interesa trabajar a lo largo de este ensayo sean, concretamente, las lecturas y los lectores, entendiéndolos como sustratos consecuentes de un aparato socio-cultural determinado, en este caso, la primera mitad del siglo XIX.

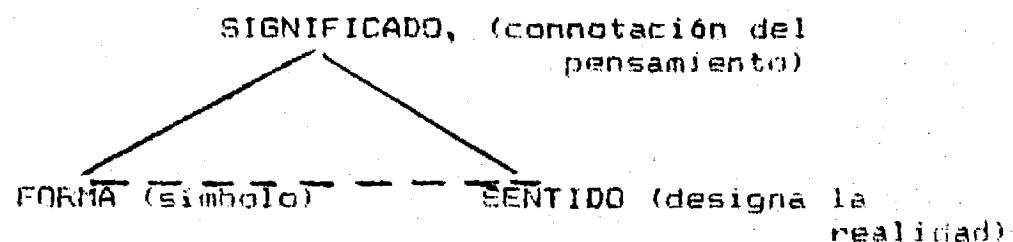
1.2.- Sentido y significación.-

Dentro de la teoría de la recepción el lector adquiere una importancia fundamental en relación con el texto ya que aquel, mediante el acto de la lectura, se involucra directamente en y con el texto, de tal suerte que se le considera una presencia-ausente dentro del discurso textual. El lector resulta, dentro de este pensamiento teórico, un elemento tan primordial que ha llegado a advertirse que de él depende la existencia y permanencia de la obra escrita; sin embargo, éste debido a su condición anónima, resulta el más difícil de estudiar dentro del texto. Block afirma que el lector:

"Es una presencia espectral y necesaria, una figura poco visible que mira, ve, lee. Por tanto, en una obra, lector y autor, ambos, existen" (2)

Dentro de esta unidad lector-obra-autor resulta importante señalar que pese a la unidad que representan, resultan antagónicos, puesto que desde el momento en que el acto de la lectura comienza, se inicia junto con él la actualización de la obra mediante su lectura, a través de la cual, cada uno (autor y receptor) estructurará el texto en forma diferente según su propia competencia lingüística (3). Esto quiere decir que de acuerdo a los paradigmas de cada lector y según su conocimiento del mundo, se originará en cada cual, una pluralidad distinta de significados.

Atendiendo al triángulo de la significación propuesto por Ogden-Richards.



el significado no se da en forma directa con relación a la forma ya que pasa primero por el sentido, o designación común, convencional de la realidad, para posteriormente alcanzar un significado único de acuerdo con los propios conocimientos del mundo experimentados, particularmente, del emisor y receptor.

Los signos empleados por una sociedad determinada pertenecen, por su sentido, a todos por igual; mientras que por su significado, éstos son comprendidos, usados e interpretados de manera diversa, individual, debido a la existencia ideológica

distinto de cada uno de los sujetos participantes.

Una vez explicados los límites de la significación y del sentido, se entenderá por qué los horizontes del sentido de un texto "X" están condicionados a la contextualización social del hablante, a una restricción habitual, real, histórica de su tiempo y espacio. Mientras que la expresión del significado, rebasando los límites de sentido se extiende hacia los contextos individuales, hacia los paradigmas particulares de los hablantes, hacia su propio ámbito de significación. Tales limitantes, en la práctica lingüística dan lugar a la formación de un sentido y de un significado, estas propiedades esenciales de los signos lingüísticos y, por consecuencia, las de todo texto; motivo por el cual, en cualquier tipo de acercamiento al texto, deberá abarcarse, necesariamente, este doble plano revelador del mismo.

En la no integración sentido-significado estriba la carencia comunicativa recíproca entre obra y lector, sobre todo si lo que se pretende es acercarse a textos de contextos distantes, pertenecientes a otras dimensiones de tiempo (1810-60) y de sentido como lo es el caso del presente trabajo. Bajo esta circunstancia nos asaltaría la duda: ¿Hasta dónde, en tales casos, existe una recreación exacta de sentido del texto practicada por un lector alejado del momento de su elaboración?

Sólo mediante una reconstrucción sincrónica de la realidad de la primera mitad del siglo XIX, a través de los textos literarios y de los diversos materiales de lectura del momento, podrán develarse no sólo las particularidades de la época sino también sus propios sistemas específicos de sentido.

De la misma manera como el signo lingüístico está inmerso

dentro de una norma, también lo está la creación. Los hábitos, conductas, costumbres y, en general, las condiciones específicas de la conciencia social de una época, constituyen la norma. Dentro del campo de la creación literaria la norma, o reguladora social es impuesta, generalmente, por estilos, géneros, escuelas, criterios de valor, etc, provocando, indudablemente, un determinado efecto en el lector. Por tal motivo otra de las perspectivas que contempla este trabajo es la de señalar la proyección que tuvo la literatura en la formación de la conciencia social de la población del siglo XIX, aspecto que considero interesante ya que, como se comprobará, un ochenta por ciento de las lecturas del momento, eran de carácter moralista y didáctico, portadoras de una ideología asumida.

Dentro del marco de la comunicación, un estudio de la literatura y de la variedad de lecturas que la conforman, exige el deslinde de los planos mencionados arriba: uno, el plano artístico o de la presencia de las representaciones que designan esquemas generales; y el otro, el estético o el de la competencia individual tanto del autor como del lector. En la apreciación total de cualquier texto, resultan distantes el paradigma del hablante (autor) y el del oyente (lector). A pesar del intercambio comunicativo establecido entre ambos a través del mensaje (uno codificándolo y el otro decodificando), la actividad mediante la que se instauro el dialogismo, resulta diferente, de la que se origina una pluralidad discursiva. Sobre esta afirma M. Bakhtin que:

"Esta organizada en lenguajes sociales, y un lenguaje social

no es meramente un conjunto de marcas lingüísticas sino totalidad viva y concreta de indicios que pertenecen a sujetos socialmente determinados" (4)

Bajtín afirma que dentro de esta pluralidad, el papel realizado por el lector es totalmente activo dentro del transcurso del proceso comunicativo emprendido, durante el cual participa adoptando alguna de las siguientes posturas frente al texto:

- a) Estar de acuerdo o no con el mensaje expuesto.
- b) Completarlo.
- c) Aplicarlo
- d) Prepararse para la ejecución de una orden implícita.

De éstas, las dos primeras posturas exigen un tipo de lector crítico, consciente, reflexivo, a las dos últimas, corresponden lectores pasivos cuyos criterios son compatibles con los convenidos por el autor en el texto, asumiendo una verticalidad reveladora, casi siempre, de su inconsciencia.

El juicio de Bajtín permite afirmar que, mientras no se tienen lectores críticos dentro de una comunidad social, las posturas predominantes de los receptores de los textos serán única y eminentemente pasivas, de aceptación e identificación con los postulados del emisor (como sucede en el caso de la mayoría de los lectores de la primera mitad del siglo XIX), frente a los cuales el lector se convierte, por lo general, en receptor ejecutante, propagador de las ideologías y de las formas expuestas en el texto. De esta manera, pasiva e irreflexivamente, mensajes y lecturas moldean las conciencias de quienes los reciben.

Estas consideraciones sobre los lectores pasivos, cuyo papel

está en asumir una imposición, me lleva a hacer mención de las ideologías dominantes. Sobre éstas, Marx y Engels afirman:

"Las ideas dominantes en cada época; o dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se sometan, al propio tiempo, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente" (5)

Aludiendo a las condiciones de vida de la primera mitad del siglo XIX, en nuestro país, a pesar de la inquietud de la clase en el poder por ilustrar y educar a la población en general a través de la lectura, la sociedad del momento se caracterizó por ser preeminentemente analfabeta, desconocedora de su realidad, carente de una capacidad crítica. Si la mayoría de los mensajes eran recibidos en su generalidad, por lectores pasivos, se podrá comprender, por qué tales textos y lecturas resultaron determinantes para la formación social, actuando meramente como propagadores y trasmisores de una ideología pequeño burguesa predominante, cuya práctica y consolidación paulatina afloró y se instauró más abiertamente en las formas de vida de la sociedad de fines del siglo XIX, por consecuencia, los textos resultan muestra ejemplar de su asimilación.

1.3.- La crítica y el concepto de literatura.-

De acuerdo con los planteamientos anteriores, este trabajo oscilará, como he venido afirmando, dentro de la participación de dos marcos teóricos: teoría del efecto y análisis de texto.

Apoiada en el primero, destacaré, a lo largo de la investigación, la trascendencia derivada de la codificación y decodificación de las lecturas, atendiendo a su interacción entre emisores y receptores, como sujetos esenciales dentro del proceso comunicativo de la lectura. Con el segundo, atenderé al contenido de los textos, medios motivadores de esa interacción.

Relacionado con el enfoque del análisis del mensaje, durante el trayecto de la investigación, y relacionada exclusivamente con el terreno de la lectura y la preceptiva literaria, surge una primera inquietud por resolver, ¿Qué marcas determinarán la especificidad del texto literario frente a otros posibles textos del momento?, para considerarlas, ¿debemos partir de la preceptiva del emisor, o de la del receptor?

Para solucionar tales cuestionamientos es necesario fundamentar la investigación en una teoría que sienta las bases para permitirnos reconocer las marcas que caracterizarán por sí misma a la obra literaria, para después, proceder a un reconocimiento de la misma. Hasta ahora, las constataciones que se han manejado para identificar las producciones del siglo XIX, no me parecen convincentes, por reiterativas y superficiales. Considero que para que tenga fundamento una tarea selectiva de obras y autores, es necesario demostrar y hacer resaltar las características y virtudes que los colocan como creaciones artísticas o, lo que es lo mismo, convencer de su literariedad (6), de su función poética (7) como afirma Jakobson, pero cuidando y respetando siempre los postulados de temporalidad y espacio, limitantes de la obra. Es decir, resaltando esas características y virtudes desde la sincronía a la que pertenecen.

La inquietud por abarcar no sólo los textos sino el criterio y la conciencia artística de su momento, me encaminará a encontrar el reconocimiento de obras y autores, me permitirá explicar, por ejemplo, bajo qué criterios se hicieron las compilaciones, antologías, almanaques, historiografías, etc., bajo qué corrientes de pensamiento se impartieron cursos de literatura, y qué juicios se siguieron para seleccionar lecturas escolares. En suma se trata de ayudar a rescatar la conciencia literaria vigente durante aquel momento en nuestro país, así como el criterio predominante respecto de las marcas de literariedad; pero sobre todo, aclararnos si la delimitación de selección crítica de aquella época, se hizo en función de la obra en sí, o bajo la intervención de agentes extraños a la misma.

NOTAS Y CITAS

- (1) César González, Función de la teoría en los estudios literarios, México, U.N.A.M., 198 , p. 156.
- (2) Lisa Block de B. , Una retórica del silencio, México S. XXI, 1989, p. 43.
- (3) con el término "competencia lingüística", me refiero, m a la manera como la explica N. Chowski; "el conocimiento del mundo, el contexto particular socio-cultural que distingue al individuo que limita su lengua".
- (4) Tatiana Buvnova, Delicado puesto en juego, México, U.N.A.M., 1985, p. 21.
- (5) Arnaldo Córdova , Sociedad y estado en el mundo moderno, México, p. 269.
- (6) "Estudia la literariedad y no la literatura es el objetivo los estudios literarios modernos; no obstante, uno se ha engañado bastante tiempo sobre su verdadera significación, pues no apunta a sustituir el enfoque trascendente (psicológico, sociológico, filosófico) que reinaba hasta entonces como un estudio inmanente. Sería más justo decir que, en lugar de proyectar la obra sobre otro tipo de discurso literario, se estudia no la obra, sino las virtudes del discurso literario (T.Todorov, Análisis estructural del Relato).
- (7) Roman Jakobson, tomando en consideración los factores que intervienen en un proceso comunicativo, propone su teoría sobre las funciones de la lengua, mediante la cual, según el factor en el que se centre el discurso, se conocerá la intencionalidad o función prevalente en el mismo. Su función poética se distingue de otras en que ésta centra su atención en el mensaje mismo (R. Jakobson).

(8) César González, op. cit, México, U.N.A.M., 1985. p. 8

CAPITULO II

LA FORMACION SOCIAL Y SU EXPRESION EN LOS MATERIALES LITERARIOS DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

II.1.- Introducción

II.2.- La enseñanza de la literatura

II.3.- Lecturas: Periódicos, revistas, calendarios, libros
de lectura, almanaques y otros.

II.4.- Lectores, críticos, autores.

"¿Qué visión del mundo o qué proyecto histórico representa? ¿Cuál es el horizonte histórico dentro del cual surge? ¿Cuál o cuáles conflictos históricos están en su trasfondo, determinando no sólo la amplitud de su registro sino también la posición asumida por el narrador en su intento por expresarlas?"

Evodio Escalante.

II.1.- Introduccion.-

La literatura, así como los materiales de lectura en general, por ser expresiones creativas del género humano, están enclavados en un espacio y un tiempo determinados que, invariablemente, asimilan y rescatan en sus páginas. De esta manera, entre otras posibilidades, las obras ofrecen una referencia del momento histórico y de la realidad social a la que pertenecen pero que, al mismo tiempo, actúan como sus limitantes.

Tiempo y espacio circunscriben a autores y obras dentro de un determinado marco de referencia irremplazable, encuadre que W. Bignolo concentra acertadamente en el embrague enunciativo:

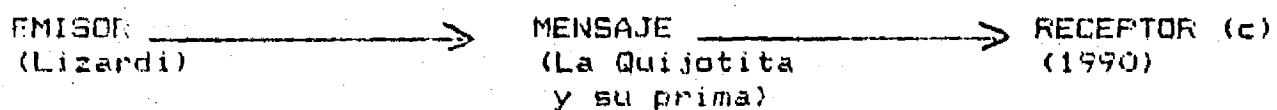
"Yo autor, te digo a ti lector, desde aquí (mi espacio) y ahora (mi tiempo)" (1)

Este embrague categórico permite, evidentemente, rescatar de los textos el trasfondo histórico-social desde el que se escriben y crean, actividad que brinda al lector la posibilidad tanto de comprenderlos, como de valorarlos.

Un afán reestructurador del embrague autor-tiempo-espacio, parece una labor fácil y sencilla, ya que no ofrece al interesado mayor obstáculo que el de abstraer los limitantes "X" del aquí y el ahora de los materiales de lectura seleccionados, para integrar una visión clara de éstos, y su momento. Pese a ello y, sobre todo, apartándome de la proposición marxista de que el arte es un

reflejo de la realidad circundante del creador, la labor reconstructiva no resulta tan sencilla. Para realizarla, evidentemente, debemos partir de una lectura previa de la obra o del material por analizar, acto (el de la lectura) que en si mismo resulta complejo. Mijail Bajtin asegura que durante el proceso de la lectura de un texto intervienen entremezclados, cuando menos tres discursos, correspondiente cada cual a una ideología diferente, es decir, que convergen en él tres realidades distintas:

- a) "La perteneciente al emisor o autor del texto.
- b) La implícita en el mensaje mismo.
- c) La perteneciente al lector o receptor del discurso" (2).



- a) MACROMUNDO "México independiente y sus preocupaciones: integración, educación, identidad, libertad, etc.

TEXTO (obra) "La Quijotita y su prima"	MICROMUNDO (b) (propia visión de Lizardi sobre la educación de la mujer) (18).
--	--

Frente a la presencia de estos discursos o realidades diferentes que intervienen durante el acto de la lectura, cabe cuestionarse: ¿Cuál de estos tres es el que actuará como limitante del texto?

Probablemente, argumentando más sobre cada una de las realidades o discursos bajtinianos, logremos esclarecer una respuesta al planteamiento anterior:

a).- Realidad del autor (emisor).- Este discurso está referido por la realidad "total" (macromundo) que circunda al creador. Corresponde a la realidad histórico-social totalizadora que lo conforma como entidad social.

b).- La realidad de la obra (mensaje).- Este discurso comprende sólo una parte de esa realidad total circundante al autor. Corresponde al contexto o mundo particular del autor, este discurso podemos entenderlo como el micromundo del mensaje, particularmente integrado por las constelaciones personales que el emisor rescata de ese marco o realidad total a la que pertenece socialmente.

c).- Realidad del lector (receptor).- El tiempo y el espacio propios de este discurso pertenecen al lector, los que se apartan, generalmente, de los del autor debido a que el receptor posee sus propias competencias formativas de contextos sociales e individuales diferentes, lo que explica el por qué su discurso choca, algunas veces, con el del escritor y el de la obra, produciéndose así una ideología más durante el acto de la lectura.

Con base en lo anterior, afirma Baitin que al leer un texto se generan una serie de voces que el lector deberá, necesariamente, comprender, aclarar y deslindar, para lograr su total comprensión.

En una retrospectiva hacia la literatura de mediados del siglo

pasado como la que aquí pretendo, deslindar perfectamente estos discursos resulta tan indispensable como el hacer a un lado, de tales alternativas discursivas, la del lector (investigador o crítico); ya que sólo así podremos lograr la reconstrucción de las voces pertenecientes a la obra y su momento, dejando fuera la participación contextual del lector.

Insistiendo en que una de las inquietudes fundamentales de este trabajo estriba en contemplar a la literatura del XIX desde un enfoque totalmente comunicativo, éste no debe dejar a un lado la mención de aquellas categorías sociales evidentes dentro de la práctica del proceso comunicativo, tales como: lectores, críticos, autores y receptores, abarcándolos desde sus propias perspectivas sociales e históricas, señalando las limitantes que permitieron determinar y caracterizar las circunstancias bajo las que las aceptaron y produjeron sus creadores y productores.

Comienzo recalcando que, hacia los inicios del siglo XIX, México como nación recientemente emancipada, se enfrentaba al compromiso de desarrollo y conformación propios. La sociedad mexicana, aún en embrión, se confundía entre la mezcla de hábitos propagados por la metrópoli española y los de sus antepasados indígenas. Una creciente inquietud por la búsqueda de nuevas rutas sociales, económicas, políticas, culturales, etc., persistía entre sus dirigentes y, en general, en la sociedad.

¿Cómo podría llegar a realizar tales inquietudes una nación joven, pobre y confundida entre un alto índice de heterogeneidad socio-cultural, entre el ansia de progreso, y la necesidad de estructuración político-social?

Frente a aquel cuadro de inexperiencia e integridad

causante, la solución inmediata que se encontró, y a la que se abocó nuestro pueblo de principios del siglo pasado fue la imitación de lo extranjero. Deseaba vivir, pensar, llegar a ser, como los miembros de los entonces países modelos admirados por la humanidad: Inglaterra, Francia o Estados Unidos. De esta manera, deslumbrada frente a tales modelos una doble tarea desconcertaba a la nación mexicana; por una parte, el descubrimiento y la asimilación de lo europeo, con todos sus tópicos y postulados innovadores, modernos; por la otra, la de hacer suyo el deseo de forjar una patria, de comprender su historia, su cultura, en suma, su país. Ante tal encomienda es evidente aceptar que la nación mexicana, atravesaba por alarmantes condiciones de ambivalencia, de búsqueda e inestabilidad. Esta situación produjo, consecuentemente, que tras el advenimiento de la independencia, México iniciara una trayectoria de apropiación e imitación de lo que funcionaría desde entonces como sus modelos y guías espirituales. De aquí el por qué las novedades del mundo europeo se pusieran de moda. La atractiva introducción de las innovaciones filosóficas, jurídicas, políticas, culturales, etc., resultaron un mito para la sociedad, con tal poder, que con atracción se volcó a ellas, creyendo que su práctica era la solución viable a su estructuración independiente. Fue así como nuestra nación recientemente libre, inspirada en postulados extranjeros, trasplantaba y adoptaba, a la manera europea, el perseguido tóxico de "modernidad".

Se buscaba, al igual que en los países modelo, el impulso científico pretendido por la Ilustración, urgentes ambiciones de cambio político, social y administrativo. En suma, el México del

siglo XIX. tras estas filtraciones, se iba convirtiendo, paulatinamente, en una reproducción y una calca de las formas extranjeras, mediante las que sus dirigentes aseguraban lograr una traza totalmente nueva para la naciente nación mexicana. Fue entonces cuando, poniendo los ojos en la Ilustración, concebida por los mexicanos como pensamiento salvador, se fundamentó la idea de cambio, de reestructuración, de progreso, de orden, en suma, de tranquilidad y paz. Había que ilustrarse, había que ilustrar para transformarse, ¿cómo...?, mediante la práctica de dos principios que Ciro Cardoso en su libro, Formación y desarrollo de la burguesía en México, advierte:

1.- Impulsando la industria minera que llevaría al país al progreso económico.

2.- Educando al pueblo, mediante el cual se aseguraría el progreso humano y el orden social.

La aceptación y práctica de estos principios pronto se pusieron de manifiesto y fueron contemplados dentro de los planes político-sociales del país, de tal suerte, que la población, a corta distancia de su adopción, se vio invadida por un pensamiento pequeño-burgués propagador de principios de libertad, progreso y riqueza, en torno a los que se construyeron juicios categóricos sobre una concepción novedosa de la realidad:

Libertad, igual a progreso.

Progreso, igual a riqueza.

Riqueza, igual a prestigio social.

Eran razonamientos comunes dentro de ciertas capas de la sociedad del momento que, aunque resultaban aparentemente una abstracción, fueron asociadas por un buen núcleo de la sociedad de la primera

idad del siglo XIX, tal y como lo demuestran los argumentos críticos del ya entonces reconocido Francisco Zarco en sus mordaces artículos publicados en La Ilustración Mexicana (1851-53):

Refiriendome a varios deseos, he señalado como trámite principal tener dinero.

El dinero tiene, en efecto, más poder que todo cuanto bueno y malo se haya derramado sobre la tierra.

Tener dinero es, pues, un fin grandioso de la vida del hombre, una vez que él adquiere poder, influencia, responsabilidad, talento, instrucción y aún hermosura.

Siendo el dinero el gran fin de los deseos de los hombres de todas las clases y condiciones, bien merece un lugar en esta obra.

Bien puede cualquiera tener novias y queridas, y después mujer, y gozar de felicidad conyugal, y tener fama de literato, y de valiente, y de patriota, y de santo, y tener muchos amigos, y ser muy elocuente y ocupar grandes empleos, y ser socio de todas las academias y de todos los institutos del mundo; pero si no tiene dinero, ¿qué será de él?, ¿qué vale? Nada absolutamente; y ni la fama, ni la gloria, ni el talento, ni el valor le proporcionarán medios de vivir tranquilo y satisfecho, es decir, en una casa cómoda y bien amueblada, con buena mesa, con muchos criados, y pudiendo comprar "mil bagatelas que de nada sirven, pero que son bonitas a la vista" (33).

Este fragmento deja entrever la ya avanzada asimilación de una serie de comportamientos pequeño burgueses europeizantes impuestos por el cambio, existentes dentro de ciertos niveles de la sociedad mexicana que Zarco ironiza bien entrada ya la década de los años cincuenta. Tales formas de vida, transplantadas de otra realidad ajena a la propia produjeron dentro de nuestra sociedad, recién formada independiente, el surgimiento de una realidad ilusoria basada, en gran parte, en la imitación carente de autenticidad que, en relación con nuestro pasado histórico, se proyectó en el espíritu y en las creencias de las mayorías, haciéndose más presente dentro de sus costumbres y su moda.

En una sociedad como la nuestra del siglo pasado, la imitación (el querer ser como el otro, a la manera de los modelos reproducidos), resultó un fenómeno justificable dada a la apremiante inquietud de búsqueda de ser y de identidad que experimentaba nuestro pueblo, fenómeno que el mismo Zarco captó atinadamente en sus artículos:

"En el conjunto informe y confuso de nuestra sociedad; en medio de goces fingidos y de dolores reales; a través de expresivas sonrisas y de elocuentes declamaciones, descubrí que todos corren agitados en pos de lo que anhelan; los vi apresurarse a unos, cansados a otros, desesperados a los de más allá, jadeando a los que les seguían, y a todos generalmente burlados y chasqueados.

¿En qué consiste la inutilidad de sus esfuerzos?. Esta fue la cuestión que me propuse resolver y continué mis estudios.

Unos corrían tras la riqueza, y no podían salir de la miseria; otros ansiaban gloria, y su nombre era ignorado, otros anhelaban puestos y honores, y jamás eran nombrados, otros pretendían llenar su espíritu de ciencia, y después de muchos años de estudio pasaban por ignorantes...

Y todas estas multitudes pasaban delante de mí, y todos me inspiraron compasión, porque lo veía en el fondo de sus corazones, que estaban vacíos... Esta galera inmensa de desdichados, era un panorama diabólico que me afligía, como esas visiones extrañas que se nos presentan en una pesadilla" (4).

Nuestro país, después de la Independencia política, mostraba ante el mundo una situación alarmantemente inestable: guerras internas, pobreza, desequilibrio político, lucha de clases. Condición a la que hay que agregar otra más severa aún, la de contar con una sociedad totalmente heterogénea que ocasionaba no sólo un problema interno para la nación sino que representaba una de las principales causas que provocaron el freno del afán de progreso de sus dirigentes, producto del analfabetismo social existente del que al respecto, Ignacio Ramírez comenta:

"Siete millones en completa ignorancia; quinientos mil habitantes apenas sabiendo leer y escribir y muchas cosas inútiles, cuatrocientos mil con mejor instrucción, sin que ello se levante a la altura del siglo y cosa de cien mil pedantes..." (5).

11.2. - En torno a una literatura nuestra. -

Dentro de esas circunstancias de incertidumbre, de búsqueda, de imitación, de intensa preocupación por "ser" y alcanzar la estabilidad política y social por las que atravesaba nuestra nación durante esos primeros años de vida independiente, es de suponer que las condiciones de nuestra literatura fueron, consecuentemente, semejantes, de tal manera que puede hablarse, paralelamente al proceso de consolidación propia, de una "literatura de búsqueda".

Probablemente esta apreciación sea interpretada por algunos lectores como despectiva debido a la suposición que implica de falta de madurez, de imperfección y de carencia de integridad. Mas el juicio "literatura de búsqueda" responde esencialmente a dos fundamentos: uno, al proceso de desarrollo que experimentaba nuestra vida artística y cultural del momento y el otro, al siguiente razonamiento lógico: es imposible nacer, surgir, con los atributos propios de autosuficiencia y madurez, resultados de un proceso".

Debido pues, a esa peculiaridad embrionaria, es indispensable proveer un acercamiento que permita la comprensión de nuestras letras independientes como una respuesta dialéctica en

correspondencia directa con nuestra historia literaria, por lo que considero indispensable partir de una visión somera de nuestra literatura durante la época colonial de fines del siglo XVIII, para después ligarla a la del XIX.

El aislamiento y la limitación, constituyeron características persistentes de nuestra literatura durante la colonia. La restricción fue provocada por cuatro causas fundamentales:

- 1.- "El rigor de la censura civil y eclesiástica.
- 2.- El aislamiento al que, por lo general, se obligó a vivir a los habitantes de Nueva España.
- 3.- Las dificultades de producción bibliográfica.
- 4.- La falta de interés por la lectura debido al analfabetismo y a los factores económicos.

Al romperse los nexos con España, los escritores se liberan también de algunas de estas restricciones para iniciar la búsqueda de su identidad literaria. Paralelamente a las inquietudes políticas, ellos anhelaban también un perfeccionamiento de nuestras letras y, lo que es más, mediante sus creaciones y escritos, pretendían educar al lector y propagar el cambio. El afán de modernización por un lado, y de búsqueda de identidad nacional por el otro, se consolidaron hacia los años sesenta, en el conocido proyecto de Ignacio Manuel Altamirano de lograr una "Literatura Nacional".

Además de la inquietud de ser literariamente auténticos, nuestros escritores también aspiraban a ser reconocidos y a llegar a alternar con el resto del mundo. En muchas de las actuales

historias de la literatura mexicana se afirma que, para lograr tales inquietudes nuestros autores se inspiraron en las fuentes del romanticismo alemán, francés y, aun español, de donde sacaron su afán innovador, adaptando a las pretensiones nacionales, los elementos técnicos de la novelística de reconocidos maestros europeos. Así comienzan a inspirarse en Rousseau, Goethe, Heine, Scott, Larra, Espronceda, etc., advirtiéndose una marcada predilección por los autores franceses, Chateaubriand, V. Hugo, Sue, Dumas, Lamartine, etc.

"Era así como nuestros primeros escritores independientes resolvían su anhelante objetivo de literatura nacional" (6).

Para esta afirmación avalada por historiadores de nuestra literatura, durante las tres primeras décadas del siglo pasado, Francia no era para nuestras letras nada más que una vaga referencia puesto que toda esta influencia, como afirmé anteriormente, requirió de un proceso previo a su asimilación. En los narradores de ese periodo bien puede ponerse en tela de juicio la participación plena de los mencionados modelos franceses. Entre algunas de las causas que impidieron una asimilación directa y pronta de los escritores franceses están, por un lado, las concepciones político-filosóficas diferentes entre ellos y nosotros y, por otro, la cosmovisión diferente marcadamente existente entre franceses (modelos) y mexicanos (imitadores).

Gabriel Zaid en Omnibus de la poesía mexicana (7) afirma que nuestros escritores de principios del siglo pasado, leían, sí, a los autores franceses, clásicos y algunos otros, pero "Leían sin

saber leer".

La afirmación de Zaid trae a colación una serie de interrogantes de mucha más trascendencia, sobre la época que nos ocupa, que aquellas que han venido planteando las historias de la literatura mexicana; cuestionamientos que exigen tanto la comprensión total del momento, como un estudio integrador que tome en cuenta no sólo los elementos estético y artístico de las manifestaciones literarias, sino también los psicológicos, sociológicos, antropológicos, históricos, etc. contenidos en los propios textos, y aun, en la crítica literaria del momento.

Una reconstrucción de la realidad resulta muy reveladora puesto que permitirá a un lector distante dibujarse el macromundo que circundó la vida de los autores, de los críticos y de los receptores de entonces, posibilitándolo para advertir el grado de diferencia existente entre ellos y el, detectando aquellas partes de la sensibilidad y del conocimiento que se perdieron entre ambos con el paso del tiempo, tiempo, pérdida que, consecuentemente, constituye la causa del desinterés y alejamiento existente en torno a la literatura del XIX. De esta manera, un acercamiento generado por los hechos registrados en las obras, ayudará, insisto, no simplemente a comprender el pasado con su contextualidad propia; sino a algo más difícil aún, a asumir la inteligencia del otro, a ver con sus ojos, a dejar fluir sus propios sentimientos en los nuestros, a tener por un momento sus necesidades literarias y no las nuestras, a escuchar con sus oídos, a hacer a un lado el abismo de la palabra que nos separa, a buscar, en suma, entre ellos y nosotros, una fusión de horizontes.

En la actualidad, persiste cierta reserva para compenetrarnos con las obras del siglo XIX. Una serie de prejuicios nos alejan de su interés y hasta de su comprensión. Haciendo a un lado el abismo temporal que nos separa de su palabra, debemos acercarnos, hasta donde sea posible, a la narrativa de este período entendiéndola desde su propia realidad.

Ya los postulados bajtinianos mencionados en la introducción del presente capítulo, ratificaron, teóricamente, la importancia del enfoque propuesto. Para comenzar a aplicarlos, centraré mi atención en dos de los agentes humanos conformadores del hacer literario: el emisor (autor), y el receptor (crítico, o lector), los cuáles, juegan un papel determinante dentro de la condición y situación de la literatura y, en general, de las lecturas de la primera mitad del siglo XIX. Atendiendo a estos dos factores, ¿Qué lecturas eran las que estaban más al alcance de los lectores de este período?. Si partimos de la idea de que las obras (o materiales de lectura en general) resultan un vehículo difusor de cultura, de creencias, de conceptos y de costumbres, responder al cuestionamiento anterior, resultaría tanto como preguntarse: ¿Cuáles fueron los instrumentos básicos de lectura con los que se formaron las mentes de los lectores de las primeras décadas del XIX ...?

Necesariamente, la solución a tales interrogantes nos remite a revisar las producciones más leídas desde, cuando menos, la última década del siglo XVIII, ya que, bajo su influencia, se formaron muchos de los autores y de los lectores de principios

del XIX (1820-30).

Dentro de los límites de tiempo referentes al siglo XVIII, resulta importante advertir el papel decisivo que jugó la Santa Inquisición con relación a la propagación de las lecturas ya que, como sabemos, era ésta una institución con más trascendencia y autoridad aún que la propia universidad:

"Censor omnipresente en las actividades del espíritu, su huella se advierte en las contenciones metafísicas, científicas, artísticas, en los múltiples subterfugios y estilos de pensar y escribir. Representa una forma general de dominio del espíritu que ayuda a canalizar el pensamiento por el canon ortodoxo y tiene tanto influjo en la creación intelectual y estética como los propios dogmas de fe" (8).2

No nos resulta desconocido el encierro cultural en el que vivió nuestro país antes de la Independencia, producto de aquella censura inquisitorial. Sabemos también acerca de la filtración de ideas y materiales de lectura (que es lo que más interesa destacar dentro del enfoque de este estudio) que pese a prohibiciones ejercidas por este tribunal, se dieron en nuestro país. La proyección de tales filtraciones contenedoras de la nueva filosofía de la Ilustración, desafortunadamente, no pudieron ser asimiladas por aquella población tan heterogénea, y extremadamente moralista, como era la nuestra, carente de libertad de prensa y de pensamiento. Limitadas por la censura, fueron pocas las posibilidades de lectura al alcance de la sociedad de fines del siglo XVIII. Por lo general, las más a su alcance, eran lecturas con un alto índice moralista y religioso que se leían más que por selección, por imposición. Entre ellas

figuran:

1.- Los tradicionales y respetados catecismos. De entre los cuales, el del padre jesuita Gerónimo Ripalda (mejor conocido como el padre Ripalda) fue el más leído y usado. (9)

2.- Las Cartillas, libros empleados para enseñar a leer que contenían, en sus primeras páginas, un silabario y el alfabeto, en seguida se ofrecían oraciones religiosas, lista de mandamientos, sacramentos, etc., para concluir (algunos de ellos) con el modo de enseñar la misa. Contadas eran las cartillas que dedicaban su última página a las tablas de multiplicar.

3.- Otro tipo de lectura, aunque no muy común, eran los confesionarios, dedicados más bien a los eclesiásticos. En los que se determinaba, según afirma Pilar Gonzalba, (10) lo que se debía considerar como:

- a). El pecado y las diferentes penitencias.
- b). Las idolatrias.
- c). La irregularidad del comportamiento sexual.
- d). Los hurtos

A estas posibilidades de lectura deben agregarse aquellas que, filtrándose al control de la censura, llegaron a un grupo reducido de intelectuales, introducidas, casi todas, por los jesuitas.

Ante tales posibilidades formativas de lectura, al alcance de la población, podrá suponerse por qué prevaleció una fuerte tendencia a aferrarse a la tradición y a los dogmas dirigidos e impuestos por la Iglesia y, asimismo, el por qué de la asimilación paulatina de las nuevas ideas en la sociedad de

principios del siglo XIX , cuya tradición la hacia, además, difícil.

Junto a los afanes de apertura a la modernidad universal, de llegar a alternar con el resto del mundo, y de aunarse a la imagen de la Ilustración, surgió en el siglo XIX una inquietud por la propagación de lecturas, preocupación frente a la que, vuelvo a interrogarme : ¿Cómo fueron aceptadas por aquellos lectores recientemente liberados?, ¿estaban capacitados para comprenderlas y adaptarlas a las circunstancias reales y fundamentar con ellas un cambio radical del país?. Y si sumásemos a aquella semblanza de nuevas posibilidades, las reminiscencias intelectuales y culturales heredadas por los jesuitas, ¿dónde quedaron las nuevas tendencias inspiradoras de toda aquella influencia intelectual tan consistentemente propagada por los jesuitas durante varios siglos?

El interés por hacer hincapié en estos cuestionamientos se debe a que, si bien, el lector del siglo XIX contaba con menos distracciones que el lector actual para adentrarse en la lectura, era difícil advertir en la mayoría de los receptores de ese momento, una completa asimilación de las lecturas anteriores. En muy pocos de los autores se dió la esperada proyección de todo ese acervo cultural comprendido entre la modernidad y la tradición cultural que Manuel Sánchez de Tagle concentra en esta estrofa:

"Pindaro excelso y sublime Homero,
Suave Anacreón y Horacio,
Pope, Young y Virgilio, honor de Lacio,
Foussseau, Bacon, Malherve y el severo
Boileau, Racine, el Tasso,

León, Herrera, Argensola y Garcilazo" (10).

Curiosamente, muchos de los materiales de lectura del primer tercio del siglo pasado, registran esa ausencia de asimilación de toda la herencia cultural del pasado y del presente. En la narrativa literaria, por ejemplo, existe una vaga referencia ideológica, filosófica, estética, y aun política, equiparable a la de la literatura francesa del momento, ausencia que, como demostraré mas adelante de la investigación, se extiende, aún, hasta el terreno de la teoría literaria, campo dentro del que se advierte también una lamentable ausencia de solidez, sobre todo, dentro del terreno de la crítica (11).

Todo un acervo cultural estaba allí, dentro de los materiales de lectura yaciendo veladamente para los receptores, imperceptible casi y, ciertamente, raquítico. Mas tal debilidad no debe ser considerada como un desacierto literario o cultural, sino más bien, aceptarse y entenderse como propiedad característica de una sociedad, una cultura, un contexto, y una actividad literaria, nacientes.

II.3.- Lecturas: Periódicos, revistas, calendarios, libros de lectura, almanaques y otros.-

Insistiendo en el objetivo de ofrecer una perspectiva de aquellas publicaciones que fueron más leídas durante el siglo XIX, comenzaré por mencionar algunos de los materiales de lectura con

más difusión entre lectores y críticos del momento:

1.- Producciones literarias, entre las que abundan las románticas que ya comenzaban a enraizarse en nuestro país (de las que analizaré algunas en el siguiente capítulo de la investigación).

2.- Numerosos diarios y periódicos, que tenían un marcado enfoque partidista (y que también trabajo en el siguiente capítulo).

3.- Revistas, de la que también aparecieron una gran variedad, con matices de especialización temática, como también se verá en el siguiente capítulo.

4.- Oratoria sagrada: sermones, homelias, oraciones fúnebres, etc.

5.- Cartillas y Silabarios

6.- Un número considerable de títulos sobre temas científicos: astronomía, física, química, agricultura, etc.

7.- El género epistolar (uno de los más leídos debido a la falta de medios de comunicación terrestre).

8.- Historia de México.

Comparando estas diferentes posibilidades de lectura con las del siglo XVIII encontramos que, para el lector del XIX, había una mayor oportunidad de acceso a la lectura y, consecuentemente, mayores oportunidades de escribir, de crear. Junto a esta aparición de nuevas alternativas, surge también una insistente preocupación por propagar la cultura, la ciencia, la política y la literatura.

El periódico y la revista constituyeron unas de las publicaciones con más demanda y predilección entre la población

(aun más que la del libro) géneros dentro de los que se distinguía una variedad de matices:

a).- La revista literaria, otro de los materiales con más aceptación durante las primeras décadas del XIX. Cabe señalar desde ahora que, pese a su abundante circulación, el ambiente literario seriamente establecido no floreció (como lo afirma Fernando Tola) (13), sino hasta con el boom económico (1880).

b).- La novela por entregas -o folletín- otra posibilidad más dentro del género periodístico, motivó la aceptación de las mayorías. En sus inicios, estas novelas tuvieron un corte eminentemente romántico y, aunque poco a poco se fueron enfocando al costumbrismo y al realismo, persistió en ellas una marcada tendencia moralista. Si bien el auge de estas publicaciones fue posterior al de los años cuarentas, su aceptación entre la población era tal, que llegó al extremo de que las suscripciones rebasaran la cantidad de ejemplares. La novela por entregas constituyó, en su tiempo, lo que, para la actualidad, representan los medios de comunicación masiva.

La iglesia también contribuyó a la acumulación del acervo de lecturas del siglo pasado. Un número considerable de lecturas con tema religioso, a través de los cuales la iglesia defendía su hegemonía, llegaba al público lector. Entre algunos de estos materiales figura el Calendario de Galván que surge en 1827, (editado precisamente por Galván). Aparecía anualmente, ofreciéndose a precios reducidos y accesibles a la mayoría. Publicación que redundó en:

"Fortalecer las creencias religiosas de los lectores, así como ampliar, sin lágrimas, sus conocimientos culturales (14)

Los libros de lectura para niños constituyeron una posibilidad más de lectura. Por lo general, la lectura de estos libros se practicaba dentro de la escuela, o bajo la vigilancia de un instructor. A estos textos, empleados para enseñar a leer, se les conoció como Cartillas y Silabarios y constituyeron la base formativa de las mentes infantiles y, por consecuencia, de los comportamientos sociales. Para 1980, Amado Nervo lamentaba de que no existiera un sólo libro de literatura nacional infantil. Los que circulaban eran trasplantes de realidades extranjeras cuya lectura alejaba al infante de su ámbito nacional.

El mismo Amado Nervo aseguró haberse formado, y aprendido a leer bajo el influjo del moralismo religioso tan acentuado que constituían las selecciones textuales de las Cartillas (15).

11.4.- Libros, letras y lectores.-

Dentro de esta reseña de materiales de lectura más difundidos durante los primeros años del siglo XIX, no deben quedar fuera algunos comentarios sobre librerías. Después de la Independencia, la imprenta proliferó en nuestro país, ya para mediados del siglo pasado, existían varias librerías, distribuidas entre la zona de los portales y las calles céntricas de la ciudad. Aunque no todas perduraron abiertas, debido a la quiebra, o a problemas con el gobierno. Entre las más famosas figuraban, "La

librería del siglo XIX", del impresor Ignacio Cumplido, y "La librería Mexicana". Además, "existían otros establecimientos más pequeños llamados, modestamente, "Alacenas", entre las cuales, figuraba como famosa, la de Don Pedro Castro" (16)

Por lo general, las librerías se localizaban en la misma imprenta, y pertenecían a un mismo dueño. En ellas se vendían una gran variedad de libros: de texto, de autores europeos traducidos, libros de historia, clásicos de la literatura mundial, libros de cocina, libros de ejercicios piadosos y de temas religiosos. Además de proporcionar, gratuitamente al público, un catálogo general de las obras en venta en el que se recomendaban los temas y títulos más novedosos. (Apreciaciones éstas, que pueden considerarse ya, como principios de juicios de autoridad crítica).

El costo excesivo de impresión constituyó una de las causas que limitaron su acceso a las mayorías.

"Los libros tuvieron una venta relativamente limitada debido a su alto precio. Para dar algunos ejemplos, El arquitecto práctico, obra útil a los arquitectos y consistente en un tomo con ilustraciones, costaba dos pesos. Agremensor práctico, en dos tomos, costaba dos pesos cuatro reales. Dos tomos de las Cartas de Lord Chesterfield a su hijo costaban cuatro pesos, y cuatro tomos de las comedias de Calderón de la Barca costaban dieciocho pesos. El precio de los libros franceses alcanzaba cifras altísimas: las obras completas de Boileau costaban veinte pesos, y las de Bossuet, cuarenta y ocho pesos" (11).

Para tener una idea del valor de la moneda a principios del siglo pasado, debe tomarse en cuenta que:

"Un catedrático universitario ganaba seiscientos pesos al año. Un rector podía ganar hasta mil doscientos. Un gobernador ganaba dos mil y un general seis mil, pero un maestro de escuela de primeras letras recibía cien al año si

estaba bien remunerado" (18).

Bajo estas condiciones, podrá deducirse por qué las lecturas que más influyeron en la formación del individuo de principios del siglo pasado, fueron las publicaciones periódicas, predominio que, necesariamente, obliga a hacer una particularización entre lo que constituyeron las publicaciones no periódicas (libros), de las periódicas (revista, calendarios, periódico, gacetas, etc.). Dentro de las primeras, se consideran aquellas promovidas por las imprentas editoras del momento, inaccesibles, en su generalidad, a las mayorías debido a su alto costo. Las segundas, con mayor demanda que las anteriores por su precio accesible, pronto se convirtieron en órganos idóneos para difundir y hacer llegar al público, el ambicionado postulado educativo del momento: "Educación para todos"; instruir, formar hombres libres, cultos y autosuficientes, para determinar el poder político y económico de nuestra nación (19).

Pasando ahora al comentario sobre las condiciones educativas del lector de los materiales reseñados anteriormente, éste era reflejo de los sistemas y métodos educativos coetáneos del momento. Afirma Altamirano:

"¡La escuela antigua! hubiera debido llamarse mejor el ensayo de la abyección, porque allí se instaura el sentimiento de la dignidad que expiraba palpitante y aterrada en medio de mil torturas ignominiosas, tormentos físicos y tormentos morales, que martirizaban el cuerpo y que abogaban la divina chispa de la razón en el hombre acabado de nacer" (20).

Durante los primeros años de escuela, un aspirante asistía a los centros de instrucción primaria solo a aprender a leer y a escribir y que, en muy pocos de ellos, se proporcionaba al alumno otro tipo de conocimiento. El método utilizado era cansado y, sobre todo, tardado. El alumno tenía que ceñirse al uso de un silabario mediante el que se le adiestraba en conocer las primeras sílabas, a juntarlas mediante el deletreo, hasta que por fin, después de mucho insistir en ello, éste conseguía leer después de varios años.

"Seis meses de Cartilla, es decir, de estudiar el abecedario, de deletrear y de decorar; después de seis meses de Catón Cristiano o de Segundo libro, es decir, un conjunto de lecturas fastidiosas, inútiles, erizadas de ejemplos corruptores y de cuentos ridículos de viejas, de máximas y de esclavitud. Después lecturas en carta, para lo cual se hacía uso de la correspondencia de un clérigo, de una vieja o de un infeliz padre que no siempre brillaba por su buena letra u ortografía" (21).

La lectura era el propósito más cuidado dentro de las metas de la educación del momento, de aquí, el por qué gran parte de la población leía, pero no escribía. Narra Guillermo Prieto en sus Memorias de mis tiempos:

"La escuela de Calderón, segunda del puente de la Cadena num. 14, sólo tenía por rival la de Chousal, eran las escuelas de la gente decente, los alamaciajos de los niños finos. Otro maestro, D. Rafael Pérez, era de bastante reputación.

Se enseñaba con dedicación a leer y a escribir, las cuatro reglas de cuentas y un poco más, y doctrina cristiana con toda perfección. Por convención particular, a algunos niños se les enseñaba dibujo por el maestro Zorralde.

La escuela estaba dividida en dos grandes secciones, o sean la sala de lectura y el salón de escritura y explicaciones... (22).

A la mujer, y a la clase trabajadora se les relegaba de la instrucción, se consideraba que la instrucción no era compatible a su condición de gente sometida. Si la mujer pretendía alguna preparación o instrucción tenía, como única alternativa, la Casa de la Amiga (23)

Tras estas condiciones dentro de la instrucción, es posible adivinar la imposibilidad de lograr un cambio social radical y no sólo eso, sino comprender las causas por las que aquel afán educativo de los dirigentes, se convirtió en un sueño inalcanzable a causa del choque que se produjo entre éste y la realidad social. Por tanto, responder a los cuestionamientos (planteados anteriormente) sobre qué se leía, no resulta una pregunta tan complicada de resolver, como la de contestar a las interrogantes: ¿quiénes leían? y, sobre todo, ¿cómo lo hacía aquella sociedad oscilante entre la apertura al mundo y el encierro, víctima de una educación tan "raquitica" como la calificara José Ma. Luis Mora en 1873.

"Nuestra educación es más bien monacal que civil; muchas devociones más propias de la vida mística que de la del cristiano, mucho encierro; mucho recogimiento, quietud y silencio, esencialmente incompatibles con las facultades activas propias de la juventud, y que deben procurar desarrollarse en ellas; muchos castigos bárbaros y humillantes..." (24).

Ignacio Manuel Altamirano, hacia 1857, hablaba también sobre esas condiciones sorprendentes de limitación, tan determinantes para su personalidad, bajo las que eran educados los pequeños:

"El colegio era una gran casa parecida a un convento, y en la que bajo la advocación de un santo cualquiera se enseñaban las ciencias a la juventud. Esta gran casa tenía un aspecto amable, y el más propio para cultivar el espíritu de los muchachos y hacerles gustar del estudio.

Así pues, nuestra vida giraba en el eterno círculo del ayuno, del rezo, del estudio, de la contemplación y la taciturnidad. A las cinco de la mañana, el toque de la campana nos despertaba del sabroso y pesado sueño de juventud. Una mano poco ceremoniosa abría la puerta de nuestro cuarto, y la cabeza de Medusa del padre maestro y prefecto, abrigada bajo un birrete negro y grasiento se introducía para gritarnos con voz cansada, el sacramental ¡Arriba! (25).

¿Qué pasaba después de ese desagradable ¡Arriba! ...?

Altamirano sigue describiendo minuciosamente, habría que persignarse y rezar en voz alta el himno:

Jam lucis sidere
Deum precemur supplices
ut in diurnis actibus
nos servet a nocentibus, etc.

"Sofolientos y tiritando de frío salíamos a repasar la lección del día. A las siete de la mañana un campanazo nos mandaba ir a misa. En la capilla nos aguardaba el capellán. Nos poníamos de rodillas y presenciábamos el Santo Oficio, sin que nos fuera dado sentarnos una vez siquiera en las bancas, que para mortificar nuestro miserable cuerpo se colocaban a nuestro lado.

De misa pasábamos al reflectorio donde después de que el padre maestro decía el Benedicete, circulaban las portaviandas... Después la campana otra vez nos prescribía el estudio. ¡El Estudio! ¡Ah! entonces y que se estudiaba; sí que se conocían buenos libros, y no era como ahora, erudito a la violeta. Los estudios preparatorios debían ser y eran en todos los colegios, los siguientes: Gramática latina, por Nebrija y por Iriarte; Lógica, Metafísica, Moral, poquillo de Matemáticas, Geografía en diez lecciones" (26).

Después de las clases sigue explicando Altamirano-
continuaba un rato de esparcimiento, y entonces:

"Algunos muchachos que amaban la lectura sacaban entonces librillos sabrosos para devorarlos; novelillas francesas, y algunos poetas españoles hacían el gasto. En casi todos los colegios había una biblioteca más o menos grande y buena, pero en ninguna de ellas se permitía leer a los estudiantes un solo libro. ¡Feliz aquel que a hurtadillas podía recrearse con un clásico griego o latino! Los estudiantes no debían saber más que lo que se les quería enseñar" (27).

Los párrafos de Altamirano nos permiten inferir el grado de desinterés que existía en las escuelas por la instrucción literaria. El estudiante recibía en su lugar: una serie de reglas para escribir correctamente, el conocimiento y la práctica de varios tipos de letra, se insistía en la caligrafía, en el aprendizaje del latín, y de la gramática de Nebrija. Mas frente a ello, se descuidó, totalmente, la propagación del gusto literario, y del artístico en general, lo cual trascendió hasta la planeación de los estudios literarios.

Para mediados del siglo pasado, sólo en la Academia de Letrán se advertían intereses particulares para fomentar el cultivo de las humanidades. En ella se consolidó la primera agrupación literaria importante que se estableció en México y que sirvió de modelo para la aparición de otras asociaciones, a partir de 1850, que contribuyeron al desarrollo de las letras mexicanas durante la segunda mitad del siglo XIX (28).

Si al desinterés literario en la instrucción y a la demanda prevalente de lecturas periódicas, agregamos algunos de los motivos que el historiador de la literatura, Francisco Pimentel,

adviente como causas que impidieron el perfeccionamiento de nuestra literatura, tales como:

a).- "Odios políticos", generados por los grupos antagonicos de conservadores y liberales.

b).- "Falta de tranquilidad de ánimo", producto de la inestabilidad socio-política.

c).- "Egoísmo e ignorancia de la clase rica".

d).- "Falta de negación de la honra y el provecho" (29).
acabaremos de comprender el por qué del estado incipiente de nuestra literatura a principios del siglo XIX.

Frente al desinterés y la falta de conciencia artístico-literaria que ofrece el panorama anterior, y buscando encontrar, si bien no una justificación al mismo, si una consecuencia, habremos de preguntarnos:

¿Es que México era, durante las primeras décadas del siglo XIX, algo más que un ideal, algo más diferente a un vacío...?

Por demás está atribuirle a nuestro panorama literario latente, una sustancialidad literaria consciente, auténtica, cuando la superestructura del México del momento, y cuando la auténtica realidad de nuestra estructura (política, económica y social) no estaban conformadas todavía.

Este es el motivo, por el que considero que no debemos ser severos al enjuiciar tanto a la literatura de este periodo, como a sus lectores. Debemos valorarlos, entenderlos y aceptarlos desde sus propias dimensiones, con un juicio justo (como lo afirmé al inicio de la investigación), desde sus circunstancias y con base en las marcas y preceptiva literaria catalizadoras del momento:

"Nosotros, señores, acabamos de decir que la literatura mexicana está, pues, en la cuna. Nuestra edad primitiva se pierde en la noche de la conquista; en la que se conoce estrictamente con el nombre de literatura, florecieron las ciencias. Y en la media, México no era más que, como de su patria dice el poeta: la segunda luz de España" (28).

Tocante a la preceptiva y a la crítica, durante las primeras décadas del XIX, las marcas de autoridad oscilaban entre las posturas libres románticas, y las rígidas y sentenciosas neoclásicas. Las románticas, bajo sus postulados de libertad y rompimiento, buscaban la innovación; causa por la que fueron severamente atacadas por los conservadores y neoclásicos.

Más, la identificación de una preceptiva romántica o neoclásica, ¿qué importaba?. Eran éstas sólo modelos de estructuración, de actitud frente a la vida, y de comportamiento literario antagónicos. Lo interesante de esto es que, en medio de tales posturas contrastantes, nuestra literatura iba creciendo y desarrollándose, independientemente de la prevalencia de una u otra.

Por otro lado, no debemos olvidar el importante vínculo existente entonces entre política y literatura, al que alude ya, Francisco Fimentel, en su Historia crítica de la literatura y de las ciencias (primera historia de la literatura publicada en México y única en el siglo XIX):

"En México no hay juicios críticos... Aquí, para calificar a un autor, se atiende a su opinión política, de manera que los de su partido le ensalzan hasta el ridículo y sus contrarios le deprimen hasta el exceso" (30).

Reafirmando su comentario, Pimentel agrega más adelante:

"No hace mucho tiempo murió Ignacio Ramírez: los conservadores dijeron que era un escritor de máximas perversas, de instrucción superficial, de expresiones y chocarrerías; mientras los liberales sostenían que Ramírez había sido la personificación de las virtudes de Jesucristo y Sócrates, de la ciencia de Platón y Aristóteles, del buen gusto de Homero y Virgilio. Así resulta que en México no hay juicios críticos sino panegíricos ó vituperios exagerados. Cualquiera comprende que ese sistema debe producir resultados igualmente funestos: infatuar o desanimar a los escritores" (31).

Efectivamente, la mayoría de nuestros escritores del momento, alternaron su actividad política con la literaria. Es muy frecuente encontrar cómo las marcas literarias, la preceptiva, las apreciaciones, oscilaron conforme a la hegemonía del poder político e ideológico de liberales y conservadores. Mas, como afirmé líneas arriba, lo esencial de esta nuestra literatura independiente, estriba no en aceptar y comprender a tal o cual autor según las marcas características del momento, o como autores pertenecientes ya al romanticismo o al neoclasicismo; sino entender a éstos junto al ambiente literario que constituyeron, como pilares, de nuestra literatura actual.

NOTAS Y CITAS

- (1) Walter Mignolo, "El narrador en la ficción o espacio enunciativo ficticio" en Bonance Lenguajes, Michigan, Universiti 1979, p. 42.
- (2) Claude Duchet., Sociocrítica, apuntes del curso: Creación literaria, dictados por el Dr. Gilberto Gimenez, 1985 en UNAM.
- (3) Francisco Zarco, Castillos en el aire, México, Premia editores (Col. Matraca), 1986, p. 44.
- (4) Francisco Zarco, Ibid, p.22
- (5) Martha Robles, Educación y sociedad en la historia de México, México, S XXI, p.50.
- (6) Orlando Gómez Gil, Historia crítica de la literatura hispanoamericana, N. York. Center C. State College, 1968, p. 318.
- (7) Gabriel Zaid, Omibus de la poesía mexicana, México, S XXI, 1986, p. 5.
- (8) Pablo González Casanova, La literatura perseguida, México, SEP, 1986, p. 117.
- (9) José Gutiérrez Casillas Historia de la iglesia en México, 2a. Edic. México, Foroua, 19844, p. 213.
- (10) Pilar Gonzalbo, La educación de la mujer en Nueva España, México, SEP-Caballito, 1985, pag.42
- (11) Manuel Sánchez de Tagle Elogios de la poesía de Don Juan Manuel, Tomado de Gómez Gil Orlando, Ob. Cit., pag.225
- (12) Como lo demuestran durante las primeras décadas del s. XIX (1830-40), la crítica literaria ejercida en Iris, elaborada por el Conde de la Cortina, expuesta en el Zurriago literario (publicación considerada por la crítica contemporánea como la introductora del comentario literario en México), con tendencia neoclásica marcada, reprobatoria, total de la tendencia libre, imaginativa, romántica (Cfr. Ruiz Castañeda Ma. del Carmen, El Conde de la Cortina y el Zurriago literario, Méx., UNAM Cuadernos del Centro de Estudios Literarios No. 8 p. 16).
- (13) Fernando Fernando, La crítica de la Literatura Mexicana en el s. XIX, México, UNAM y UC.M, 1987, p. 15.

- (14) Varios. Historia general de México, Tomo III, México Colegio de México.
- (15) Josefina Zoraida. Historia de la lectura en México, México, Colegio de México, 1988, p. 130.
- (16) Historia de la lectura en México. Ibid, p. 47.
- (17) Ibid. p. 217.
- (18) Ibid. p. 224.
- (19) Ma. Teresa Bermudez. Bosquejos de educación para el pueblo: Ignacio Ramírez e Ignacio M. Altamirano. México, SEP CABALLITO, 1985, p.
- (20) Ibid. p. 86.
- (21) Ibid. p. 91.
- (22) Guillermo Prieto. Memoria de mis tiempos, México. Fonoda (Sepan Cuantos), 1985, p. 5.
- (23) "En México, las Amigas se encargaron desde hace muchos años de preparar la patria a cien generaciones de mujeres infelices, devotas, ignorantes de su propia capacidad, y resignadas por convicción al papel de eternas esclavas del hombre, y de ciegas auxiliares del fanatismo" (Bosquejo de la educación para el pueblo, Ob. cit. p. 94).
- (24) José Luis Mora. La educación burguesa en México, México, UNAM, 1985, p.13.
- (25) Ignacio M. Altamirano, obras, México. Agueros 1899, p. 126.
- (26) Ibid. p. 70.
- (27) Ibid. p. 71.
- (28) Francisco Pimentel, Historia crítica de la literatura y las ciencias, México, Librería Enseñanza, 1885, p. 325.
- (29) Luis Mario Scheider, Ruptura y continuidad, México, F.C.E. (Col. Popular), 1975, p. 73.
- (30) Pimentel. Ob. cit. p. 716.
- (31) Ibid. p. 717.

C A P I T U L O III

ALGUNOS MATERIALES DE LECTURA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

III.1.- Varios (Cartas, Cartillas, Textos científicos)

III.2.- El periódico.

III.3.- La revista.

III.4.- Obras literarias.

III.5.- Publicaciones sobre crítica literaria.

"Todo texto narrativo es la cristalización de un proyecto ideológico por medio del cual el autor va a tratar de precisar su posición frente a la sociedad y los acontecimientos históricos, dando un registro crítico de ellos de forma que él pueda esclarecerse y esclarecernos qué es lo que ha pasado en un momento o una época determinada"

Evodio Escalante.

III.1- Varios (Cantas, cartillas, textos científicos).

Ya en el capítulo anterior, hice mención de ciertas posibilidades de lectura que estuvieron más al alcance de la sociedad del siglo pasado. Ofrezco ahora una descripción de algunas de ellas, intentando hacerlo lo más completo posible en breve espacio.

Como advertí, unos de los materiales de lectura por los que debían comenzar su actividad lectora cualquier educando (niños o adultos) fueron la cartilla y el Catecismo del Padre Ripalda. La cartilla estaba constituida por un silabario o manual, a través del cual, el interesado aprendía a leer. Su contenido era variable según el autor. Por lo general, en sus primeras lecciones ofrecían la presentación de las vocales, para después, ocupar una lección para cada una de las letras del abecedario, dentro de las que se ofrecían, progresivamente, ejercicios de combinaciones silábicas, para terminar con algunas lecciones prácticas de lectura.

A continuación reproduzco algunos ejemplos de estas tomados del Silabario del idioma mexicano : (1)

(lección 1)

"Luego que se levante por las mañanas un buen niño se hincará y le pedirá a aquel por quien y en quien se vive, no lo abandone en el día: que lo asista en todo para no caer en pecado".

(lección 2)

"El buen niño se abstiene de todo, está contento. Si quiere algo pide a sus padres y se lo devuelve buenamente y con gusto. Si no le dan con igual gusto, calle. Si no le dan todo lo que

quiere comienza a estirarse los cabellos, grita, llora, hasta que sus padres encolerizados le pegan con un vara".

(lección 7)

"Una mujer querida y amante es querida y apreciada por todas partes. Como el sol replandece en el cielo así brilla su hermosura dentro de su casa y en la consideración de todos".

(lección 8)

"La generosidad es una virtud nobilísima. Esta debe fijar en su corazón el buen niño. El que reparte en sus semejantes una torta de pan que tiene, luego se conoce que es un niño noble y generoso. Pero el que quiere que todo sea para sí, ese es un gran mesuino y cicatero. No tendrá quien lo favorezca. Todos lo maldecirán y él todo lo perderá".

Como se observa, las lecciones encierran una intención moralizadora, transmissora de comportamientos recomendables a lectores que, en su mayoría, eran menores. Como en la de estos ejemplos, consistió la tónica predominante, de las lecciones del resto de los sílabarios, los que, desde sus títulos, ("Un corazón noble", "Las buenas compañías", "Jesus, amigo de los niños", "Amor fraterno," etc) la anunciaban ya, redundando en lo moral. En "Un corazón noble", por ejemplo, sorprende la manera alternada del relato, estructurado de tal manera, que combina los contenidos de cada uno de los cuatro párrafos que posee entre acciones buenas y malas, pasando de lo no recomendable para el lector, a lo que sí sí debe realizar :

Un catecismo notable

1. "Enrique estaba jugando en la huerta con sus amiguitos.
- "Vete a coger unas cerezas para nosotros", le dijeron.
2. "Eso no", contestó Enrique, "papá me ha dicho que no debo coger frutas en su ausencia; no quiero pues darle un disgusto."
3. "¡Bah!, interrumpió uno de los amiguitos, no lo sabré tu papá, y aunque lo supiera es tan bueno que no te diría nada; bien puedes darnos algunas"
4. "Lo que me aconsejas es muy feo", replicó Enrique, "¿he de ser malo yo, porque mi papá es bueno?" (2)

El Catecismo, uno de los utensilios escolares para los estudiantes, constituyó otras de las alternativas de lectura a las que tuvo acceso la sociedad del momento.

Es indispensable aclarar que la palabra "Catecismo", durante el siglo XIX, no tenía únicamente una acepción como tratado sobre doctrina católica, sino que, utilizando su metodología (lograda a base de preguntas y respuestas a través de las cuales se entablaba un diálogo entre maestro y alumno), ésta se aprovechó para realizar diversos estudios relacionados con otras disciplinas. De esta manera aparecieron, por ejemplo, el Catecismo geográfico, el Catecismo geológico y otros.

El que constituyó la base de la doctrina católica de la población, fue, como lo mencioné antes, el catecismo del padre Ripalda, contenedor de todas aquellas oraciones y disposiciones que un buen católico debía conocer y memorizar según los cánones del momento. Hubo algunos escritores de principios del siglo XIX que, dentro del argumento de sus narraciones, aludieron a la importancia que la sociedad otorgaba al mencionado catecismo.

Entre ellos José Joaquín Fernández de Lizardi, quien en dos de sus novelas más conocidas (Feriquillo Sarniento y La Quijotita y su prima), más que reafirmar ese reconocimiento que la sociedad le otorgó, criticó el contacto mecanizado y falta de consciencia ejercido por sus practicantes.

El catecismo cumplía con dos intenciones bien marcadas: una, la de reafirmar la fe del incrédulo ilustrado, que exigía una explicación razonada de los preceptos y misterios propagados en él; el otro, el de alimentar la convicción de fe de quienes si creían, representados, generalmente, por aquella parte del pueblo no ilustrada. Bajo el cumplimiento o no de las prescripciones implícitas en estos catecismos, la iglesia, a través de los curas, reforzaba la insistencia de la fe mediante sus acostumbrados sermones religiosos.

Ya también quedó visto cómo la temática científica constituyó otro de los temas de lectura constantes del momento y cómo, su demanda resultaba un signo de modernidad.

Tanto en las producciones periodísticas, como en los libros, surgió una preocupación por difundir y propagar los temas científicos. Pese a tal interés, si comparamos tal tendencia temática con contenidos de otros materiales de lectura, los primeros no alcanzaron la misma demanda entre los receptores debido, probablemente, a una deficiente educación científica. Tenían más aceptación los textos de asuntos ligeros. (Como ejemplo de este material, véase el utilizado para las cartas).

ya he venido explicando como, debido las condiciones tan difíciles en las que se encontraban las vías de comunicación terrestre a principios del siglo pasado, la carta constituyó otro material más, muy leído. Es sorprendente no sólo la cantidad de epistolarios recopilados, sino la riqueza de sus contenidos, que los coloca como una fuente de información y de conocimiento. Los hay de varios temas: amorosos, de negocios, familiares, amistosos (como la sostenida entre políticos, artistas o científicos famosos.). De esta variedad de posibilidades, selecciono un fragmento tomado de una serie de cartas que Rafael Roa Bárcena escribió a su hermana, recopiladas bajo el título: Cartas a mi hermana Josefina. Desde su introducción, elaborada por el propio autor, asombra en este libro, un marcado interés por instruir y moralizar:

"Acaso este libro sirve al entretenimiento é instrucción de la juventud por los materiales útiles que he tomado de multitud de obras importantes, y que he procurado ir acomodando a la capacidad de los niños..." (3)

Este comentario de Roa Bárcena sorprende por su insistente deliberación instructora trasladada a un género como el epistolar, la que solo se explica como consecuencia propia del contexto del momento, propiciado por influencia de las ideas de la ilustración. El epistolario de Roa Bárcena resulta un completo tratado de Astronómica capán, verdaderamente, de enseñar no sólo a lectores pequeños (como lo recalca el autor en su introducción), sino a cualquiera interesado en el conocimiento general de esta disciplina:

México, noviembre 2 de 1861

Leyes de la atracción.

"Habrás de advertir, Josefina, que el magnífico globo que habitamos no fue lanzado al ocaso en el firmamento, sino que lo mismo que los demás astros, se sujetó desde el principio a leyes fijas y a movimientos regulares é invariables. El principio de estos movimientos consiste en la atracción planetaria..." (4)

Este pequeño fragmento de la carta de Roa Barcena proporciona una idea de la erudición científica de la obra.

Un ejemplo más dentro de este género, lo constituyen las cartas que Alexander Von Humbolt envió al párroco de Amsterdam. En ellas, vuelve a encontrarse la preocupación por la instrucción e información. Estas aparecieron publicadas en 1835 en el número cuatro de la Revista mexicana. En ellas se hace una detallada descripción de la población total de América que, según las estadísticas de Humbolt, ascendía a 34'284,000 habitantes, cifra de la que ofrece una información de: cuantos católicos, cuantos protestantes, cuantos independientes no cristianos, cuantos blancos, cuantos indios, cuantos negros y razas mixtas había. Motivo por el cual, resultan documentos que, con el tiempo, se convirtieron en informantes etno-sociológicos de ese entonces.

Muy ligado a la preocupación de conciencia nacional y búsqueda de identidad del momento, estaba el tratamiento de los

asuntos históricos, bastante difundidos, más que en los libros, en periódicos y en revistas. En estos materiales, sobresalía el atractivo por ciertos temas de moda tales como la exaltación patriótica de nuestros héroes, la historia antigua de México (que ya desde los Humanistas del siglo XVIII había comenzado a interesar a la sociedad), ciertos episodios de historia universal, y la descripción geográfica e historia de regiones mexicanas.

III.2.- El periódico.-

Otros de los materiales con mucha demanda durante principios del siglo pasado, lo constituyeron las publicaciones periodísticas (revistas y periódicos) de las que comentaré algunas aparecidas durante el lapso que va de 1812 a 60.

Probablemente la mención de las publicaciones periodísticas, haga pensar que sólo concentraré mi atención en aquellas que contienen información general (política y opinión), más no es así. Hay un género: la prensa, la revista, (5) que, durante el periodo especificado, resulta un material de lectura muy interesante.

Es sorprendente la variedad de publicaciones de prensa aparecidas, tanto que hacer una caracterización generalizada de ellas les restaría importancia y riqueza. Para llegar a señalar ciertos rasgos esenciales que las determinaron se basó en las constantes localizadas, las que me condujeron a formular un criterio global sobre las mismas.

Así pues, durante la primera mitad del siglo XIX, el periódico tuvo un lugar predominante, sobre todo durante 1810 a 1830. (6)

Si relacionamos este momento de auge con la realidad histórica, hallamos una correspondencia determinante entre el momento inestable y difícil de nuestra historia y el periódico como instrumento de información. Siguiendo este paralelismo, no fue sino hasta la segunda reelección del Gral. Santa Anna (1835) cuando, en medio de cierta calma en la actividad bélica, apareció y se desarrolló la prensa especializada.

Existe un vínculo entre historia y periodismo. Este, dentro de nuestro movimiento de Independencia, jugó un papel importante, a pesar de las adversas condiciones de censura bajo las que se mantuvo.

El carácter polémico y controvertido que se dió en muchos de ellos es resultante directa del momento histórico, dialéctica que queda manifiesta como característica franca de estas publicaciones. Era ésta una controversia que figuró a manera de ataque directo a través de los artículos periodísticos los que, se utilizaban como únicas armas de ataque o de defensa.

Los periódicos del momento resultan así, un ejemplo marcado de esta situación de disputa. Por ejemplo, Hay ya ese hueso que roer y que le metan el diente, periódico que, desde su título invita y reta al combate; surge en 1826, creado especialmente a favor de la secularización de los bienes eclesiásticos y como apoyo a la constitución. El otro, El Quebrantahusos, del mismo año, órgano de tendencia plenamente conservadora-religiosa, de oposición franca al anterior y que, durante toda su existencia, se concentró a defender y desmentir un artículo previamente publicado en el Hay ya un hueso que roer y que le metan el diente titulado:

"la tra ignorancia hace toda su ciencia", que atacaba el poder de dominio que ejercía la iglesia sobre los hombres, basándose ésta en la ignorancia y en la enajenación que ella producía. (7)

Los periódicos de tendencia liberal, por lo general, eran los que criticaban las circunstancias socio-políticas insituadas del momento. Entre ellos pueden citarse los del Pensador Mexicano que, dentro de sus páginas, tendieron a enjuiciar el funcionamiento de la religión y del gobierno (8); o el Semanario Político (1821) de José Ma. Luis Mora, hecho con la intención de atacar a Iturbide; o El Fénix de la Libertad (1831) orientado hacia la defensa de la libertad de imprenta.

Estaban, además los periódicos de intención meramente propagadores de una ideología oficial, entre los que podemos citar El Sol (1823); o los de tendencia federalista, como El Cosmopolita (1837); o los moderados como El Observador de la República (1827); y los que propagaron la ideología yorkina como El águila mexicana (1823). Pero frente a esta variedad de posturas ideológicas de información, en el periodismo de estas dos primeras décadas, hubo una marcada ausencia de temas literarios creativos, pese a que muchos de ellos anunciaron su tratamiento en el sumario, o en el título, (9). Lo literario no sólo resultó pobre en cantidad, sino también en calidad. Por ejemplo, el artículo intitolado "Teatro", aparecido también en el Fénix de la Libertad, en el que por el título, el lector espera encontrar alguna reseña crítica o informativa sobre algún dramaturgo, obra o representación del momento, pero que, sorprendentemente, al enterarse de su contenido, descubre que éste se aleja totalmente de

de esta especulación.

Nos aseguran que el teatro está malísimamente iluminado y que a media representación los concurrentes quedan en tinieblas como el miércoles santo. Hemos preguntado la causa de esta carencia de claridad, y han contestado... (10)

Mas... ¿Cómo podía un pueblo dedicarse a la creación y a la recreación artística cuando su preocupación fundamental estaba dirigida a la conformación política de nación independiente, como comenzaba a ser?

Fue la búsqueda de integración en todos los ámbitos, la causa esencial por la que los temas políticos e históricos predominaron sobre los artísticos. Pero... frente a la prioridad de los temas políticos dentro de los medios de información, un lector (mediante estas lecturas) ¿hubiera podido, realmente, estructurarse política e históricamente, adquiriendo una conciencia de su realidad?

Mi respuesta es negativa, debido a que dentro de la variedad de matices ideológicos propagados, el lector de la época, víctima de su ambigüedad política, no hacía más que perderse y confundirse. La muestra está en que, simultáneamente, esta misma imprecisión se trasladó a la mayoría de los textos periodísticos. En ellos existe un claro desfazamiento entre la postura ideológico-política que representan, y la convicción ética a la que aluden. Esto trae como consecuencia, producciones híbridas en las que se maneja una gran dosis de libertad, de innovación ideológica pero, al mismo tiempo, de

una marcada actitud de impotencia para desvincularse de la preceptiva moralizadora conservadora adquirida. Al no lograr hacerla a un lado, los autores, de manera inconsciente, recurren a ella repitiéndola, quedando sus producciones más cerca de los modelos coloniales que de los modernos. Por ejemplo, en el ya citado El Fenix de la libertad (periódico con una ideología eminentemente liberal), se lee:

"Apliquemos la imprenta, este moderno instrumento, investigador de los hechos y la verdad, para hacer y desbaratar las intrigas y arterias del poder (...) Tal es el verdadero objeto de este periódico: Sólo nos animará el interés de la Patria, recordar que somos mexicanos y que debemos transmitir a nuestros hijos y a las futuras generaciones el depósito sagrado de nuestra independencia, constitución y libertad".(11)

artículo eminentemente de espíritu progresista innovador pero en cuyas páginas, opuestamente, también se localizan otros artículos de acentuada controversia política, según lo sugieren muchos de sus títulos:

"Acusación hecha en la Cámara de Senadores"

"Libertad de imprenta"

"Congreso de la unión". En el que se critica lo mal llevado de un debate en la Cámara.

"Manifiesto de los representantes de Jalisco a los pueblos del estado". (En el que defiende el apoyo democrático de la población de Jalisco).

Títulos y contenidos en los que, extrañamente, junto a este

acentuado propósito liberal, aparece otro que choca con esta convicción por su marcada postura conservadora. Una muestra de tal contradicción puede observarse en el artículo "Sermones o discursos de filosofía" que reseña los pensamientos del inglés Hugo Blair y, a través del cuál, se recomienda a los jóvenes un cierto comportamiento muy cercano a los modelos tradicionales:

Sentimos que la estrechez de este periódico no nos permita entrar en los extensos pormenores, nos ceñimos a recomendar el servicio importante que el traductor ha hecho de nuestra literatura, haciendo conocer el influjo que las conciencias morales apoyadas en el evangelio deben tener en nuestra institución(..)

Juventud mexicana, por esos discursos de Blair, veréis los tesoros de moral y filosofía cristiana que podreis sacar el estudio de los clásicos ingleses". (12)

III.3.- La revista.-

A partir de la década de los treinta aproximadamente, la prensa especializada cobró auge en nuestro país. Salen a la luz una variedad de revistas (13) que, dentro de sus páginas, trataron una riqueza temática tal, que admite una clasificación:

a).- Las de corte afrancesado: en algunos de cuyos artículos se utilizó la lengua francesa. Tal es el caso de El mosaico mexicano (1836). (14)

b).- Las dedicadas con exclusividad al "bello sexo", cuya intención radicaba en educar e instruir a las mujeres de la época como:

El recreo de las familias, (1838)

La semana de las señoritas, (1840)

Semanario de las señoritas mexicanas, (1841)

Panorama de las señoritas, (1842)

c).- Las dedicadas a los niños, como es el caso de El diario de los niños (1839), tendiente a encauzar el comportamiento moral y la instrucción de los infantes (15).

d).- Las publicaciones pertenecientes a aspectos de la iglesia, cuya intención radicaba en defender y propagar sus dogmas en una sociedad en proceso de secularización como: la Revista La Cruz (1855), El Católico (1845), El Quebrantahuesos y otras.

"En pocos días hemos visto disfrazados elogios del protestantismo, enconados ataques a la Iglesia, enconados sarcasmos contra el clero (...) En estas circunstancias es un deber de todo católico apereibirse al combate y salir a la defensa; volver por la causa de la religion calumniada" (16).

e).- Las revistas de creación y crítica literaria como El Iris, (1826), iniciada por el cubano José Ma. Heredia, contenedora, para aquel entonces, de una sorprendente crítica teatral; o El Zurriago literario (1839). A los que se sumaron otros como: Miscelánea (1829) y Minerva (1832), también de Heredia .

Dentro de esta variedad de publicaciones, a pesar de su distinción temática, aparecen una serie de características recurrentes que ayudan a formarnos un criterio generalizado de las mismas. Por ejemplo, dentro de sus páginas, todas ellas incluyeron la creación literaria, mediante la que ofrecían a sus lectores una

variedad de cuentos, poemas y fragmentos de novelas. Asimismo, desde su presentación introductoria, en la mayoría de estos materiales se insistía en que, el tema político, no formaría parte de su contenido. En ellos era común advertir la falta de crédito o firma de sus creadores, articulistas o traductores, sobre todo, en las producciones aparecidas durante los años treinta y que se continuó hasta bien entrada la década siguiente.

Abundaron también las traducciones de autores ingleses y franceses predominando sobre la obra de escritores mexicanos; predilección que si bien lograba un propósito de modernización, ocasionaba, paralelamente, un fenómeno de transculturación debido a la reproducción de contextos, formas de vida, costumbres, y modas, ajenos a la realidad mexicana.

Otra constante, en la generalidad de estas publicaciones, la constituye su acentuada preocupación por instruir y educar al lector, intención que puede advertirse desde las primeras líneas de presentación de casi todas ellas. Se lee, por ejemplo, en el "Prospecto" de El correo semanario de México, (1826):

"Conociendo lo útiles que son los periódicos en las naciones civilizadas, pues por su medio y a poca costa se derrama la ilustración, he resuelto establecer este nuevo periódico que conducirá cuantas noticias me parezcan conducentes a la pública ilustración"

O este fragmento, tomado de la introducción del Semanario de las señoritas mexicanas:

"Hacia falta una publicación dedicada al bello sexo que informara e instruyera sobre ocurrencias del día, de los eventos nacionales, estragos y de las fases de amenidad y de ilustración"

"Se desempeña el objetivo principal de instruir al mayor número de personas" (Revista mexicana, 1835. Pág 1)

O estos párrafos de El recreo de las familias:

"Con esta publicación creemos hacer un servicio a nuestros paisanos a quienes fastidiados ya de las publicaciones políticas, buscan ansiosos algo que les deleite e instruya"

"La necesidad de la instrucción, el amor a la verdad y el entusiasmo por todo lo que es grande y sublime satisfacen en nuestras publicaciones para todos aquéllos que no pueden consagrarse al estudio" (Museo mexicano)

Con la influencia directa de la Ilustración se pretendía, al igual que en Francia, instruir a la nueva sociedad mexicana. Sin embargo la propagación de esta doctrina de pensamiento, trasplantada a nuestra contextualidad, se practicó adaptándola según nuestras propias modalidades, desvirtuándola de los propósitos medulares de la filosofía francesa, y adquiriendo un complicado enfoque moralista vinculado a la preceptiva religiosa vigente. Por tal motivo, lejos de que el concepto "Ilustración" (a semejanza de su significado en los diferentes contextos europeos, donde ejercía la promoción de una postura filosófica auténtica, influyendo en las mentalidades receptoras como una inquietud racionalista y consciente frente a la religión, que era la manera como se concibió durante la época de las luces), la expresión "Ilustración, repito, en nuestro país, se remitió a la concepción de "el saber", tan acorde con esa sed de conocimiento y aprendizaje característicos del momento.

Ligada a esa preocupación iluminista, en las revistas

especializadas se aparece otra constante más: la necesidad de despertar y fomentar en los lectores una conciencia nacional, un interés por rescatar lo propio, como parte y complemento de la pretendida integración política y espiritual que constituirían los dos niveles de desarrollo en proceso, la estructura y la superestructura del país. Esta preocupación por recobrar lo nuestro, lo que nos constituye, se da en estas publicaciones bajo una concepción carente de profundidad, es decir, desde una visión meramente descriptiva y referencial. Estas constantes se presentan bajo diferentes matices:

- a).- Descripción de regiones.
- b).- Tratamiento biográfico de personalidades mexicanas.
- c).- Reseña de algún episodio de nuestra historia.
- d).- Información económica o política.
- e).- Aspectos de nuestra geografía.
- f).- Reproducción de obras de algunos de nuestros escritores (aunque pobre en comparación con la de los europeos).

las cuales revelan a una sociedad en vías de identificación con sus costumbres, historia, tradiciones, personalidades, etc. y la necesidad de recobrarlas, pero no de conocerlas y comprenderlas a fondo. Sin embargo, pesa a esta perspectiva plana y lineal de lo nacional, existen, sorprendentemente, algunas excepciones, como en el poema titulado "Definición de Puebla" aparecido en El Correo Semanario, (1826), el cual sorprende por el fondo crítico y analítico de la situación social que contiene entre líneas:

Definición de Puebla

Necios supersticiosos un enjambre,
por fuerza algunas monjas encerradas.
Hipócritas familias muy pagadas
derobusta virtud, y es un arambre.
Algunos mercaderes con su fambre,
los pobres en las calles á bandadas,
muchas señoras en efecto honradas,
espuestas a ser malas por el hambre:
Forción de forlipones muy erguidos,
serviles con bajezas adulando,
cuatro monopolistas escondidos
que sólo en su interés están pensando,
los pocos liberales abatidos,
¿Y podrá así Puebla ir progresando?. (18)

Otra constante más en las revistas, es la notable escasez del tema artístico-literario, desinterés manifiesto tanto entre editores como en lectores; por consecuencia, se dió entre los lectores un precario interés en el gusto y la apreciación literaria que se dejó sentir hasta en el campo de la enseñanza.

Si a tal desinterés, agregamos las circunstancias históricas difíciles por las que pasaba nuestro país, éste se comprende y se justifica como una debilidad histórico-literaria que ayuda a comprender la razón por la que no proliferó, en muchas de las publicaciones que lo anunciaban, el tratamiento de lo literario, sobre todo de escritores mexicanos.

Haciendo una comparación entre el tema literario y otros (científicos, históricos, de opinión, etc.), que acompañaban estas publicaciones, aquéllos resultan estadísticamente menores y, de entre ellos, más escasos aún, la aparición de aportación de producciones literarias propias.

de rente a esta alusión de constantes hasta aquí mencionadas de las revistas especializadas, cabe hacer un paréntesis para

destacar la importancia que tuvo la primera asociación literaria mexicana: la Academia de Letrán, fundada en 1836 en pro del impulso de una literatura nacional, que buscara convencer, a aquella sociedad recién independizada, de que nuestras letras y artes necesitaban nutrirse con urgencia de realidades, temas, y temperamentos propios, que contribuyeran al logro de la expresión e integración nacional. Sin embargo, precisa hacer notar que, toda esa pobreza de obras literarias nacionales advertida durante los primeros años de nuestra vida independiente, no concordó, en lo absoluto, ni con el plan nacional de la Academia de Letrán, ni con el plan institucional que, fundamentado en este principio, pretendía ser cimiento de nuestra independencia. Contrariamente, se propició la publicación de obras francesas e inglesas que, lejos de impulsar un modo de vida propio en los lectores, fueron trasmisoras de costumbres y formas de vida pequeño-burguesas de la sociedad francesa, transculturación que llegó a tener su arraigo en nuestro país a fines del siglo XIX, criticadas e ironizadas por el novelista José Tomás de Cuéllar en su serie la Linterna mágica.

Volviendo a la mención de constantes localizadas a lo largo de las publicaciones especializadas del siglo pasado, otra más la constituye la manera oscilante del tratamiento de las posturas romántica y neoclásica. Después de la tercera década del siglo, el romanticismo abundó como una respuesta a la difusión que, de la importancia de lo sentimental, hizo José Ma. de Heredia en la revista literaria El Iris, (1826) (19). Lo romántico fue reforzado paulatinamente en otras publicaciones; tal es el caso

de un artículo escrito por el inglés Adisson, aparecido en El Semanario Político y Literario titulado: "Ensayo sobre los placeres de la imaginación, exaltador evidente de lo importante de la sensibilidad en el individuo:

"Los placeres de la imaginación tomados en toda su extensión no son tan groseros como los de los sentidos, ni tan refinados como los del entendimiento. Estos últimos son preferibles porque se funden en algún nuevo conocimiento que perfecciona el alma del hombre, pero es preciso confesar que los de la imaginación son tan grandes y sorprenden tanto como ellos. Una hermosa perspectiva deleita el alma tanto como una demostración; y una descripción de Homero tiene más admiradores que un capítulo de Aristóteles. Además los placeres de la imaginación, son más fáciles de disfrutar que los del entendimiento; porque para gozar de un bello escenario, no hay más que abrir los ojos; los colores pintan en la fantasía con muy poca atención para averiguar las causas particulares que la producen". (20)

Durante la época que nos ocupa, atender a la participación conjunta de lo romántico y lo neoclásico, resulta una dialéctica. Ambas posturas, dentro del terreno literario, representan pugna y controversia similar a la experimentada en el contexto político entre liberales y conservadores. Paralelamente, dentro del terreno literario, las mentalidades tradicionales y conservadoras pugnaban por la defensa y el predominio del neoclasicismo; mientras que las liberales lo hacían por la instauración y propagación del romanticismo. Es decir, se vivía, artísticamente, una actitud de "ruptura y continuidad" (21)

Una constante más, dentro de las publicaciones citadas, la constituye la recurrencia y la insistencia del tema de lo moral. Hay en los contenidos de estos materiales un marcado afán

moralizador tendiente a reafirmar y a generalizar ciertos modelos de comportamiento humano entre las familias, mujeres, niños y jóvenes, modelos todos muy comprometidos con el dogmatismo tradicional cristiano (22). Es muy frecuente encontrar en estas publicaciones, la presencia de ciertos géneros literarios que por sí mismos, encierran una intención moralizadora, tales como la fábula, las máximas, las vidas ejemplares, etc., los que, continuamente, están alternando con textos y títulos del mismo lineamiento patentizando tal intención en el lector. Esta insistencia por lo moral se hace más aguda y abundante en las revistas dedicadas a la familia, a los niños y a las señoritas, así como en las publicaciones religiosas. Hay ocasiones en que la tendencia por difundir determinados modelos de comportamiento, surge de manera latente en artículos que, aparentemente, nada tendrían que ver con lo moral pero que al leerlos, la intencionalidad se infiere y resalta como objetivo fundamental, tal es el caso del artículo: "La finalidad de la historia"

"Pero a cualquier parte que se dirijan las lecciones de la historia, siempre su moral debe ser una, pues se debe fundar siempre condenando las guerras impuestas, ya se decreten por una muchedumbre frenética o un corto número de principios fundamentales porque toda ciencia verdadera es simple en sus elementos; respecto a la religión, amor al país y a las instituciones, fidelidad a los tratados, humanidad a la guerra y a los tratados, amor al orden y a la paz". (23)

La tendencia a presentar una moralidad oculta, se dio poco entre las publicaciones dirigidas al "bello sexo" por el contrario, en ellas el aspecto moral estaba manifiesto de manera directa,

como si con ello se pretendiera persuadir a las lectoras de las formas estereotipadas de comportamiento en ellas sugeridas. Por ejemplo, se insistía en recalcarles que la mujer es base y pilar del hogar y, por consecuencia, de la sociedad. Por tanto, en ellas se apelaba a la responsabilidad sobre la aceptabilidad social de ser responsable, hogareña, abnegada, comprensiva, moral, refinada, educada, etc. De aquí que en muchos de los artículos de estas revistas para señoritas, se publicaran, además, consejos sobre cómo mantener la limpieza y la belleza del hogar, recetas prácticas de cocina, advertencias para conservar la figura, etc.

"Con el fin de que las señoritas sepan bien el arma que usan, he establecido una academia para el adiestramiento de las jóvenes en el ejercicio del abanico con arreglo a los aires que más se han estilizado en la corte." (24)

O bien, artículos como: "Cómo renovar el terciopelo", "Para blanquear y limpiar el marfil", "Para blanquear las perlas" (por citar algunos) que proporcionaban a las lectoras maneras, costumbres y valores referentes al prestigio social que, aunque superficiales en su mayoría, contribuían al esclarecimiento del concepto de feminidad dentro de aquella sociedad.

III.4.- Obras literarias.-

El estudiar de cerca la obra literaria de algunos escritores de la época que me ocupa, resulta más comprometedor aún que el reseñar qué se leía. Uno de los escollos estriba en no poder

incluir a los autores en su totalidad.

Dado el caso de que esta investigación tienda a concentrarse en las diferentes posibilidades de lectura, y no concretamente en la literatura, justifico con este objetivo la selección de obras y autores que aquí comento avalada por dos criterios: uno, atender únicamente a obras narrativas; el otro, que se ajusten al periodo que abarca el trabajo (1810-60).

Ya en líneas anteriores pude hacer notar los siguientes puntos:

1). La poca difusión que se daba a los estudios sobre literatura y crítica.

2). La dialéctica prevalente entre las preceptivas romántica y neoclásica, conductoras de las marcas básicas bajo las que debían evaluarse los materiales literarios.

Los comentarios que sobre los autores y obras seleccionadas realice a continuación, no se centran ni en el estilo, ni en la forma de las obras, sino en su contenido. Tampoco pretenden una crítica o un juicio categórico, o una recomendación de quién o qué obra sea mejor, sino analizar y señalar cómo y por qué incluyo estos materiales literarios como otra posibilidad más de lectura, dentro de las distintas opciones con las que contaba la cultura literaria de principios del siglo XIX.

De algunas de las historias de la literatura mexicana escritas en nuestro siglo, así como en antologías (que en cierta manera rescatan criterios valorativos de obras y figuras del momento), he seleccionado cinco autores que, por coincidir en el tratamiento de algunos rasgos, me permitieron llegar a ciertas apreciaciones generales de su obra. La semejanza entre sí de los

paradigmas de los escritores elegidos, podrá considerarse igualmente afín a la de muchos otros de los textos literarios de la primera mitad del siglo pasado.

Los cinco escritores son: José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), Manuel Payno (1810-94), Ignacio Rodríguez Galván (1816-42), José Ma. Roa Bárcena (1827-1908) y Juan Díaz Covarrubias (1837-59). (25)

Inicio este comentario, enunciando algunas experiencias vividas por ellos en común, las que, probablemente, constituyeron la razón de sus similitudes (26)

1.- Su cronología biográfica, que los hace coincidir, no entre sí, sino con la época que me ocupa.

2.- Desprendida de la anterior, destaca la confrontación de la realidad que estos escritores tuvieron que vivir, presenciando y participando, como testigos y autores, de un contexto histórico común que va de los inicios del México independiente, a los primeros brotes de la Reforma Juanista.

3.- Una trayectoria educativa y cultural semejante bajo la que se formaron, sobretodo, durante su niñez.

4.- Una temática más o menos coincidente entre ellos.

De las experiencias mencionadas, me interesa abundar sobre la tercera, lo que obliga a remontarnos a revisar el contexto histórico-social de principios del siglo XIX, dentro del que vivieron esos escritores.

Durante su infancia, con excepción de Lizardi (26), los escritores seleccionados fueron formados entre las décadas de 1820 a 1830, período durante el cual, si bien circulaban

ciertas lecturas ideológicas europeas (concretamente las enciclopedistas, que llegaron a ser leídas por algunos escritores), dentro de su formación, también predominó la imposición de una educación marcadamente tradicionalista y conservadora que, al contacto con la ideología imperante en sus lecturas, provocó un desfase en su personalidad.

La causa de tal desfase, quedó ilustrada en una fuente literaria recopiladora, fiel y pintoresca, del momento: Las memorias de mis tiempos de Guillermo Prieto. Escrita a fines del siglo, en la que, a pesar de ser contenedora de vivencias personales de su autor, éstas son extensivas a los escritores propuestos. De tales vivencias, las relativas a la educación infantil, practicadas dentro de la familia y la escuela, resultan interesantes al ser portadoras del pensamiento y de los ideales que, sobre la educación, tenían los adultos; permitiéndonos adentrar a ciertos parámetros del mundo moral, que constituyeron no sólo la visión de los autores sino, obviamente, de muchos de los receptores de la época.

A través de la educación dentro de la escuela y la familia, fue como se instauraron, en el educando, las normas bajo las que se enjuiciaron y aceptaron los actos de la sociedad y que condicionaron, en gran medida, su vida y su libertad. Guillermo Prieto nos refiere en sus Memorias, cuales eran los ideales que los adultos de aquella época consideraron indispensables para un niño:

"El ideal de un niño consistía en que se estuviese quietecito horas enteras, en saber un buen trozo de catecismo de memoria, en oficiar el rosario en las horas tremendas, comer con tenedor y cuchillo, de

las gracias a tiempo, besar la mano a los padres y decir que quería ser emperador, santo, sacerdote, o, cuando menos, mártir del Japón". (27)

Estas apreciaciones encierran un trasfondo revelador de aquellos estereotipos básicos que, inconscientemente, conformaron la conducta y la personalidad de quienes crecieron bajo su influencia. (28)

" La parte religiosa, que era lo esencial de la vida de hogar, estaba bajo la dirección de los gobernantes de la conciencia de mis señores padres; pero cada quien tenía su padre confesor, y cada confesor su jurisdicción privativa. Pero el entusiasmo cristiano era uno, único al fin, y el anhelo unánime, el entusiasmo por las cosas divinas"

Si a esta manera de formar a los infantes, agregamos algunos otros factores externos (el enfrentamiento de ideologías políticas, la inquietud imperante por implantar el cambio y, sobre todo, el ambiente liberal que se respiraba), podrá explicarse un motivo más de la causa del desfasamiento del pensamiento de los escritores y lectores, y nos ayuda, por tanto, a comprender su característica híbrida de apego, no sólo al conservadurismo impuesto durante su niñez, sino a la nueva inquietud liberalista política experimentada durante su edad adulta. Prieto también habla en su obra de este choque contrastante:

"La ciudad despertó a deshoras de la noche al estampido del cañón, a los repiques a vuelo de todas las iglesias, (...) al regocijo inmenso de todas las clases sociales. " La redención de Barradas", gritaban, corriendo en todas direcciones los vendedores de papeles, las gentes se abrazaban sin conocerse; los tenderos, en sus puertas, destapaban botellas y brindaban con el primero que pasaba; las dianas alborotaban; los cohetes aturdirían y a veces el placer se parecía al remedo de las

tempestades.

En efecto, Barradas y su invasión quimérica de reconquista habían fracasado en Tampico" (29)

Como los textos de Prieto lo indican, estas vivencias resultaron contrastantes y, así como para él, lo fueron también para muchos de los habitantes, que las hallaron oscilantes entre el liberalismo innovador, y la obsesiva preocupación de persistir dentro de ciertos moldes tradicionales.

Haciendo a un lado este hibridismo, ¿cómo podría explicarse entonces la personalidad liberalista plasmada en los periódicos de un Pensador Mexicano, frente a la insistente preceptiva moralista y conservadora de sus novelas, de La Quijotita y su prima, por ejemplo?

Insisto, sólo conociendo esa mentalidad oscilante imperante durante los primeros días de nuestra independencia, se podrá entender tanto a un Lizardi, como a otros escritores del momento.

Además de las lecturas reseñadas en el capítulo anterior que estuvieron más al alcance de muchos lectores del momento, Prieto, en sus memorias, menciona algunos títulos y descripciones de lecturas que formaron su gusto literario y, cuyo contenido, se consideró fuente esencial de su formación.

Dice Guillermo Prieto:

Mi padre, junto a todas las relaciones comerciales guardaba también en los estantes el tintero y la lista de raya, se veía un "Periquillo", unas "Tardes en la granja" y unos "Viajes de Gulliver", lado a lado de las poesías de "Arraiza" (...)
Los juegos de la harna y la rayuela eran mis ideales y ni Aquiles, ni Patroclo, ni Ajax, ni nadie se presentaron a la imaginación humana como los marromeros (...)
En aquel ocio, no sé por qué casualidad di con un

alto de calendarios que formaban la biblioteca de la casa, único elemento intelectual de la familia. Lo único que tenían legible los calendarios eran unos sonetos a la Virgen de Guadalupe de los que, poco después, los de Galván eran los de mayor nombradía(...)

Ellas (mi madre, mis primas y las criadas) inventaban juegos y recitaban versos, leían los "Desengaños de la vida" y el "Filos Sectorum" y me declamaban trozos de Lope y de Calderón, que yo aprendía de memoria" (30)

Algunos de los contenidos de estos títulos, indudablemente, chocaron con la extrema represión ejercida por la familia y la religión, provocando presión e inseguridad en los educandos:

"¡Feliz chico que tenía se capilla para enseñarse padre!

¡Feliz la niña que poseía una muñeca vestida de monja! y ¡Feliz mil veces el párvulo que por una promesa de sus padres, o vestía de frailecito, o, figuraba como alma gloriosa en una procesión o, en un coloquio fungía de arcángel, o especialmente favorecido ayudaba una misa y auxiliaba a un sacerdote a dar la comunión" (31)

Hacer un análisis detallado de la totalidad de la obra de los escritores mencionados, resulta imposible; por tal motivo, he elegido una narración corta representativa de cada uno de ellos. De José Fernández de Lizardi, La Quijótica y su prima. De Manuel Payno, El doctor. De Ignacio Rodríguez Galván, La hija del oidor. De José Ms. Roa Bárcena, La Quinta modelo y de Juan Díaz Covarrubias, Sensitiva

En cada una de estas narraciones ofreceré por separado: La historia, el discurso (32) y la ideología para, posteriormente, establecer constantes y contrastes entre ellas.

La Quijotita y su prima, novela costumbrista de José Joaquín Fernández de Lizardi, publicada por entregas en 1816.

Historia. - Gira en torno a la preocupación de dos parejas (Eufrosina-Dionisio y Matilde-Rodrigo) por proporcionar una buena educación a sus hijas (Pomposita y Prudenciana, respectivamente) que asegure su éxito y felicidad. Lizardi, a lo largo de la obra, nos va refiriendo entonces, cómo educa, y cómo es la relación, de cada una de las parejas con su hija, para desenlazar el contenido de cada una de estas historias paralelas, con el reconocimiento de Prudenciana, y la destrucción de Pomposita, como consecuencia de una buena, y una mala educación.

Durante el trayecto narrativo de las historias, Lizardi va haciendo constante hincapié en los éxitos y fracasos de las protagonistas, como respuesta sin salida a su conducta, y a al buen o mal ejemplo que, sobre las hijas, ejercieron sus padres. El autor termina trágicamente la historia de Pomposita con su muerte y con la de su madre, Eufrosina, castigando con ello su comportamiento indeseable. La otra historia, en cambio, la finaliza el autor con la conquista de la felicidad no sólo para Prudenciana sino también para su esposo Modesto, y su hija, como premio a su buena educación. De esta manera, Lizardi apela y propone una determinada manera de educación y comportamiento familiar para conseguir, inevitablemente, el éxito.

Ideología. - Tomando en cuenta la referencia a la intención educativa femenina, que el propio Lizardi advierte desde el prólogo de su novela, en ella, se da el tratamiento constante de ciertos temas que nos permiten conocer el pensamiento categorico y el

concepto que, en torno a ellos, regia dentro de la sociedad de la época, tales como: la familia, la mujer, la educación, el matrimonio y la moral.

Discurso.- La novela posee una estructura lineal, un tiempo que antecede al de la enunciación, y un narrador omnisciente descrito. Es una narración lenta, con poca acción, interrumpida constantemente con descripciones y digresiones morales del autor.

La hija del oidor, narración corta de Ignacio Ramírez Galván, (1830).

Historia.- Juanita, la hija del oidor, pretende realizar su amor con el Licenciado Verdad (sujeto de no muy buena reputación que engaña a Juanita bajo este nombre). Cuando los amantes intentan huir, después de que ella confiesa al supuesto licenciado estar esperando un hijo suyo, son descubiertos por el oidor quien ordena aprehender al amante para matarlo. Juanita, al enterarse de lo sucedido, ruega a su padre no dictar la pena de muerte a su amor confesándole que es el padre del hijo que espera. El oidor, lleno de rabia, apuñala y mata a Juanita ordenando, posteriormente, la muerte del burlador.

Ideología.- Entre el tratamiento de temas como: la mujer, la deshonra (o pérdida de la virginidad), la autoridad de la figura paterna, la confrontación de clases sociales, el autor resalta el del repudio a la deshonra familiar mediante, mediante el acto de concebir un hijo antes del matrimonio como lo hace Juanita.

Discurso. - Predomina el tiempo anterior, y la presencia de un narrador omnisciente. Un ambiente colonial verosímil y pintoresco cuya descripción alterna equilibradamente con la acción.

El doctor, narración corta de Manuel Payno, (1842).

Historia. - Aquí el autor nos refiere la dramática historia de un doctor que se enamora de su paciente, Cecilia, joven infeliz desahuciada por él. Durante su desarrollo, se nos refiere el dolor que embarga al doctor al sentir, cada vez más lejana, la realización de una relación, a consecuencia de la avanzada enfermedad de Cecilia, la que termina muriéndose, dejando al doctor hundido en la desilusión.

En el argumento, de tonalidad melodramática, no se ofrece una historia en la que se castigue o se premie la actitud o el comportamiento de los protagonistas. En este sentido, la narración de Payno constituye una excepción entre las cuatro narraciones seleccionadas, pues resulta ésta una historia simplemente romántica. (33)

Ideología. - A pesar de la sencillez de la narración en cuanto a su forma, en el desarrollo de la historia, sobresale una apreciación en torno a ciertos temas del momento, tales como: amor, pureza y religión, manejados totalmente dentro de los parámetros:

amor = pureza, dulzura

amor = vida

religión = confianza en Dios

Discurso.- Lineal, sin complicaciones, con narrador omnisciente que cuenta una historia anterior a los hechos. Abundancia en calificativos para describir la naturaleza exaltando y comparando su belleza con la de la mujer amada.

Sensitiva, de Juan Díaz Covarrubias, (1850).

Historia.- Melodrama romántico que refiere la historia de Luisa, campesina ingenua y bella, enamorada de Fernando, quien la admira. Pese a esa atracción, Fernando prefiere a Isabel, mujer frívola y lebertina con quien se casa. Más tarde se arrepiente de haberla elegido como esposa y cuando éste, decepcionado de Isabel, opta regresar con Luisa, la encuentra moribunda. La historia termina con la muerte de Luisa, el arrepentimiento y remordimiento de Fernando, y la desolación de Isabel.

De nuevo, aquí, vuelve a repetirse el final trágico-dramático de la anterior, en ésta el autor castiga, con la soledad, la frivolidad de Isabel y, la traición de Fernando, con la desolación, y con la pérdida de Luisa.

Ideología: A través de esta historia, puede destacarse, claramente, el manejo de conceptos en torno a: Infidelidad, frivolidad y pureza.

Discurso: Sensitiva es otra historia plana, con temporalidad de la historia anterior a la de la enunciación, narrador omnisciente, en donde la abundante descripción y la frecuente comparación de Luisa y los sentimientos de los protagonistas

con la naturaleza predominan sobre la acción.

Quinta modelo, novela costumbrista-política de José Ma. Roa Bárcena (1857).

Historia.- Comparada con las anteriores, resulta una historia más rica en posibilidades. Alejada del romanticismo, se nota que los propósitos de Roa Bárcena van más allá de ofrecer únicamente un melodrama. Por el contrario, esta historia contiene un proyecto narrativo de tesis argumentativa. El autor cuenta las intenciones de Gaspar por implantar un nuevo modelo liberal de vida que le conduzca el éxito político; esta intención queda totalmente obstaculizada por una serie de causas, entre ellas las familiares, la falta de apoyo y de conciencia política de sus colaboradores pero, sobre todo, por un mal uso que todos hacen de la libertad.

Obviamente, pese a todo el empeño puesto por Gaspar para el logro de su objetivo, no logra obtenerlo, motivo por el cual el protagonista sufre una crisis depresiva, mediante la que José Ma. Roa Bárcena, castiga la mentalidad y los proyectos revolucionarios y liberales de Gaspar. Sin embargo, la paciencia y abnegación de su esposa son premiados al, final de la narración, con la felicidad y la recuperación de su hacienda, es decir, que el autor le otorga una recompensa a su sufrimiento producto del comportamiento de Gaspar para con ella.

Ideología.- Durante la narración, Roa Bárcena maneja dos argumentos, uno, el del devenir familiar, dentro del, cual le

interesa destacar la relación establecida entre los miembros de la familia; el segundo, el que cuenta el desarrollo de los ideales políticos de Gaspar, padre de la misma. La presencia de estas dos historias ofrece más oportunidades (que las de los relatos citados) en cuanto a la localización y el manejo de ciertos temas como: la integración familiar, las aspiraciones e ideologías políticas, la educación, la abnegación, la tradición, etc., de los cuales, me interesa resaltar aquellos en los que Roa Barcena otorga un premio al comportamiento sumiso y abnegado de Amalia, esposa de Gaspar. Respecto a ello, el autor sigue insistiendo en un modelo de comportamiento femenino aceptado y aceptable entre los miembros de la sociedad, con lo cual, concuerda con las lecturas anteriores.

Discurso. - Es lineal, en él vuelve a repetirse el modelo de los discursos anteriores: tiempo anterior, narrador omnisciente, con ambiente oscilante entre la ciudad y el campo, pero en donde la preocupación por describir personas, ambientes y situaciones (tan insistente en los autores anteriores) pasa aquí a un segundo plano.

Fase ahora a comentar cada uno de los planos de los relatos elegidos comenzando con la parte ideológica. Si el propósito de este trabajo estriba en contemplar los efectos de estas lecturas en los receptores del siglo pasado, abundar sobre constantes temáticas en dichos textos es esencial y, sobretudo en las que dicho dentro del plano ideológico por ser en las que se concentran

los rasgos más relevantes en torno a la intención de la investigación.

Una constante presente dentro de las cinco historias, es la inquietud por educar, la de propagar, entre los posibles lectores, ciertos tópicos de comportamiento moral y social. Obsérvese cómo, independientemente, de que esta inquietud haya sido plasmada en cada una de las narraciones consciente o inconscientemente por sus autores, éstas convergen en la conformación de un mundo y una modalidad de comportamiento basada en a dos categorías dominantes: lo bueno y lo malo. Antítesis conceptual mediante la que, en casi todas ellas, o se elimina con la muerte el mal, o se castiga con el sufrimiento (34). mas, en cambio, se premia el bien con la felicidad.

Como quedó visto, tanto los escritores comentados, como los lectores, fueron formados, casi todos, dentro de la tendencia conservadora, comprometida con los cánones moralistas católicos que establecían un significado convencional de los términos bueno y malo, sobre los que destacan casi todas las proposiciones morales. Al ser recibidas estas narraciones, con toda seguridad, provocaron un efecto de aceptación, de aplicación, como reacción característica de lectores pasivos frente al texto. Cada lector, lejos de razonar sobre su contenido, los incorporó a su vida, (recuérdense las posibilidades propuestas por Bajtin, de un lector frente al texto, mencionadas en el primer capítulo del trabajo).

Desde luego, dentro de esta dualidad de conceptos (bien-mal) es el bien el que se recomienda, concebido como el conductor inevitable de la felicidad.

Del pensamiento (bien=felicidad) se desprende otra

constante más localizable en las cinco narraciones: una imagen estereotipada de la mujer, a través de la cual, no sólo se recomienda un prototipo de feminidad configurado en torno a las virtudes impuestas por aquella sociedad tales como: abnegación, sumisión, pasividad, belleza, pureza; sino, se aseguraba que, con el éxito de esos logros, era como se alcanzaba el reconocimiento. Por ejemplo, persiste una insistencia a reprobar el libertinaje, la rebeldía, la frivolidad, la autosuficiencia, en suma, la conducta activa. Es notorio cómo, las mujeres con características tales, en ninguna de las obras presentadas, logra el éxito o la felicidad sino su destrucción y eliminación.

Dentro de la ideología contenida en las cinco narraciones, aunque no tan constante como las dos expuestas arriba, puede advertirse también, otro tema persistente más: la familia. De ésta, se insiste en reafirmar su integración, y la relación entre sus miembros. Según los autores, una familia modelo (con éxito) debe ser como la protagonizada por Prudenciana y Modesto en La Quijotita y su prima de Lizardi. En lo que, más que señalar los requisitos para el logro de la integración familiar, se insiste sobre cómo debe ser la educación que los padres deben procurar a sus hijas. Dentro de esta misma narración, el autor recalca, asimismo, aquellas conductas alusivas a la relación familiar que "no deben ser", ejemplificadas en la pareja de protagonistas opuestos a la anterior (Dionisio y Eufresina) que no alcanzó el éxito dentro de la novela del Pensador Mexicano, por sus conductas no recomendables.

En Quinta modelo, José Ma. Roa Bárcena, también reprueba estructuras de desintegración familiar, acentuando que éstas son el resultado del descuido que Gaspar, jefe de la misma, propició en la narración con su alejamiento e indiferencia, orillando a su hijo a la desintegración social.

La apreciación del tema amoroso resulta otra constante dentro del aspecto ideológico de las novelas expuestas. Mediante su tratamiento, se logra la prevalencia de características románticas, que ya comenzaban a ser aceptadas dentro del contexto social de la época que nos ocupa. De las cinco narraciones presentadas (con excepción de Quinta modelo), el amor es símbolo de vida y felicidad, pero también, de sufrimiento y muerte.

Pasando ahora al comentario del discurso de los textos citados, se pueden apreciar, igualmente, ciertas constantes. Como primera generalización, aparece la linealidad, la sencillez y la falta de complicación discursiva en cuanto al tratamiento de tiempo, espacio y enfoque narrativo. En ellas predomina la descripción sobre la acción, por consecuencia, hay un uso exagerado de la adjetivación y de formas comparativas, entre las cuales, destacan como comunes, la de la mujer con la naturaleza.

El lenguaje utilizado en ellas, a semejanza del empleado en muchas de las revistas dedicadas al "bello sexo", es abundante en adjetivación, adverbios, frases nominales con función adjetiva o explicativa, construcciones predicativas, copulativas y frases adverbiales que, en su conjunto, conforman un estilo tendiente

mas a lo descriptivo, que al manejo de la acción:

"Y tu estabas allí, Cecilia, con tu cabello con anémonas y madreselvas, con tus mejillas teñidas por el carmin de la juventud y tu vestido blanco como la nieve, parecías el ángel de la mañana.

Tu aliento, Cecilia mía es más suave que el aroma de las flores, tu voz más melodiosa que el canto de los ruiseñores y tus ojos más bellos que el cielo azul de mi patria."

Las narraciones de principios de siglo logradas dentro de tales formas, hacen de los textos, lecturas descriptivas, en las que el plano objetivo sobresale al de la profundidad, o al de carácter, quedando así, más cerca del estilo denotativo (muy a tono con las inquietudes de apariencia y de lujo social del momento) que de el de la connotación.

III.5.- Publicaciones sobre crítica literaria.

El mismo desarrollo de la investigación nos ha conducido al comentario de movimientos y marcas literarias.

Ya en párrafos anteriores he señalado la característica oscilante (modernidad, tradición) de los materiales de lectura hasta aquí referidos. Me interesa ahora, dentro de este campo de la crítica, enfocarme a la postura innovadora romántica, no sólo por su propagación durante la época, sino por el arraigo que tuvo como actitud vital dentro de aquella sociedad que, bajo su influencia, estructuró sus propias visiones, apreciaciones del mundo y repercutió en su formación ideológica, su moral, su educación y,

por supuesto, en la preferencia de ciertas marcas literarias y artísticas en general.

Dentro del período 1810 a 1850, la función del crítico literario, no existió como tal. Curiosamente eran los propios poetas, narradores y dramaturgos los que, de manera simultánea, ejercían doblemente tareas creativas y críticas. (35)

Desgraciadamente, los testimonios escritos de aquellos críticos no han sido rescatados, y muchos otros se perdieron, debido a que se ejercitaron en forma oral, dentro de las polémicas efectuadas en veladas y tertulias literarias como las realizadas en la Academia de Letrán, organizadas con la asistencia de la mayoría de los literatos del país, incluyendo, indistintamente, a románticos y a neoclásicos.

Aunque en el índice de la estructura de esta investigación, aludo a marcas literarias como bases fundamentales para seleccionar autores y obras, debo advertir que la descripción de las marcas que ofrezco, son producto de un criterio de selección específico de aquel momento.

Cierto es que toda la literatura (y en general toda creación humana) necesita tener a su lado una resonancia crítica que vaya indicando logros o carencias. Mas dado el caso de que, muy poca de la resonancia ejercida durante el siglo pasado ha sido rescatada, por las causas citadas arriba, considero que un criterio viable para acercarnos a evaluar las obras literarias del siglo pasado, no debe quedar encajonado a una preceptiva romántica o neoclásica; sino que debe tomar en cuenta también, las actitudes, producto de una contextualización determinada.

Revisando algunos artículos de crítica literaria del siglo pasado, pueden ser apreciadas ciertas marcas constantes que, según la postura del crítico (romántica o neoclásica), nos ayudan a formular una visión de la preceptiva de cada una de estas tendencias.

Neoclásica.-

Comencemos por acercarnos directamente a algunos fragmentos de estos materiales críticos. Obsérvese, por ejemplo, éste en torno a la poesía de José Joaquín Pesado:

"Si la variedad de tonos; si la buena elección de asuntos, si la exactitud de ideas, la naturalidad de la dicción y la pureza de estilo, prueban la existencia del talento, pocos habrá que en esta parte aventajen al de nuestro compatriota, el señor Pesado.

Quisiéramos que se penetrasen de esta verdad todos los que creen que son o pueden ser poetas, solamente porque hacen versos. No hay cosa más difícil que ser poeta, para esto se necesita nacer poeta, y robustecer esta disposición natural con la instrucción muy vista". (36)

Leamos ahora ciertas apreciaciones a la poesía de José Ma. Esteva aparecidas en el Zurriago literario :

"Esteva no sólo ha dado rienda suelta al entendimiento y a la imaginación; no sólo se procura que la fantasía domine y avasalle a la imaginación y al entendimiento, sino que ni se sufren ya las trabas de las reglas del arte, ni se hace el menor aprecio de las reglas convencionales que por mucho tiempo sirvieron para que los poetas procedieran con más método en sus trabajos y pudieran entenderse entre sí con más facilidad. Así es que en el caso presente no sabemos qué título dar a la composición poética del señor Esteva. Ha pintado la maldad o la perversidad de un

corazón viciado. Esteva es malo, nuestro juicio es puramente literario, no moral y lo fundamos única y exclusivamente en las leyes del arte y de la buena lógica. El poeta no debe salirse de los límites que la naturaleza ha fijado a todas las cosas físicas y morales. El poeta no debe cometer excesos.

Entrando ahora en el examen de propiedad, comete faltas muy considerables en las palabras y las ideas, como el uso del verbo "crujir" del adverbio "donde", de usos de adjetivación, de desorden en la construcción, en suma, atrocidades que hacen estremecer al corazón.

Aunque el señor Esteva se diga romántico para cometer tales faltas, nosotros no creemos que el romanticismo degrada las pasiones, ni envilece al hombre. Concluimos encargando al poeta lea con alguna desconfianza las obras de Zorrilla, porque no todo lo que contiene es bueno". (37)

Romántica.-

Dentro del criterio romántico, destacan las apreciaciones de José Ma. de Heredia, poeta y crítico cubano, innovador de esta postura en nuestro país. He aquí sus puntos de vista sobre la poesía de Fernando Calderón:

"En general, se nota abundancia, ternura y una viva imaginación. La versificación es fluida y el estilo puro, aunque tal vez se haya manchado con repeticiones y epitetos comunes.

Hay algunas poesías en que respira el genio de la elegía en tono dulce de Tibulo, purgada de algunos ligeros lunares, puede en su género competir con las mejores de nuestro idioma. El poema "Luisa o los votos", aunque se resiente algo de la juventud del autor, abunda en rasgos tiernos y enérgicos, y está escrito bajo la inspiración de la más pura filosofía." (38)

Al igual que mucha de la obra creativa, la crítica apareció, muy frecuentemente, sin crédito de autor como en la que ofrezco a

continuación en torno a la poesía de Manuel Carpio:

"Se le acusa a Carpio de ser un rigorista en sus preceptos, de ser un riguroso aristotélico, de monotonía en sus composiciones, y de ser siempre el mismo en los diversos asuntos que ha tratado. Carpio se puede colocar al lado de los mejores de la poesía española, y acaso con el tiempo se le hará la justicia que merece. ¿Quién diría que sus versos no son sonoros y redondos, que su dicción no es pura y elegante, que su fluidez no es armoniosa? ¿Quién no ve el alma sublime del poeta en el "Cantar del Popocatepetl", y el generoso corazón del inspirado en las composiciones a México, su patria?. En resúmen, podemos decir que a pesar de la escasez que muchos notan en sus formas, el señor Carpio ha cultivado con singular tino la poesía religiosa, como la prueban las hermosas composiciones de la "Muerte del Redentor" y la "Virgen al pie de la Cruz". (39)

Ahora otro artículo, también sobre Fernando Calderón, aparecido en El museo mexicano, interesante por sus apreciaciones que difieren, comparativamente, con las reproducidas arriba del Conde de la Cortina sobre el mismo autor:

"Dulce y sencillo, prefiriendo siempre la sencilla pero enérgica elocuencia del corazón, a los arrebatos ardientes y fugaces de una imaginación descarrilada, aún en medio de la fiebre del romanticismo, conmover el alma, y excitar el entusiasmo, afectando las pasiones nobles y generosas, aterrorizar y despertar sentimientos, que aunque profundos, los abrigamos como un esfuerzo, y que no seducen, sino que arrastran, lastimando el espíritu.

El amor y la libertad, estas son las dos cuerdas sonoras del laúd de nuestro poeta: el amor íntimo y melódico, caballeroso y apasionado, el amor ingenuo y tranquilo, sin las exageraciones de la rabia y la demencia.

Poeta que no anda a la caza de metáforas violentas, ni de consonantes forzadas, que malamente cubran el

hielo y la pobreza de inspiraciones verdaderas. Calderón, en sus poesías eróticas, ama haciéndose amable, y dando a su lector participio en sus sentimientos." (40)

La intención de reproducir fragmentos textuales de estos críticos, pretende que el lector actual aprecie la diferencia entre cada una de las posturas, y, además, esclarezca la falta de fundamento teórico y lo superficial de éstas, que eran las apreciaciones de autoridad persistentes dentro de la crítica de principios del siglo pasado.

En realidad, resulta difícil pretender desprender de estos textos críticos, a manera de recetario, una preceptiva, reglamentada, sobre aquellas cualidades específicas, o marcas bajo las que se juzgaban, se aceptaban, y promovían los autores y obras de aquel entonces. Más bien considero que cada una de estas posturas podría reducirse a dos apreciaciones:

1) Exaltación sentimental y libertad formal dentro de la postura romántica, y

2) Un exagerado cuidado de la preceptiva gramatical y del uso de la lengua impuesta por los neoclásicos.

Apreciaciones que resultan acordes con las actitudes ideológicas, culturales, políticas, morales, etc. del embrague contextual al que pertenecieron.

Una labor acabada de reconstrucción y estudio de los materiales de lectura del siglo pasado, requiere aún de mucha dedicación. Es lamentable encontrarse con ellos semiolvidados en bibliotecas y hemerotecas no sólo relegados por el lector, sino

son, por los propios funcionarios de estas instituciones. Espero que el material aquí recopilado sienta las bases e inquietudes de lo mucho que hay por hacer sobre el tema.

NOTAS Y CITAS

(1) Faustino Chimalpopocatl Galicia, Silabario del idioma mexicano, México, Imprenta de las Escalerillas No7, 1849, P. 14

(2) Mario Bruno, Silabario y Catón, México, Edit. Enseñanza S.A., 1961, P.14.

(3) Rafael Roa Bárcena, Cartas a su hermana Josefina, 2a. Edic., México, Díaz de León y White editores, 1869, P.4

(4) Idem. P.39

(5) Según Ma. del Carmen Ruiz Castañeda, algunas de las diferencias que pueden establecerse entre estos dos géneros (periódico, revista) radica en que "En la revista intervienen profesionales de las distintas disciplinas, que no necesariamente tienen en el periodismo su actividad principal; de tal suerte que este tipo de periodismo se convierte, en muchas ocasiones, en el sustituto del libro o del maestro. La prensa especializada tiene también, formalmente, clara diferencia con la informativa. Este tiende a acortar el tiempo entre cada una de sus ediciones, en tanto que la primera sale a la luz con menor frecuencia. El formato de la prensa especializada es menor, y desde luego sus textos son amplios, en ella varias páginas se dedican a un sólo tema y, en ocasiones, un cuaderno o fascículo íntegro" (Tomado de Ruiz Castañeda Ma. del Carmen. La prensa en México en el siglo XIX, México, UNAM, (Investigaciones Bibliográficas), 1988, P. 8-9)

(6) Con algunas excepciones de entre las que se puede mencionar la aparición de la revista El Iris (1826) y el Correo Semanario (1826-27) entre otros.

(7) Hay les va un hueso que roer y que le metan el diente, México, febrero, 1826, P. 12.

(8) Especialmente en El correo semanario mexicano (1826-27) último periódico de José Joaquín Fernández de Lizardi, que como contrapartida provocó la aparición de El defensor de la religión (1827)

(9) Como el Semanario político y literario, o El Fénix de la libertad que se anuncia como "Miscelánea política, literaria y científica"

(10) El Fénix de la libertad México, enero 18 de 1832, P.64.

(11) Idem, 7 de diciembre, 1831, P.1.

(12) Idem, 4 de enero de 1832, P. 46.

(13) Revistas agropecuarias, sobre arte, científicas, educativas, de espectáculos y recreación, literarias, obreras, religiosas (clasificación hecha por Ma. del Carmen Ruiz Castañeda en La prensa en México en el siglo XIX, Ob. Cit, P. 5).

(14) El mosaico mexicano, México, febrero 1836, P. 26

(15) Diario de los niños, México, 1839, "Prospecto" P. 1

(16) Revista la Cruz, "Prospecto", México, noviembre, 1855. P.1.

(17) Revista Mexicana, México, 1835.

(18) El correo semanal, México, 22 de noviembre, 1826, P.15.

(19) Nótese la manera francamente neoclásica de algunos poemas y fechas que reproduzco:

ELEGIA A LA MUERTE DE UN SABIO Y VIRTUOSO MEXICANO

¡Oh pérdida, oh dolor, oh aciago instante
que me condenas a incansable lloro!
Si el hombre ha de morir ¿por qué es posible?
¡Felices ¡Ay! los duros mármoles y troncos!
¡Oh ley! ¡Oh dura ley! ¡Oh primer culpa!
¡Madre fatal de tan horrendo monstruo!

¿Dónde huyes caro amigo, dulce maestro?
¿Por qué reusas mis brazos cariñosos?
¿En tal conflicto dejas a tu Patria?
¿En males tantos tus amigos todos?
quien a través del laberinto obscuro

.....
(El Observador de la Patria, 1827)

LA INVENCION DE LA IMPRENTA

¿Será que siempre la ambición sangrienta
o del solio el poder pronuncie solo
cuando la trampa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os dará rubor? El don de la alabanza
la hermosa luz de la brillante gloria?
¿Será tal vez del hombre a quien daría
Eterno oprobio o maldición la historia?

.....
(El fénix de la libertad, enero 7, 1833, P.1)

O bien ya entrados los años cuarentas, encontramos en El

Calendario de Galván: el poema descriptivo: "Mégico", de conte-
totalmente neoclásico:

MÉGICO

Espléndido es tu suelo, Patria mía,
De un azul purísimo como el zafiro:
Allá tu ardiente sol hace su giro
Y el blanco globo de la luna fría.

¡Que grato es ver en la celeste altura
De noche las estrellas a millones
Canopo brillantísimo y autores
El magnífico Orión y Cinosura.

La osa mayor, y Arturo relumbrante
El apasible Júpiter y Tauro,
La bella cruz del sur, y allí Centauro
Y tu primero, ¡Oh Sirio centellante!

(Calendario de Galván, 1846. P.36)

(20) Semanario político y literario, Ob. Cit. P. 27.

(21) Tema ampliamente tratado en el libro así titulado Ruptura y
continuidad, de Luis Mario Schneider, FCE, (Col popular), 1974.

(22) Como ejemplo cito algunos títulos de artículos tendientes a
apoyar y a recomendar ciertos moldes de comportamiento:
"Sermones o discursos de la filosofía moral cristiana" y "La
sorpresa del pudor", "La molestia", "La leyenda de la abuela",
"Instrucción paternal", "Sacrificio de un padre", "El suicida
precoz", "Los deseos de Juanito", "Doce apóstoles". Enunciados que,
por sí mismos anuncian y aluden el tratamiento de lo moral.

(23) El recreo de las familias, México, abril, 1838, P.13.

(24) Fragmento del artículo "El uso del abanico" en La semana de
las señoritas mexicanas, octubre 5, 1842, P. 181.

(25) Los criterios para elegir estos autores, además de la ya
mencionada coincidencia temática, está:

- 1.- Una cronología biográfica semejante
- 2.- A que los cinco escriben su obra dentro del lapso de la
época que investigo (1810-60).

Nótese además que me inclino por la producción de carácter
sentimental (más que por el género histórico o costumbrista) debido
a que, por un lado, el sentimental fue uno de los géneros que más
abundaron durante la primera mitad del XIX; y por otro, porque
adviento que, dentro de las narraciones con tema histórico,
persiste una inclinación a rescatar y recrear ambientes
coloniales, o prehispánicos, más a que a interesarse en la vida
independiente mexicana.

(26) Con excepción de José Joaquín Fernández de Lizardi, cuya
aunque su cronología, aunque no encaja del todo con la de los anteriores,

y a quien eligieron por dos razones: una, por ser el primer novelista mexicano. Segunda, porque sus tratamientos temáticos resultan muy afines a los de los otros autores.

(27) Prieto Guillermo, Memorias de mis tiempos. México, Fomrua (Sepan Cuantos). 1985. P. 12.

(28) Idem. P.9

(29) Idem. P.19.

(30) Idem. 15-21.

(31) Idem. P.12.

(32) Según nomenclatura de T. Todorov, podemos entender como historia: lo narrado, lo contado, el argumento de la narración. Y como Discurso: la forma como se cuenta lo narrado, es decir, los recursos literarios empleados por el escritor para narrar.

(33) Haciendo una excepción con la novelística de Payno: El doctor, es una narración en donde el sufrimiento del protagonista, no puede tomarse más que como una característica consecuentemente romántica.

Obsérvese cómo en La Quijotita y su prima, Lizardi castiga con la muerte la mala educación de Eufresina, y Roa Bárcena sanciona a Gaspar por faltar moralmente a sus responsabilidades de padre y esposo, así como por pretender imponer una ideología liberal.

(34) Nótese cómo en las cinco historias se premia un determinado modelo de comportamiento de los protagonistas: Lizardi otorga la felicidad a Prudenciana (por su sumisión, obediencia y comportamiento intachable). Manuel Payno, exalta la bondad y pureza de su personaje angelical femenino (mediante el cual recomienda a los lectores esta imagen de mujer). Juan Díaz Cvarrubias, redime a Luis por honesta y buena (recomendación de cualidades femeninas). Y José Ma. Roa Bárcena, premia con el éxito y la felicidad, la paciencia, la fidelidad y avnegación de Analía (recomendando los comportamientos morales de la protagonista).

(35) Con excepción de Francisco Pimentel, crítico español académico y formalista, quien desde esta postura escribe la primera historia de la literatura mexicana titulada: Historia crítica de la literatura y las ciencias

(36) Crítica del Conde de la Cortina a la poesía de José Joaquín Pesado. Tomada de El Zurriago literario. México, 21 de septiembre, 1839, P.29-31.

(37) Crítica del Conde de la Cortina al poema: "La orgía" de José Ma. Esteva, aparecido en El Zurriago literario, México, 3 de junio, 1843.

(38) Critica de Jose Ma. de Heredia a la poesia de Fernando Calderón publicada en Miscelanea, periódico crítico literario, México, noviembre 3, 1829, P. 92-97.

(39) Critica a la poesia de Manuel Carpo, aparecida en Album mexicano, 1849, P. 465-66.

(40) Critica a la poesia de Fernando Calderón aparecida en El museo mexicano, México, 1845, P. 442-44.

CAPITULO IV

LA LITERATURA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX Y SU INFLUENCIA EN LA FORMACION DEL PENSAMIENTO BURGUES EN LA SOCIEDAD

IV.1.- INTRODUCCION

IV.2.- ALGUNAS CONSIDERACIONES CARACTERISTICAS RESPECTO A LA
SOCIEDAD DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX.

IV.3.- EL ARTICULO. DOCUMENTO REVELADOR DE CIERTAS CONDICIONES
SOCIALES DEL MOMENTO.

IV.4.- EFECTO Y PARTICIPACION DE LA LITERATURA EN LA FORMACION
DEL PENSAMIENTO BURGUES EN NUESTRA SOCIEDAD.

"Yo he copiado a mis personajes a la luz de mi linterna, no en drama fantástico y descomunal sino en plena comedia humana, en la vida real. Pero he tenido especial cuidado en la corrección de los perfiles del vicio y la virtud, de manera que cuando el lector, a la luz de mi linterna, ría conmigo y encuentre el ridículo de los vicios y de las malas costumbres, o goce con los modelos de la virtud, habré conseguido un nuevo prosélito de la moral y la justicia."

José Tomás de Cuéllar.

LA LITERATURA (1) DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX Y SU INFLUENCIA EN LA FORMACION SOCIAL .

IV.1.- Introducción.

Ya en el primer capítulo, dentro del bosquejo sobre las teorías que servirían de apoyo a la investigación, explicaba cómo una obra "X" se actualiza mediante la práctica de la lectura, cómo el texto despierta a la vida al momento de ser leído, y cómo libro y lector forman una unidad.

El objetivo central del presente apartado, como su título lo indica, tiende a destacar la contribución que la lectura aportó a la integración de la superestructura social de principios del siglo pasado.

El lector, leyendo, forma su experiencia del mundo y adquiere o reafirma su comportamiento social. La literatura (o el caudal de lecturas) adquiere, por tanto, un papel importante como fuente formadora de su historia, de la historia. Aún más, la literatura proporciona, cuando menos, dos posibilidades a los lectores:

- 1.- La propagación de roles sociales.
- 2.- La conscientización de concepciones del mundo y de sentido.

Conforme a estas posibilidades, la experiencia literaria, a través de la lectura, forma parte esencial de la reflexión, el cambio y la instauración de muchas de las normas sociales de los

receptores. Un lector, frente al texto, activa sus ideas, ya sea para disponerse a la co-ejecución de la intención implícita en él, o para su negación. Sin embargo, cuando un lector, al leer el texto no posee la libertad de elegir y especular, no le queda otra alternativa que la de circunscribirse a fijaciones reproducidas, repetidamente, de un texto a otro, de tal suerte que éste actúa en él como instrumento cien por ciento apelativo.

Cuando, a través de las lecturas, al lector no se le ofrece variedad de contenidos, se provoca en él un cierre a la alternativa y a la libertad, puesto que permanece en una continua relación con las formas de pensamiento y de comportamiento propuestas en el texto, mismas que, paulatina e inconscientemente, le apartan de sus propios paradigmas, readisponiéndolo a la aceptación de aquéllos impuestos por los textos.

De esta manera es como el lector establece que, para poder contar con la aprobación de las mayorías, deberá realizar comportamientos "X", a semejanza de los propuestos por los protagonistas "X". Como en el caso de la fábula (por citar un ejemplo) género que establece (aunque a través de la participación de animales) que los personajes con una determinada conducta obtienen, consecuentemente, premios o castigos precisos. Por tanto, los lectores que ejercen acciones desagradables bajo las expectativas propuestas por los participantes de la anécdota, sufrirán consecuencias.

Establecida así en las lecturas, esta lógica de pensamiento predispone a su co-ejecución, convirtiéndose no sólo en conductos propagadores y testimoniales de ciertos fundamentos categóricos

del comportamiento colectivo y de los argumentos de valor de la sociedad del momento; sino en medios transmisores de ellos mismos.

Por lo regular, a un pensamiento cotidiano corresponde, casi siempre, un comportamiento prejuizado, un orden de valores establecido, un sistema consuetudinario, y una tradición, en medio de los cuales viven y se integran tanto autores como lectores de un tiempo y un espacio determinados y, sin los cuales, una comunidad sería incapaz de funcionar puesto que son los que constituyen los roles bajo cuya sombra, los individuos mecanizan la mayor parte de sus acciones, aceptándolas y poniéndolas en práctica instintivamente. Mas dentro de esta inconciencia y esta manera mecanizada de vivir, la lectura, actuando contrariamente, podrá también encaminar al lector hacia una ruptura con lo establecido.

La literatura, la lectura, como material esencialmente comunicativo, guarda en sí misma un buen porcentaje de socialidad, comprendida por la participación de elementos humanos que constituyen el acto comunicativo (autor-lector).

Por lo que al autor (emisor) y a la obra (mensaje) concierne, debemos entender al texto como el resultado de un aquí y un ahora específicos y, por tanto, comprendidos dentro de un mismo contexto social. Pero en cuanto al ámbito del lector (receptor), éste no siempre permanece inmerso en el mismo encuadre de tiempo y espacio, alejándose de un efecto semejante al que le produciría a un lector cercano.

Antes de entrar en forma al desarrollo del presente

capítulo. Quiero aclarar que el tipo de receptor (lector) al que me referiré será, evidentemente, el del siglo pasado, a ese lector determinado bajo el embrague: Aquí (México) y Ahora (principios del siglo XIX), buscando lograr esa fusión de horizontes a la que me referí en párrafos anteriores, que nos permita entender y evaluar, desde su propio contexto, las obras y su efecto en los lectores del momento. (Mis consideraciones como lector perteneciente a un encuadre diferente, las reservo para apuntalar las conclusiones de la investigación).

Si el objetivo básico del presente apartado tiende a destacar los efectos que la lectura produjo en los lectores de las primeras décadas del México independiente, su tratamiento remite, necesariamente, a retomar aspectos cualitativos de la sociedad lectora del momento.

IV.2.- Algunas consideraciones características de la sociedad de principios del siglo XIX.

La realidad social que presentó nuestro país al desprenderse del dominio español fue sumamente compleja. El México de aquel entonces estaba constituido por una población heterogénea y lastimera, dentro de la cual, la pobreza y la ignorancia sobresalían como características generales. Frente a tal panorámica, atender y resolver los problemas de cohesión e integración del territorio nacional, conformado por un mosaico de etnias y lenguas diferentes, constituía una necesidad urgente y difícil de resolver.

Hacia 1820, se calcula que la población mexicana llegaba a ocho millones de habitantes, de los cuales, seis millones eran indígenas. Tal proporción ilustra el grado de intensidad del problema social existente y si a este censo agregamos que, de esos seis millones de indígenas, la mayoría vivían inmersos en una sociedad a la que servían, pero a la que no entendían, la problemática se acentúa todavía más.

La educación estaba sumamente atrasada. En algunos pueblos indígenas solía haber escuelas, sí, pero en las que sólo se enseñaba la doctrina católica y a memorizar rezos y oraciones, debido a que, el profesor encomendado para la enseñanza, lo hacía bajo las órdenes y vigilancia del cura del lugar.

A mediados del siglo XIX las clases populares constituídas por la gente trabajadora, agrícola y minera, permanecían en su mayoría analfabetas. El proceso de alfabetización y culturación fue disparado, muy semejante a como se desarrolló dentro del sector económico.

Por otro lado, como afirma Pablo González Casanova(2), una gran parte de la población que habitaba en las ciudades estaba influida por las ideas liberales europeas, sobretudo zfrancesas (libertad, derechos del hombre, nacionalismo, lucha contra la iglesia, soberanía popular, ilustración, etc.), a las que se oponían los grandes terratenientes y una considerable parte del clero que ejercía influencia sobre mestizos e indios.

La población blanca era la dominante, no en número, sino por su ilustración y riqueza, por el influjo que ejercía en los negocios, y por lo ventajoso de su posición con respecto a los

demás. La iglesia y los terratenientes formaban la clase hegemónica, grupo acaparador de la mayoría de los fueros, privilegios, y de la propiedad territorial del país, defensores del antiguo régimen colonial.

La clase media estaba compuesta, en su mayoría, por criollos, por la incipiente burguesía industrial y comerciante, y por profesionistas que luchaban por ocupar un sitio dentro de la administración pública. Sus metas distaron mucho de las de la pequeña burguesía francesa centrada, fundamentalmente, en desterrar las formas de vida de la aristocracia imperante.

Son estas las tres clases que integraron la estratificación social de principios del siglo XIX. De ellas, la que mayor movilidad mostró durante todo el siglo, fue la clase media que, desde su surgimiento a principios de la vida independiente, nació estrictamente bajo la influencia de estructuras extranjeras, las que no llegaron a consolidar sino hasta con el porfirismo.

Cada una de estas clases, según la tesis de Theotónio dos Santos (3), tenía intereses particulares para sí ya que, al pugnar por su reafirmación, también buscaba integrarse como clase en sí; inquietudes que se manifestaron tanto en el orden político, como en el social.

Dentro de la lucha de clases por la obtención del poder, durante el siglo pasado, es posible destacar dos momentos bien determinados: el primero, que predominó antes de la reforma juarista y a partir de 1830, a través del cual es notoria la persistencia de la ideología conservadora; el segundo, a partir de las Leyes de Reforma y hasta antes de la crisis porfirista, en el que la ideología liberal tuvo ascendencia y fuerza de

superioridad sobre la clase media.

Hacia 1850, los criollos (futura clase media), habían comenzado a adquirir una consolidación como clase, en ella es fácil advertir ya, ciertos rasgos característicos que la identifican (4):

a).- Respetabilidad, cimentada tanto en la formación profesional de los individuos, como en la familia. Profesión y hogar fundamentaban el prestigio social de esta clase.

b).- Modas y costumbres practicadas a la manera francesa.

c).- Vivir más de ilusiones que de realidades.

d).- Desinterés por la realidad política del país.

e).- Inclinación hacia las apariencias materiales.

f).- Su preocupación máxima, el dinero.

Rasgos tan peculiares (los de esta clase media en formación) que a finales de siglo, el escritor José Tomás de Cuéllar llegó a captarlos y ridiculizarlos en sus novelas. Este autor, a mi juicio, es quien mejor ha dejado un testimonio de la existencia, costumbres, problemática, filosofía, inteseases, etc., de esta clase social, en su obra Linterna mágica.

"Yo he copiado mis personajes a la luz de mi linterna, no en drama fantástico y descomunal, sino en plena comedia humana, en la vida real, sorprendiéndoles en el hogar, en la familia, en el taller, en el campo, en la cárcel, en todas partes; a unos con la risa en los labios y a otros con el llanto en los ojos; pero he tenido especial cuidado de la corrección de los perfiles del vicio y la virtud; de manera que cuando el lector, a la luz de mi linterna, via conmigo y encuentre el ridículo de los vicios y de las malas costumbres, o goce con los modelos de la virtud, habré conquistado un nuevo prosélito de la moral y la justicia"(5)

Una muestra clara de esta copia fiel de la que habla Cuéllar en el prólogo de su Linterna mágica, lo constituye el siguiente ejemplo, en donde los vicios y virtudes de esta clase, aparecen concentrados en los comentarios que el narrador de Baile y cochino hace de las señoritas Machuca, protagonistas de la novela:

"Las Machucas tenían todas las apariencias, especialmente la apariencia del lujo, que era su pasión dominante, tenían la apariencia de la raza caucásica, siempre que llevaban guantes tenían la apariencia de la distinción, cuando no hablaban... y tenían por último la apariencia de la hermosura, de noche o en la calle, porque de mañana y dentro de su casa, no pasaban las Machuca de ser unas trigueñitas un poco despercudidas y nada más".(6)

Esta inclinación a la falsedad tan bien captada por Cuéllar, resulta una peculiaridad de la nueva clase burguesa quien, imitando las maneras de la francesa, se creía una copia idónea de la misma.

Ya desde el siglo XVIII, pese a todas las precauciones por evitarlo, la influencia de la filosofía francesa logró introducirse a nuestro país, no sólo atrayendo la curiosidad de los mexicanos, sino proporcionando las bases para un cambio social y político.

Una vez realizada la independencia, durante la década de los veinte a los treinta, nuestros políticos advertían que, sin valerse de la imitación de los modelos culturales de los países avanzados, no era fácil construir una nación en ciernes como la nuestra. Fue así como, valiéndonos de las nuevas formas

francesas, ajenas a nuestra circunstancia, comenzamos a surgir, a estudiarlos, a analizarlos y a descubrirnos a nosotros mismos como entidades independientes. A veces dentro de esta búsqueda de integración, nuestra sociedad negaba su pasado cultural, sintiéndose europea; a veces lo reafirmaba, pero siempre tras la inquietud de construir un futuro propio.

Mas en esta precoz búsqueda de su configuración no existía aun en nuestra sociedad la homogeneidad necesaria para una consolidación; por el contrario, había una mezcla de ideas, normas, y creencias de carácter ético, religioso, político, etc.; que impidieron una estructuración común.

Afirma Martha Robles(7), que la influencia francesa introdujo a nuestro país una cantidad considerable de estereotipos, formas y maneras de vida de nuestra sociedad.

En una cultura de contrastes como lo era la nuestra, una gran parte de los mexicanos que habitaba en las áreas rurales, se mantuvieron alejados de esa influencia y, sobre todo, sin participar de los cambios experimentados en la ciudad. De esta manera se continuaba con la distinción centralista de la capital considerada el núcleo propicio para el triunfo y el reconocimiento. A ella llegaban los mejores espectáculos y recreaciones, en ella se instauraban los mejores colegios, y en ella se realizaban también los mejores proyectos.

Dentro del panorama ideológico-político de principios del siglo pasado, sobresalía en los postulados del grupo liberal un apego al pensamiento francés que puede evidenciarse en las inquietudes de nuestros políticos, administradores y difusores de

conceptos como: la Ilustración, la educación laica y científica, la libertad de expresión y de pensamiento, la soberanía popular, la abolición de fueros y privilegios, la instauración de una república; principios, todos, bajo los que este grupo aseguraba el cambio y la transformación del México independiente.

La corriente conservadora, en cambio, tenía sus raíces en el pasado español, rendía culto al despotismo y a la obediencia, a la jerarquía y a los privilegios, confiaba en la validez universal del dogmatismo y verdad absoluta de la religión católica, de la enseñanza religiosa y anticientífica difundida por la iglesia.

Estas dos vertientes de pensamiento pugnantemente por el poder, constituyen el mejor ejemplo de desvinculación entre el querer y el hacer de muchos de los proyectos de la vida social y política de principios del siglo pasado. Dentro de varias expresiones de la vida, se buscaba ser libre, cuando las mayorías pensaban conservadoramente, lo que ocasionó una desarticulación que no alcanzó a ser comprendida por los ideólogos de aquella época quienes, indudablemente, contaban con más facultades de políticos que de sociólogos. Posiblemente esta sea la causa que nos ayude a explicar por qué en algunas de las personalidades francamente liberales, persiste una aferrada insistencia sobre ciertas estructuras morales y religiosas típicamente conservadoras. Como el caso un Lizardi o de un Ignacio Manuel Altamirano por ejemplo que, de manera semejante a otros escritores de su tiempo castigan a personajes cuyo comportamiento transgrede los patrones tradicionales: recuérdese el destino que Altamirano otorga a Manuela en El Zanco, o Lizardi a su Quijotita (comentados ya

anteriormente) quienes por su conducta frívola, activa, libre y rebelde, son castigadas por sus autores, persuadiendo con ello al lector, quien tratara de evitar el castigo mediante la no ejecución de las transgresiones castigadas.

Pudo observarse ya como en los cinco escritores trabajados en el capítulo anterior, había una predisposición por contenidos que, por su asunto, parecían totalmente motivados por el cambio, tendientes a romper con los patrones neoclásicos tradicionales; mas en el fondo, sus argumentos resultaban historias que, de manera latente, escondían una notable lección moralizadora, predicadora de conductas y maneras de ser mediante las que el lector, desprendido del tratamiento que los escritores hacen de las conductas de sus protagonistas al final del relato, podría evitarlas.

Recuérdese el castigo que impone Rodríguez Galván en La hija del oidor, a Juanita, por violar las normas establecidas del comportamiento femenino. O el destino que tiene Isabel en Sensitiva de Díaz Covarrubias por su actitud frívola y transgresora.

La mayor parte de la sociedad de principios del siglo pasado, vivía asombrada y confundida entre la tradición y la novedad (8), paradoja que le producía desconcierto y la alejaba de la posibilidad de entender su momento histórico, perdida como estaba en la incertidumbre.

Esta ambivalencia de las mayorías no se dio solo en lo moral, sino que se proyectó a varias de las manifestaciones de la vida del momento, en nuestro primer romanticismo, por ejemplo,

dentro del que aparece (como advertí anteriormente) una marcada tendencia a unir a la postura sentimental romántica, una intención moralizadora neoclásica, amalgama que bien puede considerarse rasgo inherente al primer romanticismo mexicano.

Sin olvidar los comentarios sobre las condiciones de la sociedad del siglo XIX, señaladas hasta aquí, pasemos al tratamiento de otro aspecto también importante para la finalidad propuesta en el presente.

Aceptando la idea de que el estado es un órgano de dominio social, se podrá comprender también que, en torno a su hegemonía, se desarrolla toda una ideología dominante.

Si bien es cierto que en nuestro país la fuerza liberal se mantuvo en lucha y actividad frente a la conservadora, desde bien entrada la década de los años veinte hasta su trunfo en los años sesenta, con la implantación de la segunda república, el predominio de los primeros años perteneció al grupo conservador que dejó sentir su influencia en los distintos ámbitos de la vida mexicana de aquel entonces y, más esencialmente, dentro de la educación escolar y familiar.

Ya en líneas anteriores había comentado cómo la educación resulta un factor determinante para acercarnos a comprender los efectos que la lectura produce en sus lectores. En este sentido, la educación entendida como herencia, como el proceso mediante el cual las generaciones jóvenes adquieren el estilo de vida de las generaciones adultas (modalidades, hábitos, creencias, experiencias, ideas, concepciones, costumbres, etc.).

Educar resulta, consecuentemente, imponer a los educandos una serie de legados que, para ellos, resultan distantes, cuando menos,

una generación atrás. Sino es que más.

Mediante el proceso educativo así comprendido, es como, en los educandos, se sientan las bases para adaptarse e integrarse a un estilo de vida "X". Así, tras lo preconstruido de antemano por la comunidad adulta, es como las generaciones nuevas deben desarrollar su socialidad.

Era de esperarse que el ambiente de libertad y cambio, que predominaba en el país durante los inicios de nuestra vida independiente, se dejara sentir también en la educación. Por consecuencia, aparecen interesantes proyectos político-educativos orientados a la estructuración de una enseñanza libre y universal, sin intervención de la iglesia que, hasta entonces, la había acaparado. Los conceptos sobre educación de algunos de los pensadores de principios del siglo XIX, expresaban esa necesidad de una reforma educativa, pilar de una nueva sociedad progresista y libre. Entre ellos figuran los del estadista Lucas Alamán, seguidor de los ideales conservadores monárquicos, cuya obra y pensamiento han sido muy controvertidos y generadores de múltiples estudios; Alamán sostenía que sin instrucción no habría libertad, proponía que la educación moral y política debería ser objeto importante de la enseñanza pública (9).

"Sin instrucción no hay libertad, y cuanto más más difundida esté aquélla, tanto más sólidamente cimentada se hallará ésta. La convicción íntima de esta verdad ha empeñado al Gobierno a procurar todos los medios posibles de fomento a los establecimientos destinados a este importante objeto, luchando con las escaseces en que nos hallamos...

La educación moral y política debe ser el objeto importante de la enseñanza pública, y

no solo la mecánica de la lectura y la escritura; debe proponerse quitar lo superfluo y establecer lo necesario; dedicar cada uno de los establecimientos existentes a un ramo particular de enseñanza, y dar una dirección uniforme a ésta... (10)

Otro pensador de principios del siglo pasado, doctor en Teología y sacerdote, de pensamiento liberal, opositor de Iturbide, afiliado al partido masónico de los varquinos, apogado y consejero del presidente Valentín Gómez Farías, fue José Ma. Luis Mora, que atacó severamente la influencia eclesiástica dentro de la educación. Afirmaba que era urgente acabar con la educación monacal que se había venido practicando, y sustituirla por una educación libre, acorde con el México independiente:

"Las tendencias del clero son perniciosas a la educación pública e impiden su difusión y mejoras, porque las masas mejor educadas tienden visiblemente a emanciparse del dominio sacerdotal en que han estado por tres siglos... Se quiere que la educación nacional sea la propiedad exclusiva de los ministros del culto y que esté toda basada sobre reglas monásticas en traje, usos y hábitos, se quiere que las materias de enseñanza sean las de los claustros, disputas teológicas que han pasado de moda hace medio siglo y de las cuales hoy nadie se ocupa; y se rehúsa la enseñanza de los ramos antes desconocidos y de utilidad práctica, enseñanza sobre la cual deben formarse los hombres públicos de que hay tanta y tan grande falta en el país...

La educación de los colegios es más bien monacal que civil; muchas devociones, más propias de la vida mística que de la del cristianismo; mucho encierro, mucho recogimiento, quietud y silencio, esencialmente incompatibles con las facultades activas propias de la juventud, y que deben procurar desarrollarse en ella... Al educando se le habla mucho por los eclesiásticos, sus institutores, de los deberes religiosos, se le recomienda para imitar los hechos de las vidas de santos, se le insinúan los deberes de la vida del cristiano y los consejos evangélicos que constituyen la devoción. Nada se le habla de patria, de deberes civiles, de los principios de

la justicia y del honor; no se le instruye en la historia, ni se le hacen lecturas de la vida de los grandes hombres... De esta manera se falsea y desnaturaliza la enseñanza, que es para conocer la verdad, y se engendra el espíritu de disputa y alteración que aleja de este fin esencial a la juventud, que la excita a ser querrellosa y la prepara para ser pendenciera". (12)

Lorenzo de Zavala por su parte, ferviente federalista y seguidor de los yorkinos, renegaba del sistema educativo rígido y tradicionalista heredado de España, e insistía en la idea de que la República necesitaba educar de otra manera a sus jóvenes independientes. Crincidiendo con Alaman, afirmaba que la educación era uno de los resortes más poderosos para lograr el desarrollo y el progreso de un pueblo. Pretendía cambiar la mente pasiva y obediente de los mexicanos, y estuvo totalmente en contra de una educación elitista, y a favor de una educación popular:

"La educación es uno de los resortes más poderosos para el gobierno de los pueblos. Pero aquellos a quienes ha depravado una mala educación pueden ser reconducidos a los nobles sentimientos de la virtud y del deber. La religión extiende su influencia saludable o funesta sobre todo el curso de la vida; su poder se apoya sobre la imaginación de la juventud, sobre la ternura entusiasta de un sexo más débil, sobre los terrores de la vejez; acompaña al hombre hasta sus más secretos pensamientos.... Los mexicanos han recibido el mismo género de educación física, moral y religiosa que los españoles, sus conquistadores. Pero como he observado otra vez, tres quintos de la población fueron enteramente abandonados a un género de vida puramente animal. Esta numerosa clase de aquella gran sociedad, sin necesidades, sin deseos, sin ambición y sin pasión, no es más que el patrimonio de curas y de las autoridades militares....

En lo general nada se enseña ni se aprende bajo la rutina de un rector que cuida únicamente de la misa, del rosario y de la vestimenta telar de sus colegiales. Lo que es necesario, y considero como el fundamento de la sociedad en los Estados Mexicanos,

es que se multiplicaron las escuelas de primera enseñanza y se invirtieron en ellas todos los fondos que se desperdiciaban en otra cosa"... (11)

Evidentemente, comprender y comentar los postulados ideológicos sobre la educación de estos hombres, requiere de un apartado especial que no hago por considerarlo una digresión dentro del objetivo aquí propuesto. Juzgo esencial esta breve alusión a sus conceptos medulares, para poder advertir dos aspectos importantes: uno, la correspondencia tan directa que se dio entre el proceso político de nuestra historia y la educación; el otro, cómo los principios fundamentales de estos ideólogos sobre la educación, chocaron drásticamente con la compleja realidad social existente, causa por la cual, sus aspiraciones se desvanecieron en la práctica convirtiéndose meramente en ideas, en ilusiones; fueron, en resumen, teorías sin éxito en la praxis:

Desde luego este desfazamiento entre teoría y práctica está advertido desde otra perspectiva, desde el alejamiento de más de un siglo, entre enunciadores y receptores de tales teorías; pese a ello, es de llamar la atención la confianza que prevalecía entre los dirigentes del momento que me ocupa, respecto a cifrar en la educación el progreso de México.

Había que educar y, frente a esta iniciativa, había que hacerlo a través de la lectura. Fue así como en la letra impresa depositaban nuestros pensadores el máximo poder de transformación, y así se explica el de esa preocupación por hacerla llegar a las mayorías. Tras esta idea panagónica de educación salvadora, comienza a llevarse a cabo, hacia 1822, la adopción del Sistema Lancasteriano basado en la enseñanza mutua, que pronto derivó

en la Compañía Lancasteriana protegida por la iglesia, el gobierno y los comerciantes. Ella representó, en la vida educativa mexicana, un primer intento oficial de unificar la educación primaria y hacerla obligatoria.

"Pero los nuevos ideales sobre educación que se mantuvieron durante esta etapa, produjeron nuevas y oportunas instituciones, debidas en su mayor parte a la iniciativa privada.

La primera de ellas fue la Compañía Lancasteriana, fundada con el propósito de difundir en México la enseñanza mutua, mediante el sistema de enseñanza lancasteriano inventado por los ingleses Bell y Lancaster para suplir la falta de maestros; lo que paulatinamente, ocurría en México por esa época. La organización de esta escuela consiste en que el maestro, en vez de ejercer de modo directo las tareas de instructor, alecciona previamente a los alumnos más aventajados (los monitores), los cuales transmiten después la enseñanza a los demás niños". (13)

Ya para 1830 muchos colegios, incluyendo la Universidad, se habían venido a menos. Por esta causa Gómez Farías (1833), durante su periodo presidencial en sustitución de Santa Anna, inició una reforma radical dentro de la educación, fundamentada en las ideas liberalistas de José Ma. Luis Mora.

Algunos de los acontecimientos más importantes logrados en el terreno educativo durante la primera mitad de la centuria pasada fueron:

- a).- La creación de la Compañía Lancasteriana (1822).
- b).- La reforma legislativa y educativa emprendida bajo la administración de Valentín Gómez Farías (1833)
- c).- La Constitución de 1857 que declaró en su artículo tercero la libertad de enseñanza.
- d).- La instauración, en 1867, por Benito Juárez, del deber

y derecho a una educación laica y gratuita, impulsando así la escuela primaria y la preparatoria. (14)

Estas medidas hablan del interés y del empeño por la superación, y la renovación social, a través de la educación. No obstante, todavía hacia 1840, en nuestro país, ésta era casi medieval, sostenida más que por las nuevas ideas, por los moldes y estructuras conservadoras, tal y como lo describieron Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano en el capítulo anterior (15), cuando relataban la mayor importancia que se daba a la lectura en relación con la escritura dentro de la enseñanza.

Se pensaba que los pobres no necesitaban aprender a escribir, e, igualmente peligroso, era que las mujeres lo hicieran, ya que, al lograrlo, podían comunicarse por escrito con sus pretendientes. A la mayoría de los niños, una vez que sabían leer y rezar, se les separaba de la escuela sin la mayor preocupación de que aprendieran a escribir, de tal suerte, muy pocos educandos llegaron a hacerlo y, menos aún, a adquirir nociones de materias básicas como geografía, aritmética, historia, etc.. Eran sólo unos cuantos los que contaban con el privilegio de alcanzar un alto nivel educativo y, cuando algunos llegaban a adquirir destreza en la escritura, se les exigía ejercitarla reproduciendo reglas referentes a ella, y a la ortografía, las cuales sólo se ponían en práctica transcribiendo máximas religiosas, morales o de urbanidad.

Durante el lapso de 1810 a 60, muchas de las categorías básicas de la educación resultaron muy semejantes a las establecidas durante la colonia, cuando bajo su control, España

garantizó la gran parte de su estabilidad política . Por esta
causa nuestro país, contrariamente a los avances que se
perfilaban en el resto de Europa, permaneció aislado y al margen
del progreso, durante trescientos años, hundido en el dominio
español económica, política, moral, religiosa y lingüísticamente.
De aquí que, a pocos años de haberse independizado, el grupo
en el poder haya contemplado una necesidad urgente, la de
de abrirse al mundo y a la modernidad. Si a esta ambición sumamos
la inquietud de identidad nacional confundida por el cúmulo de
modelos coloniales y aun prehispánicos ya heredados, podrá
comprenderse la compleja superestructura latente en la socie-
dad de principios del siglo pasado. (15)

De tal mezcla de modelos, los hispánicos destacan por su
predominio, sobretudo aquéllos más difíciles de erradicar, o de
transformar de inmediato, por ser conformadores arraigados al
ser de la mayoría de la sociedad, tales como: costumbres, re-
ligión, moral, tradiciones, etc., y de entre los cuales, me
interesa destacar aquéllos que, de alguna manera, constituyen el
paradigma establecido, en torno a la mujer, ya que constituyen no
sólo un ejemplo claro de la complejidad la superestructura mencionada
de nuestra sociedad independiente, sino porque el tema en torno
al "bello sexo" se convirtió en uno de los tópicos fundamentales
de lectura

La mujer era, pues, uno de los temas actuales del momento.
Lo cual resulta interesante sobretudo, si recordamos que ésta había
permanecido relegada durante épocas anteriores dentro de las so-
ciedades europea y mexicana.

Para adentrarnos en el conocimiento de las apreciaciones que sobre lo femenino abundaron durante los primeros años del siglo pasado, retomó aquí uno de los materiales de lectura que contó con mucha difusión entre aquel público lector: las revistas dedicadas al "bello sexo".

Con la aparición de estas revistas femeninas seguramente se pensaba ofrecer un vehículo de enseñanza e instrucción para ese sector de la población hasta entonces ignorado (tal y como coinciden en señalarlo las presentaciones introductorias a cada uno de estos materiales). Mediante éstas, se ofrecía las lectoras lo esencial para su formación moral, científica y artística, procurando divertir las al mismo tiempo.

Si se reflexiona sobre esta intención, se observará que esta respaldada por todo un programa educativo moderno pro la superación intelectual y personal femenina:

"Promover el cultivo de las mejoras del bello sexo bajo el concepto de que creemos prestar un servicio positivo al logro de la felicidad pública, pues el primer aprendizaje lo recibe el hombre de la voz maternal mezclado con su primer alimento....Las tareas a las que dedicaremos nuestro hacer periodístico las constituirán la educación religiosa y moral, la economía doméstica, los elementos de las ciencias más usuales, puestas al alcance de las más débiles inteligencias y las artes propias" (17).

Desde luego que esta inquietud por la instrucción y la superación femenina no pudo alcanzar los logros esperados debido a la diversidad de clases sociales en formación. Las mujeres indígenas, por ejemplo, no podía participar dentro de estos planes educativos, exclusivos de y para las damas criollas. Los sectores dentro de los que aquéllas seguían moviéndose eran los

impuestos durante la colonia, tendientes a la práctica de la humildad, paciencia, obediencia, tolerancia y resignación, y una fe inquebrantable en las bienaventuranzas, principios que, evidentemente, chocaban con la mayoría de los postulados de instrucción y conscientización femenina, pretendidos en esos materiales especializados de lectura.

Puede descubrirse en la mayoría de las frases de presentación de los editores de publicaciones dedicadas a las mujeres, una confusa estructura ideológica tendiente a mezclar los patrones liberalistas y el arraigo de los principios de raíz moral y católica. Fue así como, bajo esta turbulencia, bajo esta contrariedad, surgió y se instauró en la mayoría de las damitas el ideal femenino de tener que ser señoritas morales, íntegras, y con una educación científica, religiosa y artística.

Frente a esta inquietud (y a pesar de que muchas de las publicaciones dedicadas a la mujer se anunciaron como científicas y literarias) el tema científico fue escasamente tratado. En ellas permaneció muy marcada la tendencia a la presentación de textos literarios que brindarían y reforzarían el prestigio moral del "bello sexo" resultando, por tanto, lecturas moralizadoras que si bien pretendían un beneficio social, terminaron apartando a las lectoras de su contexto histórico ofreciéndoles páginas contenedoras de una visión falsa de su realidad. Revisando los sumarios de tales revistas podemos comprobar que, en la mayoría de ellas, el tema político se dejaba fuera.

En resumen, en las publicaciones dedicadas a la mujer, se propagaba por un lado, el prototipo de los comportamientos

femeninos europeos más, por el otro, se moralizaba intensamente a las receptoras. Tal ensamble contruía, una vez más, la ambigüedad de una sociedad y una cultura que, Guillermo Prieto detectaba ya, tratando de comprenderla y explicársela:

"La influencia del sentimiento religioso es nuestra raíz porque su desarrollo crece y se desarrolla en nuestra atmósfera, influye en su vida y constituye en lo intelectual y lo filosófico un modo de ser inconsciente y anárquico". (18)

O como lo explica en la actualidad Carlos Monsivais:

"Manías y fobias religiosas, desgarraduras ideológicas, insalubridad y hacinamiento para las mayorías, caminos malos e infrecuentes, coerción de la pompa y el protocolo de las clases dominantes, acatamiento feliz del patriarcado. La del XIX mexicano es sociedad llena de respetos, moralizante y muy moral, dividida en lo político, estratificada con ademán de tajante, homogeneizada por la fuerza de la institución familiar, sociedad sin márgenes ni opciones, que les reserva a sus miembros la obediencia o la desesperación". (19)

Los parámetros propagados dentro de estas revistas femeninas, pronto fueron recibidos por un grupo de lectoras que, por supuesto, también dudaron entre adoptar el cambio o persistir dentro de sus arraigadas tendencias conservadoras. Sin embargo, ansiosas de mantenerse al día, lo adoptaban superficialmente hasta que por fin, llegaron a implantarlo casi totalmente a finales del siglo, llegando a influir más que en la conformación de mentalidades ilustradas, en la de personalidades frívolas, que pronto se sintieron atraídas más por las apariencias que por un auténtico interés intelectual. Tal aspecto contribuyó, invariablemente, al surgimiento de una de las modalidades

nas características de la clase pequeñoburguesa (comentada anteriormente): la superficialidad. Las apariencias no lograron, consecuentemente, erradicar en su totalidad a aquellas categorías tradicionales impuestas desde trescientos años atrás, muchas de las cuales persistieron latentes tras el aparente cambio, determinando consciente o inconscientemente, muchos de los comportamientos sociales tendientes a rescatar los modelos de origen. Fue así como se suscitó una desvinculación extrema entre el querer y el hacer.

Afirma Anne Staples que, muy semejante al fenómeno cultural experimentado durante la conquista, resultó la implantación del cambio, a principios del siglo pasado. La transformación no se dio como un proceso natural nuestro, propio; sino como trasplante de ese devenir europeo que pronto se convirtió en atractivo para las mayorías. (20)

Si mediante el hecho educativo, según lo afirmé anteriormente, los educandos toman posesión de los legados culturales impuestos y preconstruidos por la generación adulta, los jóvenes del siglo pasado heredaron de sus antecesores esa desvinculación o desfazamiento oscilante entre lo nuevo y lo tradicional, la que no debemos pretender, por ningún motivo, enjuiciar de negativa o positiva, sino entenderla, simplemente, como una condición propia de una sociedad en proceso, en busca de llegar a ser, que si bien va siendo transformada paulatinamente al contacto de la imitación de lo exterior, paralelamente rescata también ciertos aspectos de su tradición.

Uno de los críticos que más se ha dedicado al estudio del siglo pasado, José Luis Martínez, afirma:

"No obstante que los cambios culturales del XIX nunca se realizaron como una transformación violenta o una ruptura, y a pesar de los obstáculos y las limitaciones que siempre tuvieron las actividades culturales, la evolución que se efectuó de un extremo a otro del siglo fue enorme."

IV.3.- EFECTO Y PARTICIPACION DE LA LECTURA EN LA FORMACION SOCIAL MEXICANA DEL SIGLO XIX.

Hasta aquí, el lector de estas líneas, probablemente, se pregunte el por qué de esta larga consideración hecha en el inciso anterior, sobre el contexto social de principios del siglo XIX.

La justificación más cercana estriba en que, indudablemente, el factor social resulta uno de los elementos básicos para el comentario de entender el efecto de la lectura en los receptores.

Muchas de las características de gran parte de la sociedad de principios del siglo pasado, contempladas en el apartado anterior, se localizan tanto en las lecturas como en los lectores del momento.

Ya, en el segundo capítulo del trabajo, ofrecí una reseña de posibilidades de las diferentes lecturas que, el lector de principios de siglo XIX, tuvo más a su alcance. De ésta retomo aquí el artículo periodístico, género que por mantenerse al margen de lo fantástico, y del carácter imaginativo propio de la creación literaria, lo considero un material idóneo para el desarrollo del presente apartado.

Tres antologías recientemente publicadas por Premia editores son en las que me apoyo: Sobre mujeres, amores y matrimonio de Manuel Payno, El placer conyugal y otros textos similares de Guillermo Frieto y Castillos en el aire de Francisco Zarco, las que además de constituir una compilación bastante bien lograda de artículos periodísticos, manifiestan conceptos y categorías sobre los temas de más actualidad en aquel entonces (mujer, matrimonio, prestigio y aceptación social, hogar,).

Juzgo conveniente, antes de acercarnos al tratamiento de estas compilaciones, abundar un poco sobre las apreciaciones que manejaré aquí en torno al término valor.

El vocablo valor está tomado como una categoría ontológica social, como una esencia metafísica imposible de manifestarse objetivamente, sino más bien como una subjetividad que constituye una cualidad moral individual del ser humano.

Existen varios tipos de valores (religiosos, morales, estéticos, patrióticos, etc.) de entre los cuales, los morales son los más reveladores dentro del comentario que me propongo ya que simbolizan ese sistema de representaciones normativas, constitutivas de los parámetros bajo los cuales los individuos instauran sus propias normas de valor que, al ponerlas en práctica, les proporcionan un reconocimiento frente a la sociedad.

La historia, el devenir del hombre, radica en gran medida en el proceso de constitución de valores y en la degeneración y ocaso de los mismos. La dialéctica oscilante entre su surgimiento y su exterminio o, lo que es lo mismo, entre su modernidad y su tradición resulta no solo un fenómeno natural propio del transcurrir histórico de cualquier tiempo y espacio, sino también un

aspecto esencial para la instauración y el crecimiento de la superestructura de un sistema social, indispensable para su integración.

Por otro lado, es necesario reconocer que dentro del desarrollo histórico social, un sistema determinado de valores, no puede quedar anulado súbitamente frente a la instauración de otro nuevo. El cambio o la suplantación se va logrando paulatinamente. La introducción de los nuevos valores alcanzará su expansión solo cuando una sociedad determinada logre desterrar los anteriores, dando origen a los nuevos.

Desgraciadamente, en una sociedad tan marcadamente heterogénea como lo era la nuestra en aquella época, la instauración de valores absolutos resultó más difícil. De las tres clases sociales que constituyeron la estratificación social de principios del siglo XIX, la aristocracia o clase dominante, fue la que, primeramente, asimiló las nuevas formas de vida afrancesada, modernas, europeas, que fue imponiendo poco a poco hasta su fructificación a fines de siglo, expandiéndose hacia otros estratos. De esta forma fue como quedaron implantados los modelos que constituyeron los valores pequeñoburgueses en nuestra sociedad, y a cuya luz debían juzgarse los actos de la mayoría de los grupos sociales de aquel tiempo.

Aceptados estos modelos por las mayorías, dieron origen a la cotidianidad, misma que debía ser transmitida a las nuevas generaciones. Al nacer, el individuo quedaba inevitablemente, inmerso en ese sistema de valores que formaría parte de su socialidad, y contribuiría a su integración y su adaptación. A medida que el individuo se desarrollaba, crecía se educaba, y empapaba también

de esas formas cotidianas de vida (aprender a sostener el vaso, utilizar los cubiertos en la mesa, el empleo de ciertas palabras de cortesía, etc. por mencionar sólo ejemplos sencillos).

El sometimiento del individuo a la práctica de esas formas preestablecidas de vida, le permitía por un lado, asimilar los patrones de su conciencia ético-colectiva y, por otro, conocer las condiciones bajo las cuales debía ser evaluado frente a los demás miembros de la sociedad.

Retomando el comentario de los artículos señalados, es necesario comenzar destacando que éstos fueron producidos durante las dos últimas décadas de la primera mitad del siglo XIX (1840-50), unos veinte y treinta años posteriores a la introducción de los nuevos valores. Para entonces, sus autores contaban ya con cierta perspectiva que les permitía criticar, comentar, ironizar o, simplemente reafirmar la presencia de tales nuevas cualidades requeridas. Los artículos que sirven de ejemplo para esta parte, desde sus títulos, y no digamos en su contenido, resultan documentos comprometidos con la conciencia ético-colectiva del momento, sobretodo dos de ellos, pertenecientes a Manuel Payno y a Guillermo Prieto.

En las tres compilaciones mencionadas aparece una marcada tendencia hacia el tratamiento constante de ciertos temas que constituyen los tópicos más inquietantes del momento amor, mujeres, matrimonio, costumbres y familia. A pesar de que son textos elaborados por personalidades diferentes, asombra su convergencia temática. Haciendo una descripción del

indica del contenido de las mencionadas antologías, podrá ratificarse dicha correspondencia:

Sobre mujeres, amores y matrimonio (Manuel Payno) (22)

"Entretención literario sobre el amor"
"Memorias sobre el matrimonio"
"La niña indigente"
"Amor secreto"
"La mujer fea"
"La mujer incrédula"
"La mujer perfecta".

Títulos en los que resulta evidente la predilección por el tratamiento del tema femenino.

El placer conyugal y otros textos similares (Guillermo Prieto) :

"Correspondencia sobre el matrimonio"
"Amor platónico-Amor infantil"
"Amor platónico-Amor aguerrido"
"Placeres conyugales"
"Amor de verano"
"Un matrimonio heterogeneo"

Incisos que, como se observa giran también en torno al tema del amor y al del matrimonio.

Castillos en el aire, de Francisco Zarco, resulta una recopilación más interesante que las anteriores. El tratamiento de los temas, mujer y matrimonio, más que descripción, tiende a ser crítica, enjuiciados irónicamente por el autor, en ella encontramos títulos como:

"Traumatología"
"Castillos en el aire"
"El hogar doméstico"
"¡Pobre rico!"
"El pueblo"
"Del trabajo y la pobreza" (23)

Por citar algunos, que, frente a los referidos por Payno y Prieto, los de aquél poseen un análisis crítico de las formas de vida de ciertos sectores sociales del momento quedando muy lejos

de ser simples tópicos descriptivos. Mediante esta postura analítica, Zarco deja entrever en sus comentarios todo ese mundo de apariencia y falsedad que giraba en torno a la concepción del mundo y mentalidad de la sociedad de entonces.

Observemos algunas apreciaciones sobre el hogar doméstico en la pluma de cada uno de los articulistas:

"Así pues, luego que el marido se vista y salga de casa, tendrá cuidado la esposa de hacer que se repare el desorden ocasionado la vispera en los muebles y ropa. El suelo debe brrerse, haciendo desaparecer todas las suciedades arrojadas a él los muebles, sacudirse, de suerte que no se estropeen o pierdan su barniz; las vidrieras continuamente estarán limpias, la ropa del marido acepillada y en orden, y en cuanto a sus libros y papeles (si los tiene), será mucho mejor que se conserven, aunque con polvo, en los términos en que él los dejó." (24)

"Por fin Panchete se casó, casamiento fulminante y de pavor, Ya no es el mozuelo escribiente de oficina, cortejo de deidades de munición, tañedor de vihuela, chispa rabia y promovedor de pasadas y de bailes, ésto a escote, no señor. Es un Don Francisco, que fuma puro, que habla pausádo, que aparta los ojos de una enagua insurgente, y encomia los placeres conyugales, porque siempre el matrimonio y el estado religioso tiene la precaria suerte de que lo alaben los recién procesos." (25)

"¿Qué poesía, qué encanto tiene el hogar doméstico de Carlos?. La influencia de la mujer es decisiva, es la más poderosa en el hogar doméstico, donde ella reina esparciendo cansancio, placeres y desesperación... El hogar doméstico es también el teatro de esos dramas íntimos y terribles en que juegan todas la pasiones perversas y todas las debilidades. Bajo el techo doméstico nacen esos inextinguibles odios de familia por cuestiones de interés. Allí se ven los perniciosos ejemplos de una mala educación. Allí se consuman esas faltas que esponzoñan la vida. Hay algo más grave que el amor impetuoso de la juventud; los deberes de la

edad adulta y las obligaciones que impone la familia. El hogar doméstico puede, pues, ser un paraíso o un infierno. Parece incuestionable que uno u otro consisten en la mujer. Ellas son ángeles o son demonios". (26)

Pese a que, para captar la significación total de los temas latentes en la población de principios del siglo pasado, sería necesario reproducir de principio a fin cada uno de los ensayos citados arriba, los fragmentos reproducidos permiten darnos una idea de cómo eran conceptualizados. Los dos primeros, por ejemplo, señalan cómo la mujer puede lograr el éxito dentro del matrimonio, aleccionándola sobre sus responsabilidades dentro del hogar, recalcando el prestigio social de los mismos (matrimonio y hogar) a los que se les otorgan una importancia determinante en la vida del individuo. Es decir se marca en ellos la importancia de la privacidad de la vida familiar, además de recalcar drásticamente los papeles y las funciones de la pareja, ella dentro y él afuera del hogar.

Estas apreciaciones, de Fayno y Prieto, reafirman las del sociólogo Donald Lowe dadas a conocer casi un siglo después de las de los articulistas mexicanos, sobre el énfasis que marco en la vida del hombre la privacidad del hogar con respecto a la constitución de toda una ideología social, puesto que, a partir de la instauración privilegiada a este recinto privado familiar, se hace una delimitación tajante entre el mundo de fuera y el de dentro del hogar, y de los papeles que tanto el hombre como la mujer deberían cumplir, representar.

"La sociedad burguesa consolidó la intimidad de la. Promovió la separación del lugar de trabajo y del hogar (...). La diferenciación de los papeles sexuales corrió paralela a la separación del lugar de trabajo y la familia privada. El varón se iba a trabajar, mientras la hembra se quedaba en el hogar. (...) La aguda demarcación de los espacios público y privado en la sociedad burguesa institucionalizó la oposición contemporánea entre razón y sentimiento y entre hombre y mujer. De hecho el hogar burgués se convirtió en el lugar del sentimiento femineizado. Pero ni el sentimiento ni la femineidad fueron completos, cada uno tenía su bifurcación burguesa; la otra cara de la moneda de los conceptos igualmente deformados de razón y masculinidad". (27)

Opuesto totalmente los artículos de sus contemporáneos, el de Francisco Zarco, irónico y analítico, devela la máscara encubridora de aquellos hogares, señalando las consecuencias a las que estaban llegando o podían llegar tales apreciaciones. De esta manera sus textos resultan diferentes, alejados del tono dogmático y aleccionador de los de Fayno o Prieto:

"Los manteles sucios dan pésima idea de la educación de la mujer.
El aceite de comer en botella corriente de vino, se usa sólo en las casas de pasantes y retirados, a quienes jamás paga la Comisaría.
Los guisados y sopa servidos en cazuela, además de dar a conocer que no hay platos indica también una absoluta nulidad de buen gusto y educación.
Los vasos empañados y con las señales de los labios en el borde, dan la idea más cabal de la indolencia de la mujer.
Mujer que come con los dedos mucho chile, que bebe pulque en exceso, y que no sabe guisar buenos frijoles, es insufriblemente, pésima esposa." (26)

"Cuando la mujer permite que su marido se ponga la camisa hecha por la costurera, es prueba de que no lo ama tanto como debiera.
Por regla general no deberá consentir que las macedas y corbatas que use el marido sean bastilladas por manos de modista o costurera.

Una mujer que no sabe coser y bordar es como un hombre que no sabe leer ni escribir." (29)

"Una niña debe rehusar todo obsequio que no tenga el ingenio o carácter de tal; mujer que admite bajo este título cualquier artículo de primera necesidad, merece una mamola de buen sentido. Una mujer que admite como obsequio dinero... ¡Dios la guarde!

Una niña debe sufrir las tempestades del amor, los celos, la persecución y toda serie de contrariedades con entereza... El día que anude los vínculos que rompió el desprecio, ese día puede decir que ha transigido con la humillación, despidiéndose de su decoro; ese amor lo matará la injuria y el baldón." (30)

"Amar a jovencita que tiene muchas amigas, es que permita el amante estar en discusión permanente, entre una mala amiga y un rival ordinario, prefiero lo segundo.

Amante con hermana, es una amante de partida doble, amor con apéndice, es peligroso.

Al primer avalío que sepa un amante que le hace su novia, debe renunciar sin remedio, ante que se sujeta a un balance, puede rematar la niña con una letra de cambio sin calentarse la cabeza.

Jamás propongas a una mujer amigas después del amor; eso es de almas tivas ofendidos de la compasión que sucede al desprecio; el odio es el mejor presente que nos puede hacer una mujer a quien alguna vez amamos con vehemencia." (31)

La construcción gramatical de los párrafos anteriores, lograda mediante el predominio de frases sentenciosas, afirma la intencionalidad educativa y moralista de los mismos, a los que si sumamos el propósito, también dogmático, de otras publicaciones o lecturas (revistas femeninas, periódicos, libros de lectura, catecismos, etc), revisados ya en el capítulo anterior, podrá deducirse que, el lector de la primera mitad del siglo XIX se mantuvo en contacto continuo con una serie de formas que, indudablemente, llevo a la práctica, aceptación que pronto se

vez con las formas tradicionales para formar una constelación
topia.

"Siendo el dinero el gran fin de los deseos de los hombres de todas clases y condiciones, bien merece un lugar en esta obra.

Bien puede cualquiera tener novias y queridas y después mujer, y gozar de tranquilidad conyugal, y tener fama de literato, y de valiente, y de patriota, y de santo, y tener muchos amigos, y ser muy elocuente, y ocupar grandes empleos, y ser socio de todas las academias y de todas las instituciones del mundo; pero si no tiene dinero ¿qué será de él? Nada absolutamente; y ni fama, ni gloria, ni el talento, ni el valor le proporcionarán medios de vivir tranquilo y satisfecho, es decir, en una casa cómoda y bien amueblada con buena mesa, con muchos criados, y pudiendo comprar mil bagatelas que de nada sirven pero que son bonitas a la vista.

Para tener todo esto, preciso es tener dinero, y el tal metal es indispensable para todo en esta vida. una vez que no hay una cosa que no se cobre y se venda, desde un pedazo de pan, hasta los votos del congreso." (32)

"El mundo aplaude cuando se presentan bienes de fortuna y nunca indaga qué medios se emplearon para adquirirlos. El mundo tiene una juiciosa filosofía, todo lo que es apariencia le entusiasma. Así, el que quiere su admiración, debe procurar estar muy bien vestido y tener un aire de extraordinaria petulancia. Una corbata bien puesta, una fisonomía desdofosa y grandes elogios de sí mismo. En el gran mundo conviene hacer mucho ruido, un ruido que atarante, haciendo cosas notables y que llamen la atención, no importa que ellas sea buena o malas." (33)

"Creéis conocer a mucha de la gente que lucha por mantener su posición. Pues os engañáis, porque sólo conocéis apariencias, sólo veis la parte exterior del hombre, y si quereis estudiarlo a fondo, preciso es que lo sigais al hogar y lo espieis por las hendiduras de su alcoba. En el mundo veis actores que representan más o menos bien su papel: en el hogar doméstico, el hombre aparece tal cual es, sin encubrir sus defectos, sin reprimir sus buenas cualidades. El matrimonio es una carga pesada para Carlos. Teresa tiene lujo, tiene

criados, se pasea, se divierte, recibe visitas, el mundo cree que es feliz, pero ella, que es casada, no tiene marido. El marido y la mujer viven como extraños." (34)

IV.4.- EFECTO Y PARTICIPACION DE LA LECTURA EN LA FORMACION SOCIAL MEXICANA DEL SIGLO XIX.

Podría seguir citando ejemplos de estas compilaciones, mas considero que los expuestos bastan para darnos cuenta de la importancia de su contenido, como documentos reveladores de la sociedad de las principios del siglo pasado.

Haciendo una recapitulación de las constantes temáticas de los textos hasta aquí citados éstas pueden concentrarse en los siguientes núcleos de pensamiento: el matrimonio (valorado como una posibilidad de prestigio social), la mujer (valorada sólo dentro del hogar como madre-esposa, responsable de la estabilidad de éste y de la buena o mala educación de los hijos), el hogar (entendido como el dulce recinto de la vida familiar).

Atendiendo a los predicados expuestos en torno a estos tres núcleos temáticos, puede inferirse un buen porcentaje de la concepción del mundo (filosofía) prevaleciente en el sector pequeño burgués de la sociedad del siglo XIX. Un individuo perteneciente a este grupo social, que pretendía alcanzar éxito en la vida, debía aspirar a tener dinero, buscar a una mujer buena y hogareña con quien casarse, para así conseguir el hogar familiar enhelado y, con ello, la felicidad. A esta filosofía mediatizada, aparente,

Francisco Zarco, con su fina ironía, la calificó atinadamente de utopía, acorde con una sociedad como la nuestra en el siglo XIX, que aspiraba construir "castillos en el aire". Zarco asegura en sus ensayos que nuestra población, lejos de llegar a la conquista de estos ideales, quedaba atrapada dentro de un mundo aparente y falto de autenticidad.

Desde luego que las cualidades destacadas dentro de la pequeña burguesía en proceso, resultan vistas desde la perspectiva actual, desde una contextualidad diferente; sin embargo, lo que debe avalarse con tal observación, es esa necesidad de adentrarnos y de participar, a la manera de lectores de aquellos textos, dentro del entorno cultural y social en el cual fueron creados, buscando lograr, hasta donde sea posible una fusión de horizontes.

Ya en el segundo capítulo, ofrecí algunos de los materiales de lectura más leídos durante los primeros años del siglo pasado; en el tercero, hice hincapié en su constante principio moralizador, fundamentado en una postura que determinaba éticamente las categorías bien y mal. Igualmente pudo advertirse cómo un noventa por ciento de esos materiales respondían a una preocupación educativa-política, y cómo una buena parte de éstos tendían a recalcar ciertos modelos de comportamiento social. Se señaló también como la intención preceptiva yacía de una manera manifiesta, o bien latente en los textos, pero siempre insistente en lo moral.

"La moral es la que debe gobernar a los seres inteligentes y libres. Ella determina los caracteres de la virtud y del vicio. Ella es la

ley natural, independiente de toda institución humana, una ley religiosa que emana del supremo legislador, una ley, enfin, obligatoria" (35)

Recuérdese el comentario sobre los premios o castigos impuestos por los autores a ciertos comportamientos de los protagonistas de sus obras. Durante el trayecto narrativo de estas, la condena o salvación de los personajes era juzgada mediante estas categorías ético-filosóficas, de acuerdo a las acciones de cada cual. Retomemos globalmente dos de estos relatos literarios para esquematizar cómo funciona el castigo en relación con una transgresión de orden moral:

En La hija del oidor, de Ignacio Ramírez Galván:

Transgresión.-

Siguiendo la historia de la narración, ésta se concentra en el párrafo donde Juanita (protagonista transgresora) declara su culpa:

-No puede ser; ¡oh! no puede ser, decía Juanita casi sofocada, y cayendo de rodillas ante el oidor, de cuyos pies se abrazaba. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡esto no puede ser!...Es mi amante, es mi esposo, es el padre del hijo que tengo en las entrañas...!

-Soy madre y él es mi esposo. ¡Perdón padre mío! ¡perdón! por mi querida madre que nos está mirando desde el cielo; por la Santísima Madre de Jesucristo, perdón.

Castigo.-

Como se vio en el trayecto narrativo de La hija del oidor, Juanita había concebido a su hijo fuera de matrimonio y contra la voluntad del oidor, su padre; falta imperdonable ante la que Rodríguez Galván reacciona castigando a la protagonista;

El oidor arrebató velozmente el puñal del preso que estaba tirado en el suelo, y sin dar tiempo a que sus criados absortos le detuvieran, agarró de los cabellos a su hija, que permanecía en sus pies, y clavándole en el seno repetidamente el agudo estoque, gritaba lleno de encono:
- ¡muere con tu despreciable hijo! ¡Yo te maldigo!
¡El infierno se abre ya para recibirtel!

De esta manera, como el oidor lo hizo con Juanita, la sociedad del momento reprobaba y destinaba al infierno el alma de personas que actuaban como la protagonista de este cuento.

Sensitiva de Juan Díaz Covarrubias:

Transgresión .-

Aquí se castiga la deslealtad. Recordemos que el argumento en esta narración gira en torno a la deslealtad de Fernando, al cambiar las virtudes de Luisa por la frivolidad de Isabel:

"¿Como se encontraron Fernando e Isabel? ¡Quién sabe! Tal vez porque dicen que en el campo hay campo para todo o porque Isabel era una de esas jóvenes que en cada hombre ven en amante, un pasatiempo. El caso es que Fernando, olvidando ingrato el puro afecto de un ángel por la ardiente inquietud de una cortesana, acabó por entregarse frenético a la ardorosa pasión que sus labios le brindaban. A las apasibles veladas que habían pasado al lado de Luisa y su anciana madre..."

Castigo.-

Las conductas de Fernando e Isabel, son castigadas por el narrador de Díaz Covarrubias, así como por la sociedad del momento, quedando la muerte de ella y la desolación de él, como modelos para el lector, como resultado consecuente de la frivolidad y la deslealtad transgredida, respectivamente, por cada cual:

"Nunca más se volvió a saber de él en el lugar,

como decían que muchas tardes cuando el sol trasponía sus últimos reflejos sobre la cumbre de las montañas, se veía a un hombre llorar inclinado sobre un sepulcro sombreado por algunos sauces y cercado de sensitivas donde había sólo esta inscripción: LUISA".

De esta manera la lectura, a través de la insistente repetición de esquemas de comportamiento, contribuyó a la fructificación y consolidación de los mismos en los lectores que, sin darse cuenta, los repetían y aceptaban inconscientemente.

Al igual que en los cuentos y novelas analizados, la tendencia moralista se dio en las publicaciones periodísticas y, en general, en los materiales descritos a lo largo del trabajo. Estos al caer en manos del lector (pese a las limitaciones de lectura existentes), los aprehendía, haciéndolo reaccionar, vivir y comportarse a la manera de los cánones propuestos, convirtiéndose de su prestigio y de su aceptación social.

Fue así como la lectura, panacea educativa de la mayoría de los pensadores del momento, contribuyó al asentamiento de las nuevas formas de vida, introduciéndolas y reafirmandolas.

Seguramente, los lectores practicantes de esas nuevas formas, se adaptó a ellas, y las adoptaron a su cultura sin entenderlas, ni aun, entenderse ellos mismos, imitándolas únicamente. A un lector de principios del siglo XIX, que a través de su lectura, se topaba con las mismas formas que la vida cotidiana le ofrecía, le resultaba mucho más difícil desprenderse de aquel círculo vicioso establecido que le impedía reflexionar y entenderlas. Por tanto, con su práctica se convirtieron en lectores a quienes se apartaba de su libertad de ser y de pensar que, curio-

samente, era uno de los postulados anhelos por aquella sociedad recién emancipada y supuestamente libre del siglo pasado.

Se fijaban pues, en las lecturas, los comportamientos y las formas básicas de vida que conformarían a nuestra reciente sociedad mexicana. Pese a ello, no quisiera que llegara a pensarse que era en esta actividad, la lectura, la única en la que recayó la responsabilidad del cambio y transformación social burguesa, pero sí la que contribuyó en gran medida a promover la movilización social e ideológica de gran parte de la población del siglo pasado, lo que otorga ya a la lectura un valor digno de elogios.

Otra cualidad de los textos del siglo pasado que no debe quedar descartada, es el registro veraz que contienen de la vida del momento, por lo que estos materiales de lectura resultan una rica fuente de datos para lograr una reconstrucción del momento, información que no debe omitirse durante el acercamiento a cualquier tipo de estudio de la vida cultural de ese periodo.

Es así como los medios de lectura comentados (a semejanza de los emitidos y recibidos por la sociedad actual) se convirtieron en canales propagadores de conductas tales como el modo de caminar, hablar, vestir, vivir, comer, etc., y hasta de conceptos de trascendencia mayor como, la recomendación de un cierto tipo de mujer, de ideales determinados de vida en los que descansaba el prestigio social y económico del individuo, de las formas para vivir confortablemente; en suma, de todo aquello que aseguraba el éxito. De tal suerte que un lector del siglo pasado, al igual que el de ahora, abandonando paulatinamente su iniciativa de ser, de crear sus propias maneras de vivir poniendo

en práctica su individualidad y libertad, se hundía en las limitaciones de una vida preestablecida; restricción que resultó verdaderamente sorprendente dentro de aquella sociedad naciente, ansiosa de libertad y desesperada por buscarse a si misma, paradoja que constituye, al fin y al cabo, una vigencia social, cultural y política de ayer y de hoy.

NOTAS Y CITAS

(1) El término literatura no tiene aquí una acepción estrictamente relacionada con las bellas artes,. Esta tomado como la derivante latina: lettera-ae que refiere todo aquello elaborado mediante la letra. (Cfr. Juán Corominas, Breve diccionario etimológico de la lengua castellana, Madrid, Gredos, S.A., 1967).

(2) Pablo González Casanova, Un utopista mexicano, SEP (lecturas mexicanas No. 95), 1987, Pag. 12.

(3) Theotónio Dos Santos, El concepto de clases sociales, 2a. Edic., México, ENAH, 1974, Pag.25.

(4) Gabriel Careaga, Mitos y fantasías de la clase media, 8a. Edic., México, Joaquín Mortíz, 1980, Pag. 58-71.

(5) José Tomás de Cuéllar, Baile y cochino, México, Porrúa (Colección de Escritores mexicanos), 1987, Pag. 19

(6) Idem. Pag. 256

(7) Martha Robles, Educación y sociedad en la historia de México, 10a Edic. México, Siglo XXI, 1986, Pag.92.

(8) Como lo recalqué también en el capítulo anterior.

(9) Nótese en esta ideología de L. Alamán la característica que he venido destacando hasta aquí: la preocupación por vincular la moralidad a cualquier ámbito de la vida mexicana.

(10) Fragmento tomado del artículo "Educación pública", aparecido en Sabatina Universal, México, 28 de septiembre de 1828.

11 Tomado de José Ma. Luis Mora de, El clero, la educación y la libertad, México, Empresas Editoriales, S.A., 1949, Pags. 107-28.

(12) Tomado de Ensayo histórico de las revoluciones de Lorenzo de Zavala, México, 1845, Pág. 223

(13) Francisco Larroyo, Historia comparada de la educación en México 19a. Edic, México, Porrúa S.A., 1986, Pag. 227

(14) Julio Castillo S. , La educación como una decisión jurídica política fundamental, Iesis, Fac. de Derecho UNAM, 1973, Pag 21-26.

(15) Confróntese capítulo III del trabajo, en donde Altamirano y Prieto hablan sobre educación. Págs. 25-27.

(16) Tomado de "Resistencia y consumación" de Gué C. Agustín, en De Cuauhtémoc a Juárez y de Cortés a Maximiliano, Colmenares Ismael y otros. México, Quinto Sol, 1986, Pag 275.

(17) Semanario de las Señoritas mexicanas, México, Tomo 1, 1842, Pág. 4.

(18) José Luis Martínez, "México en busca de su expresión", Historia Gnal de Mexico, T.3, México, Colegio de México, 1976, Pág. 85.

(19) Carlos Monsiváis, Procl. a Atentamente...G. Prieto, Pág. IX

(20) José Luis Martínez, Ob. Cit. Pág. 291.

(21) Manuel Payno, Sobre mujeres, amores y matrimonio, México, Premia Edit. (Col. Matraca), 1984, Pág. 17.

(22) Guillermo Prieto, El placer conyugal y otros textos similares, México, Premia Edit., (Col. Matraca), 1984, Pág. 2

(23) Francisco Zarco, Castillos en el aire, México, Premia Edit. (Co. Matraca), 1985, Pág. 3.

(24) Manuel Payno, Ob.Cit., Pág. 26

(25) Guillermo Prieto, Ob.Cit. Pág. 37.

(26) Francisco Zarco, Ob.Cit., Pág. 66

(27) Lowe M. Donald, Historia de la percepción burguesa, México, FCE, (Breviario 430), 1986, Pág. 139 y 141.

(28) Payno, Ob.Cit., Pág. 27

(29) Ibid., Pág. 28.

(30) Prieto, Ob.Cit, Pág. 34

(31) Idem., Pág. 35-6.

(32) Zarco Francisco, Ob.Cit, Pág. 45.

(33) Ibid., Pág. 39.

(34) Ibid, Pág. 40.

(35) "Filosofía moral" artículo tomado de el periódico Amigo de la juventud, México, No. 3, 3 de junio 1835, Pág. 47 (sin autor)

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

Retomar los diferentes aspectos tratados a lo largo de la investigación que abarquen desde los iniciales comentarios teóricos, los analíticos, las reseñas bibliográficas y hemerográficas, para concentrar todo en particulares puntos de vista, resulta no sólo la tarea más difícil y comprometedora del investigador, sino la actividad más reveladora del logro o debilidad, de la pobreza o riqueza, y de la trascendencia o intrascendencia de su aportación.

Este trabajo recapitulador quiero iniciarlo haciendo hincapié en el principio lógico que propuse desde el prólogo de mi ensayo: reconocer que, para pensar y planear el futuro (nuestro futuro), debemos partir de una revisión del pasado. Pretérito al que le agregaré un modificador: el de trascendente, por constituir el sostén de nuestra base cultural, del cual se acepte o no, depende gran parte de nuestra realidad actual.

Probablemente al lector de estas líneas le parezca extraño el que haya iniciado este apartado dedicado a las conclusiones, insistiendo en la justificación anterior sin proceder de inmediato (como es común) a enumerar una serie de consideraciones finales. La justificación forma parte de la intención del ensayo: ofrecer una perspectiva diferente de nuestras letras, lecturas, y quehacer literario que, más allá de contener una serie de apreciaciones, enlistados de juicio, o de selección crítica de materiales y autores,

motive el interés por la reconstrucción, reelaboración y reevaluación de nuestras letras, proporcionando a los interesados una visión alejada de los criterios historicistas y cronológicos tradicionales, bajo la que han sido elaboradas la mayoría de nuestras actuales historias de la literatura mexicana.

Si bien es cierto que dentro del esbozo presentado, el tema no quedó agotado, confío en que el intento reestructurador que propongo, motive intereses y proyectos posteriores entre los estudiosos de nuestras letras, en beneficio de nuestro patrimonio cultural literario.

Pasando ya al comentario de algunas consideraciones sobresalientes, inicio mis conclusiones destacando que la narrativa de principios del siglo pasado (independientemente de la intención consciente o inconsciente de sus emisores) constituye, para el lector actual, no sólo una fuente formativa e informativa del momento, sino un caudal de referencias testimoniantes de su enclave de tiempo y espacio. Esta afirmación, constituye una de las premisas básicas que he venido sosteniendo a lo largo de la investigación, ya que uno de mis intereses estriba en recalcar que, al evaluar una obra, no debemos desvincularla del contexto socio-cultural que la originó, puesto que es éste el que la determina en gran parte. Si en un José Joaquín Fernández de Lizardi por ejemplo, encontramos simultáneamente valores innovadores para el siglo anterior, unidos a propuestas tradicionales contrarias marcadas por la sociedad de su época, es de suponer que tal contradicción fue generada por el contexto al que perteneció.

ESTA TESIS NO DEBE SALIR DE LA BIBLIOTECA

Por otro lado, y aludiendo todavía a esa aseveración de dependencia entre la obra y su momento, la superficialidad advertida en las obras narrativas (literarias y no literarias) así como las apreciaciones de crítica literaria en su entorno, resultan otra característica más del contexto al que pertenecen, ya que esa crítica cualitativa, plana, sin complicaciones de forma y estructura es acorde a la consistencia socio-política vigente durante aquel entonces, en nuestro país.

Una apreciación más, destacable a través del ensayo, alude al estado de desinterés general que se respiraba en torno al terreno de las letras nacionales, extensivo a varios aspectos del hacer literario (enseñanza, lectura, crédito crítico, recopilación, difusión, etc.). En el México de principios del siglo XIX, se leía claro, y mucho, pero más que literatura propia, las obras de escritores extranjeros. Esta preferencia chocó con aquella insistente inquietud socio-político-cultural nacionalista que pretendía dar difusión a lo propio, colapso del que, evidentemente, no podemos culpar a creadores, docentes o impresores, sino a esa proyección anhelante y compleja de internacionalización, mezclada al deseado nacionalismo, experimentada de igual manera, tanto en el proceso de formación de estructuras políticas, económicas, y sociales, como en las superestructuras culturales de nuestra población. Lo que sí resulta digno de llamar la atención de ese fenómeno de transculturación, es la trascendencia de nuevas formas que dejó a los lectores la promoción de escritores extranjeros (franceses sobre todo) que, mediante sus textos, legaron y transmitieron

una serie de visiones y maneras estereotipadas de formas de vivir ligadas a las estructuras de pensamiento precapitalista que, alejadas de nuestra realidad y mentalidad y, aún más, de las circunstancias reales de la sociedad lectora de principios del siglo XIX sedienta de actualización y modernización, impusieron parámetros europeos que no tardaron en ser asimilados, dando lugar a un extraño fenómeno de hibridismo cultural, artístico, filosófico, costumbrista, etc., causa y origen de muchos de los aspectos de nuestra vida de ayer y de hoy.

Este fenómeno de hibridismo es palpable, por ejemplo, en el tratamiento que hacen nuestros escritores del estilo innovador romántico, el que bajo su pluma adquiere cualidades singulares. Aparece en sus textos, un romanticismo a la neoclásica, que tendiente a rescatar la herencia moralista y reflexiva neoclásica en combinación con el sentimiento romántico. Este amalgamamiento habla, desde luego, de influencias, más no de auténtico plagio; de una fusión de adaptación a nuestras circunstancias a las esencias románticas de fuera, fusión que, simultáneamente, se dio también dentro de los ámbitos político, económico, jurídico, etc., con las corrientes de pensamiento europeas traídas a México, las que de manera similar al hacer literario romántico, sufrieron una depuración al ser adaptadas, trasplantadas y practicadas en nuestra realidad.

Este conciliar ciertos valores de la cultura clásica con los avances de la filosofía, las ciencias modernas, y con las verdades tradicionales (que celosamente defendían las autoridades eclesiásticas), constituyó uno de los rasgos ya evidentes desde

los propósitos lizardianos, semillas fecundas de narraciones posteriores. Así, como estos afanes paradójicos de nuestro primer novelista, somos nosotros: un país de contradicciones, híbrida, tal y como lo percibió hacia a fines del siglo pasado Ramón López Velarde: país "con una dualidad funesta". O como lo sigue concibiendo actualmente en sus poemas José Emilio Pacheco: un pueblo de "agua y aceite". Cualidad que dentro de la investigación, no sólo la destaco como propia de la literatura narrativa del momento, sino que la justifico como consecuencia de su momento histórico. De aquí que esta contradicción manifiesta en los textos, deba entenderse y explicarse como una proyección producto de una confusión de valores experimentada por aquella sociedad del momento confundida entre el querer y el hacer, entre el presente y el pasado.

Frente a tal situación, por demás está atribuirle a nuestro panorama literario latente y de búsqueda de su constitución, una autenticidad y una perfección; sino más bien comprender sus producciones dentro de ese panorama complejo de amalgamiento, sin preocuparnos si nuestras narraciones de principios del siglo pasado pueden o no, identificarse como románticas o neoclásicas, o como moralistas o sentimentales; sino reconociendo y sopesando que, en medio de esos contrastes, en medio de aquellas circunstancias antagónicas, nuestra literatura independiente nació, creció y se desarrolló: El periódico tambaleante entre el pensamiento liberal y las estructuras conservadoras; la revista, entre el reconocimiento de formas de vida burguesa y un moralismo didáctico ancestral; la literatura, entre el sentimentalismo romántico y los razonamientos

neoclásicos; y la crítica literaria, entre el academismo neoclásico tradicional y la libertad romántica.

Es de suponer que, frente a su propia confusión y a la existente en los materiales de lectura, la actitud frente al texto de los lectores de principios del siglo XIX, era de igual desconcierto para muchos. De las posibilidades que, según M. Bajtin, tiene un lector durante el acto de leer (mencionadas dentro del marco teórico de la tesis), los lectores del siglo pasado, en su generalidad, afrontaron una actitud pasiva frente a sus lecturas. De acuerdo a sus circunstancias contextuales histórico-sociales no les quedaba otra posibilidad que la de "aplicar" o "prepararse para la ejecución de la orden" "X", impuestas en el texto. Fue así (como advertí en los capítulos en que resalté las constantes temáticas de las diferentes lecturas) como éstos persistieron dentro de una constante moralizadora, insistente en un comportamiento "X", de cuyo seguimiento o no, dependía su aceptación y prestigio frente a la sociedad. Así, sin darse cuenta el propio lector, los materiales de lectura iban moldeándolo y predisponiéndolo a la adopción, proyección y alcance de los parámetros propuestos, los que, incisto, quedaron muy lejos de transformar su superestructura ideológica simentada ya desde trescientos años atrás que, inconscientemente, seguía dominando, cerrándole al cambio y a las bastas posibilidades inspiradas del mundo extranjero recién introducido. De tal suerte que volvemos a encontrarnos con otro desfazamiento más, conductor de esa característica inherente o "realidad funesta", "aceite agua" a las que se refirieron Velarde y Pacheco respectivamente.

Si un lector, como lo afirmé al principio de este trabajo, mediante el acto de la lectura se pone en estado de influencia, o de imitación, de mediación o de reacción frente al texto; como último comentario de esta investigación advierto que, por sus condiciones de vida, la sociedad lectora del siglo XIX asumió la actitud más cercana a la influencia y a la imitación frente a los textos, fenómeno en el que me baso para afirmar que: bajo estas características de los materiales de lectura y tomando en cuenta su circunstancia sociopolítico-culturales, éstos se convirtieron en verdaderos promotores del cambio y de la formación de la entonces recién y futura sociedad mexicana.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

BIBLIOGRAFIA GENERAL

- Altamirano Ignacio Manuel, Obras, Mexico, Agüeros, 1899.
- Bachelard Gaston, Formación del espíritu científico, México S. XXI, 1983.
- Dal Mierke, Teoría de la narrativa, (Tr. Javier Franco), España, Catedra S.A., 1985.
- Bajtin M. Estética de la creación verbal, (Tr. Tatiana Ruvnova), México, S. XXI, 1985.
- Bermúdez de Brauns Teresa, Bosquejo de la educación para el pueblo, México, SEP, 1985.
- Block de B. Lisa, Una retórica del silencio, México, S. XXI, 1984.
- Bruno M. Silabario y Catón, México, Edit. Enseñanza, 1961.
- Ruvnova Tatiana, Delicado puesto en juego, México, UNAM 1985.
- Cardoso F. Ciro, Formación y desarrollo de la burguesía en México, 2a. Edic., México, S. XXI, 1981.
- Córdoba Arnaldo, Sociedad y estado en el mundo moderno, México, Grijalbo, 1984.
- Cortés Jaime Erast. Antología del cuento mexicano S. XIX, México, Ediciones Ateneo S.A., 1978.
- Cuellar José Tomás de, Baile y Cochino, 4a. Edic., México, Porrúa (Escritores mexicanos), 1982.
- Chimalpopócatl Galicia Faustino, Silabario de idioma mexicano, México, Imprenta de las escalerillas No. 7, 1849.
- Eco Umberto., Obra abierta, (Tr. Rosae Baroque), México, Edit. Artemisa (Col. Obras maestras del pensamiento contemporáneo), México, 1984.
- Franco Jean, Historia de la literatura hispanoamericana, 3a. Edic., México, Ariel, 1980.
- Fernández de Lizardi, La Quijotita y su prima, 5a. Edic., México, Porrúa (Escritores mexicanos), 1982.
- García de S. Vicente Nicolás, Silabario nuevo, México, Impreso por Galven, 1849.
- González César, Función de la teoría en los estudios literarios, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1982.

Amnárez Casanova, La literatura de seruida, México, SEP (Cien de México), 1988.

Gómez Gil Orlando, Historia crítica de la literatura hispanoamericana

Iser Wolfgang, El acto de leer, (Tr. M. Barbiato), España, Taurus, 1987.

Jakobson Roman, Ensayos sobre poética, Tr. Juan Almeda, México, F.C.E., 1973.

Larroyo Francisco, Historia comparada de la educación en México, 19a. Edic., México, Porrúa, 1986.

Lowe Donald M. Historia de la percepción burguesa, México, F.C.E. (Breviarios 430), 1989.

Heller Agnes, Historia y vida cotidiana, México, Grijalbo S.A., 1985.

Martínez José Luis, "México en busca de su expresión" en Historia general de México, T. III, México, Colegio de México, 1945.

Mignolo Walter, Romance Languages, Michigan University, 1979.

Millán Ma. del Carmen, Historia de la literatura mexicana, México, Edit. Esfinde, 1962.

Millán Antonio El signo lingüístico, México, ANLIES, 1973.

Moreno Roberto Ensayos de bibliografía mexicana, autores, libros, imprenta, bibliotecas, México, UNAM (Instituto de Investigaciones bibliográficas), 1986.

Mora José Ma. Luis, La formación de la conciencia burguesa en México, México, UNAM, 1984.

Payno Manuel, sobre mujeres, amores y matrimonios, México, Prens editores S.A. (Jonás), 1984.

Perales Alicia, Asociaciones literarias mexicanas del S. XIX México, UNAM (Centro de estudios literarios), 1957.

Pimentel Francisco, Historia crítica de la literatura y de la ciencia, México, Librería de la Enseñanza, 1885.

Prado Gloria, Creación recepción y efecto, México, Edic. privada, 1988.

Prieto Guillermo, Memorias de mis tiempos, México, Porrúa (Sepan cuantos), 1985.

Prieto Guillermo, "La sociedad mexicana" en Atentamente..., Sel y Prol. de Carlos Monsivais, México, Clásicos de la Lit. mexicana,

1977.

Fonze Anibal, Educación y lucha de clases, México Editores Unidos, 1988.

Rabasa Emilio, La evolución histórica de México, México, UNAM, 1986.

Roa Barcena José Ma. La Quinta modelo, México, Premia edit., S.A. (Jonás), 1984.

Roa Barcena Rafael, Cartas a su hermana Josefina, 2a. Edic., México, Díaz de León y White editores, 1869.

Fobles Martha, Educación y sociedad en la historia de México 10a. Edic., México, S XXI, 1988.

Ruiz Castañeda Ma. del Carmen La prensa en México en el siglo XIX, México, UNAM (Investigaciones bibliográficas), 1988.

Ruiz Castañeda Ma. del Carmen, El iris, periódico crítico y literario (Edición familiar dirigida por ella), México, UNAM (Investigaciones bibliográficas), 1988.

Ruiz Castañeda Ma. del Carmen, El conde de la Cortina y el Zuhriago literario, México, UNAM (Centro de estudios literarios), 1974.

Reis Carlos, Fundamentos del análisis literario, España, Gredos, 1967.

Ricoeur Paul, Hermeneutica y Estructuralismo, Argentina, Megópolis, 1986.

Shneider Luis Mario, Ruptura y continuidad, México, F.C.E. (Popular), 1975.

Staples Anne, Educar: Panacea del México independiente, México, SEP (Biblioteca pedagógica), 1985.

Sefchovich Sara, México: País de ideas, país de novelas, México, Grijalho, 1987.

Todorov y otros, Análisis estructural del relato, México, Premia editores S.A. (Jonás), 1982.

Tola Fernando, la crítica de la literatura mexicana en el S. XIX, México, UNAM, Universidad de Colima, 1987.

Van Dijk Teun, Estructuras y funciones del discurso (Tr. Mina Gann), México, S.XXi, 1980.

Varios, Las clases sociales en América Latina, México, UNAM, 1986.

Varios, En busca del texto. Antología sobre teoría de la recepción, México, UNAM, 1985.

Varios, Comunicación y teoría social, México, UNAM, 1984.

Varios, Historia de la lectura en México, México, Colegio de México, 1988.

Varios, Historia general de México, T.II y III, México, SEP y Colegio de México, 1976.

Zarco Francisco, Castillos en el aire, México, Premia editores S.A. (Matraca), 1988.

Zaid Gabriel, Omnibus de la poesía mexicana, México, S. XXI, 1986.

HEMEROGRAFIA GENERAL

HEMEROGRAFIA

- El amigo de la Patria, obra periódica, México, D.F., 1812.
- Semanario político y literario, (Dirigido por José Ma. Luis Mora), México, D.F., 1821.
- El Águila mexicana, (Órgano yorkino), México D.F., 1823.
- Correo semanario de México, (Dirigido por José Joaquín Fernández de Lizardi), México D.F., 1826.
- Hay va ese hueso que nosr y que le maten el diente, periódico semanal, México D.F., 1826.
- El Quebrahuesos, periódico semanal, México D.F., 1826.
- El observador de la República Mexicana, periódico semanal, México D.F., 1827.
- El sol, periódico oficial, México D.F., 1831.
- El Fénix de la libertad, México D.F., 1831.
- El mosaico mexicano, periódico santanista, México D.F., 1836.
- Cosmópolis, Periódico federalista, México D.F., 1837.
- El católico, periódico religioso, político, cristiano, científico y literario, México, D.F., 1845.
- Panorama de las señoritas mexicanas, periódico pintoresco y literario, México D.F., 1842.
- El diario de los niños, periódico semanal, México D.F., 1839-40.
- Museo de las familias, España, 1839-40.
- Museo mexicano, Miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas, México D.F., 1843.
- Revista mexicana, México D.F., 1835.
- Recreo de las familias, México D.F., 1838-43
- El Zurriago literario, México D.F., 1839.
- El iris, México D.F., 1826-39.
- Revista de la Cruz, México D.F., 1855-46.

Album mexicano, México D.F., 1849.

Semanario de las señoritas mexicanas, México, 1841-42.
Calendario de Galván, México, 1831 a 46.

Revista científica y literaria, México D.F., 1845.

Semanario artístico, publicación para educar artesanos, México D.F., 1844.

Museo popular, México D.F., 1835-40.